

JOSÉ RIAL

*hombres mas profundos
buenos que conojes en
Canarias.*

Mars-6-92. José Rial

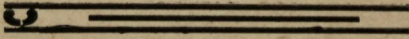
LAS DOS MARTAS

- NOVELA -

84



— A María, la madre de
mis hijos. —



ST Canaria

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	479648
N.º Copia	479657

EL PRESENTE

**Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.**



I

El despacho formaba un cuarto de círculo, con un amplio balcón en arco que se adosaba a la curva pared.

Dos puertas, una a la alcoba y otra al pasillo, en el mismo lienzo de tabique, lo comunicaban con el resto de la casa. La gran mesa cuadrada parecía llenarlo, pero había lugar bastante para las estanterías de legajos, planos y proyectos, dos o tres sillones bajos y cómodos, un taburete de tres piés, y el diván turco forrado de tapicería india, con una algarabía de color en los bordados y en la recia seda, que daba la única nota fuerte de la celda clara bañada en luz.

Un cuadro de regular factura ocupaba el centro entre las dos ventanas de lisos cristales enteros, cuyas jambas encuadraban el cielo azul. Y asomándose al balcón, la Ciudad, un poco en arco también, en una estrecha zona de costa entre el ocre de las montañas y el mar,

parecía, con sus casas apiñadas, la espuma petrificada de una ola monstruosa.

La espuma se adelgazaba al alejarse del núcleo de la Ciudad en una sola calle amplia; se interrumpía después, a trechos, como rota por el viento que soplabá más fuerte en la llana carretera, y volvía a concentrarse otra vez en el istmo del Puerto tendido entre dos senos, como el cuello de la monstruosa cabeza coronada de montañas negras y erizadas en rizos bravíos, de la península de la Isleta.

Había una Ciudad vieja y otra nueva, como es uso, separadas por el foso de un barranco, empedrado de redondos quijos resbaladizos y seco casi todo el año; desbordando en aguas tumultuarias y fangosas en las épocas de lluvias.

Barranco que aislaba la vieja Ciudad de los conventos, iglesias, y palacios de los *casacones* dominadores, encerrada en sus prejuicios, con sus calles silenciosas y sus amplios patios tintados de quietud y de pereza, de la otra Ciudad mercantil, luchadora, muy actual, siempre en constante atareo, procurádo alargarse hacia el Puerto cubierto de mástiles, hacia el mar que limita con otras tierras lejanas...

Frontero a uno de los puentes en la margen comercial, y cerca del mercado que enlaza y mezcla, por la común necesidad, las dos Ciudades, el Teatro Municipal alza sus muros en ruinas ennegrecidos por el incendio. El cielo azul de las islas, que se tiende piadoso sobre todos sus abandonos, pone un palio entre los recios paredones y cortinas espléndidas en los ventanales, roídos por las llamas. Y al otro extremo del cauce del barranco, los barrios popula-

res, en una aspiración de libertad, escalan las montañas buscando aire, sol, luz, más amplios horizontes...

* * *

Todas las tardes, cuando el rumor de la calle Mayor decrece, Ramón deja el trabajo, se tiende en el diván, y espera el anochecer, la hora propicia de las revelaciones.

En las ventanas el cielo azul se vá tornasolando, y es tan pronto rojo fuerte como rosa pálido, amarillo suave de limón, o morado intenso que se confunde con el azul oscuro de la noche.

Las nubes pasan y repasan recortándose en esa orgía de luz, y en estas nubes, como Azhuna el legendario Arquitecto de la Alhambra, vé Ramón dibujarse los detalles complementarios de sus obras, esos detalles escultóricos que dán a los edificios urbanos carácter, *personalidad*, sello, Arte.

Esta tarde, Ramón, persigue la balaustrada de la azotea de un palacio. Una balaustrada sin balaustres. Y pasan gruesas nubes apelotonadas, de una blancura nítida de mármol en bloques.

Una nube es larga y no demasiado ancha, y en ella se condensan las sombras en un punto, se desvanecen en otro cuando la nube se adelgaza como un cendal, que transparenta vagamente el cielo, y cuando está a punto de romperse en largos filamentos que se tienden como brazos ansiosos, vuelve a condensarse otra vez en torsos admirables, en grupas opulentas, en muslos de Junos gigantescas,—ahora vá la fantasía forjan-

do y puliendo,—en un friso inacabable en que se suceden innumerables cuerpos de mujer en cien distintas actitudes, doradas por los rayos del Sol poniente con ese dorado inefable de los viejos mármoles pentélicos.

Y este detalle completa el boceto que Ramón se iba formando in-mente. Ya lo veía claro:

Una parra de nudoso tronco sería el marco, y entre los racimos y los pámpanos, se sucederían, en altos relieves, las figuras de mujer exprimiendo el zumo en anchas copas, mordiendo los granos con sus bocas ávidas, desplomándose con la pesada laxitud de la borrachera, tendidas, desperezándose..... el poema de la carne, los delirios del deseo, no en los actos sino en las actitudes, sin parejas lúbricas que no consienten los tiempos ni las costumbres, pero plasmando en las figuras de mujer todos los caprichos, y en sus crispaciones todos los goces.

Quería una sola figura de mujer múltiple y única, y el modelo, una modelo dócil, inteligente y entusiasta, lo tenía: Marta, su mujer.

Su mujer sabía todas esas actitudes placenteras. Ramón cursó en sus mocedades una larga temporada en Cytarea. Su iniciadora podía graduarse doctora en las Bellas Artes del Placer, y transmitió su ciencia sutil a su mujer, para concentrar en ella—la adorada—todos los goces: los bastardos y los puros.

Marta era artista en los gestos y refinada en las horas íntimas. Poseía, entre todas, la ciencia de la expresión y el maravilloso magnetismo de la línea, que atrae retorciéndose como un signo cabalístico a los hombres, y les inyecta una fortaleza inagotable para las batallas del

pecado, renovando sus fuerzas una y otra vez.

—Marta.

Como evocada entraba entonces. Era su hora, la hora íntima en que los dos, solos, despedidas las criadas después de la comida de la tarde, renovaban su idilio de todos los atardeceres y de todas las noches.

—Marta, ven.

Ella se aproximó silenciosa, comprendiendo, con su fino instinto de enamorada, que la palabra holgaba en aquel momento.

El la atrajo y fué desnudándola, suavemente y sin tropiezos, la amplia bata y la camisa: no había más. Y quedó la hermosa blanca erguida, esperando.....

La sentó blandamente sobre el diván:

—Tiéndete.

Se tendió, y obediente a sus indicaciones, sumisa y buena, fué transformando la expresión y el gesto.

La luz blanca de los focos de la calle entraba por las ventanas de abajo arriba, reflejaba en el techo estucado y caía difusa, como la luz lunar a través de una gasa. En el diván las sombras se espesaban, y la mujer quedaba en una semi-penumbra que favorecía la inspiración, corrigiendo los pliegues de la carne y afinando la figura de matrona, un tanto maciza ya.

El brillo del cabello lucía algo en la sombra, pero el otro brillo felino de los ojos verdes se escondía tras las largas pestañas. La sabía lo sabía. El momento era del Arte, y la Belleza se rendía en homenaje a la suprema pasión del amado.

El componía, estudiaba, combinaba, y la obe-

diente resumía sus explicaciones en una pregunta:

—¿Así?...

Y rara vez erraba. Era «así» la suave iniciación; «así» el acto aquel; «así» el arrebató de la pasión; «así» el supremo espasmo; y «así» el desplome final de agotada, de exprimida y desvanecida tras la lucha.

Sin ensayos, un leve movimiento apenas, el cambio de una mano o de un pié, la transformaban. Manos y piés elocuentes, que expresaban aún más que la cara, casi perdida en la sombra; torso que se erguía y desmayaba en una imperceptible ondulación, y sobre todo el vientre redondo, la espléndida grupa y los muslos magníficos, que se alzaban y desplomaban pesadamente como las aguas de un mar, cuyas últimas olas suaves descendían hasta el pecho en los senos pequeños y duros, que se perdían, bajo las axilas, en cavernas oscuras tapizadas por el vello sedoso.

Tras cada *posse*, la mima prodigiosa, la descomponía por completo en un instante; luego, con un movimiento natural, se colocaba en la *posse* nueva, que corregía, si hacía falta, a una simple indicación: la pierna, el pié, los senos, las caderas....

Y la Bella inmovilizaba el alabastro vivo de su carne en un absoluto reposo estatuario, sin que la crispación más leve revelara a la mujer de carne —fría— en la mujer de piedra.

Siguieron, ella dócil él insaciable, largo rato. Ramón febril, nervioso, trazando sus bocetos junto a la ventana, y casi a tientas, a la difusa luz de los focos de la calle, para aprovechar la

penumbra emotiva.... La claridad brusca de la araña, rompiendo el encanto de las sombras, bañaría demasiado bruscamente la figura, y la mujer de piedra se fundiría en la mujer de carne.

En la obscuridad, en cambio, todo permanecía impreciso, y en lo impreciso tiene la inspiración ancho campo: no era copia servil, sino principio y germen de las figuras, que el talento del artista completaba con toques suyos propios, esos toques que dan la nota personal, los zarpazos que señalan las huellas del genio en la piedra, en el lienzo, en el bronce....

Así los pámpanos y racimos los iba formando a su antojo y distribuyéndolos convenientemente; y eran aquí dorados y densos, y allá verdosos y como transparentes, enlazados por el tronco rugoso que se torcía y destorcía como una serpiente monstruosa,—viejo, añoso y carcomido el tronco,—que tratase de ahogar, en un estrujón de cólera furiosa, todos los placeres de la juventud.

O el Deseo—el Deseo que es vicio también, como el tronco, y tiene rudos rozamientos que provocan el goce;—el Deseo que se ceñía estrechamente a las caderas y los vientres, y los sacudía con el tremendo latigazo que hacía crispase las manos y los cuerpos en el supremo esfuerzo de los laocóntidas.—Que el desmayo del placer es idéntico al desmayo del dolor.

El tronco, la vid y los pámpanos serían bronce, —bronce dorado, verdoso, obscuro...—las mujeres, mármol.

Terminado el boceto, Ramón se sentó en el diván a los pies de Marta. Y entonces, los ojos

verdes sembrados de puntos dorados, vertieron sus filtros misteriosos por entre las pestañas oscuras, y el signo mágico de la invitación arqueó el cuerpo blanco, que adquirió, súbito, una suave templanza.

La mujer de piedra, entregada al Arte, se transformó en la mujer enamorada, y Ramón la poseyó otra vez ahora, renovando, entre el bronce de sus brazos morenos y musculosos, todo el friso magnífico: el poema de la carne compendiado en una sola mujer múltiple y única.



II

Sin ser precisamente una obra maestra, el retrato era un acierto. Uno de esos lienzos afortunados que justifican, gracias a una dichosa colaboración del modelo, el ambiente y otras cien casualidades oportunas, la segunda medalla del señor Pérez o del señor Rodríguez.

La luna ovalada del viejo armario recortaba limpiamente el lienzo cuadrado, dándole mayor «carácter»; el resto de la puerta, de roble oscuro, formaba el marco, y en el fondo verdoso del cristal la pintura tenía una pátina suave antigua, a la que contribuía la cabeza fina, los rizos castaños con reflejos dorados, cayendo en bucles largos sobre el cuello de encaje, y la gran pámela colgada del brazo por las estrechas cintas de terciopelo negro.

Un capricho del pintor, amigo, nacido en la contemplación de un grabado inglés, del parecido de aquella andaluza casi rubia, en la que

los toques de oro del cabello parecían las chispas escapadas del volcán de pasión de la cabeza ardiente, con la pálida duquesa del grabado. Un momento feliz y un acierto: el único.....

En el óvalo de la otra luna del armario el fondo lo formaba el papel de la pared, gris con hojas plateadas, como un atardecer de Otoño; y en esa discreta tonalidad se destacaba la dama en negro, bien proporcionada, majestuosa, la densa cabellera oscura bajo el sombrero de amazona, negro también, con una larga pluma ondulante, y la cara blanca, de hostia, en la que los hondos surcos de las ojeras eran como toques de carbón, y las finas arrugas se entrecruzaban, casi imperceptibles, como una red.

Ramón, tendido en el diván, contemplaba las dos figuras, y mentalmente, las comparaba. Entre las dos estaban quince años de su vida; y la niña que fué tenía para él tanta realidad como la mujer presente.

Hasta entonces, en su cariño, la mujer era la niña y la niña la mujer; no las diferenciaba. Se habían fundido las dos en una sola: Marta; la mujer de sus sueños y la mujer de sus realidades; la que acariciaba dormido en la remembranza de sus amores de novio, y volvía a acariciar despierto en la posesión real de su mujer ahora, con el ardor de aquel tiempo en que la deseó lejana.

Pero en aquel momento, en que la comparación se imponía implacable, la mujer de quince años y la mujer de treinta, confundidas en su alma, se distanciaban.

Era un desdoblamiento de la única mujer que había amado en otras dos bien distintas: la una

tan ardientemente deseada, la otra tan apasionadamente poseída. Y las dos, que habían sido una en su alma tanto tiempo, se apartaban, separadas como por un guión invisible que fuera a la vez broche y barrera, por esta palabra sencilla y tremenda: ¡quince años!

Ramón los recorrió en un momento, a trancos, en un escalar vertiginoso de los años pasados. El se sentía rodar por la pendiente inacabable, y esta sensación de rodar, de caída en alud arrastrado, le parecía el símil más exacto de la fuga del Tiempo.

Todo ese periodo—quince años—había discorrido su vivir en torno a esta mujer que era su vida. Entregado a su amor egoísta—infecundo además como todas las pasiones absorbentes,—sus días se habían deslizado en la contemplación y el goce de esta mujer, desde que fué su novia.

Y estas otras dos palabras—su mujer, su novia—volvieron a hacer más distinta la separación entre las dos mujeres paralelas en sus óvalos de cristal, e inmóviles las dos en este instante, en espectación, en espera.

Espectación y espera angustiosas para Ramón... Su vida recta, inflexible,—lo comprendía—sufría un choque, un brusco sacudimiento que rompía sus normas, y como esos cometas que se parten en dos y forman órbitas distintas, así su amor se fraccionaba y dividía en dos trozos: uno que seguía girando lentamente en torno a la mujer presente, y otro que se hundía en los recuerdos en pos de la niña lejana.

De pronto, Marta, hizo un rápido giro, se volvió de espaldas al espejo y—¿presentimiento?—

acercándose al soñador, tendió las manos blancas sobre su cabeza.

—Mira, tienes una cana: te la voy a arrancar.

Tiró y a la leve punzadura Ramón hizo un movimiento de desagrado. Marta estiraba el hilo de plata entre sus dedos.

—¿Ves?

Le hizo un cariño y lo besó en la frente.

—¡Viejo mio!.....

Y Ramón se sintió por primera vez viejo— ¡a los treinta y dos años!—ante la Marta niña, que seguía sonriendo en el espejo.



III

Amaba..... amaba con una pasión nueva el retrato viejo—viejo de quince años atrás.....—Con una pasión absurda, como ese deseo enfermizo de una mujer que pudo ser nuestra, que desdeñamos por demasiado fácil o respetamos caballerosos por demasiado cándida, y de la que sabemos un día que murió haciéndose imposible para nosotros; imposible que nos escita y espolea.

Aún más imposible esta del retrato. La muerta puede resucitar en otra mujer parecida, o que así nos parece; la que sobrevive tiene en ella misma su rival; y esta rival viva que no puede luchar, en los sueños, con la que fué, tiene sus derechos y su porción de amor también que no es agudo y cerebral como el otro; que hunde sus raíces en nuestra misma vida, a la que se enlaza como una liana, formando el cordón invisible que une nuestros recuerdos y estallan-

do aquí y allá en brotes de ternuras y sacrificios, en un florecimiento milagroso, al querer contrastar las dos mujeres; como si el alma, agradecida, la adornara con todas sus galas para poder sostener la competencia.

Ramón encontraba extraño el caso suyo, no comprendiendo que la Naturaleza se recobraba ahora de la tremenda modorra a que la había condenado en esos quince años de pasión ininterrumpida y absorbente consagrados al deseo, a la satisfacción en la mujer de los sueños provocados por la novia.

Y ahora el cerebro dormido despertaba y se vengaba. Ahora que el deseo satisfecho, el deseo carnal, medular, aflojaba, se vengaba inspirándole ese otro deseo cerebral, que en los años pasados no había podido manifestarse, por estar condensados en la mujer todos sus sueños, por haber hecho carne la ilusión, y saciado en ella todos los anhelos de la fantasía.

Era su delito y lo purgaba. El hombre aspira eternamente a lo imposible. Su misión es esa. Es un dios nacido en el destierro que sufre la nostalgia de la patria lejana, y se la forja a su manera, como el niño el pueblo de sus padres, del que salió pequeñín: a trozos incompletos, y entre una bruma luminosa que es el prestigio del recuerdo.

Y en esta bruma luminosa la vió él en el espejo el otro día. Pero vió tan clara a la niña-mujer en aquel momento, como nunca la había visto en sus confusos ensueños, que Marta, a su lado, contribuía a confundir mucho más.

Sí, lo comprendía. El cerebro recobraba sus derechos a costa de su virilidad;—su virilidad,

precisamente la que había anulado el cerebro.— El había vivido mucho tiempo una vida plena de realidades. Y la vida real que nos arrebató, que nos arrastra como un alud arrancándonos a la contemplación que es inercia, estatismo, absorbe todas nuestras potencias. Tal el obrero que gasta su vida en el trabajo; tal el sabio —¡oh Fausto!.....— que persigue una verdad; tal el pasional —su caso— que agota sus energías en la voluptuosidad.

Ramón se dispuso a luchar con el esfuerzo convulsivo de los temperamentos nerviosos; a reaccionar contra el absurdo de esa vida irreal que el cerebro le imponía, y a hundirse en la realidad hasta tal punto, que los sueños no encontraran resquicio por donde introducirse. A dar al cerebro el máximun de tensión haciéndolo trabajar tanto, que no le quedase vagar para estas inoportunas disquisiciones amorosas.



IV

Ramón, más que Arquitecto, era un artista a lo Gaudí que trazaba palacios en el siglo XX, subordinando la suntuosidad de mal gusto de la época al Arte.

Y esta ocupación constante había influido también en la carencia del amor cerebral, que transforma el deseo y lo diviniza, arrancándolo del barro en que hoza embrutecido una vez harto, prendiéndole unas alas sutiles, y haciéndolo elevarse hasta el cielo.

Si el amor fuese solo satisfacción de la carne, el hombre no habría salido de su animalidad. El deseo incumplido, que es llama en las entrañas viles, se hace luz en el cerebro, y a esta luz se transforma la mujer de sexo en alma, de hembra deseada en mujer ensoñada, de Manón en Beatriz.

A Ramón le había encomendado un Conde

millonario, uno de esos hombres de pasadas edades, de noble prosapia y de fabulosa riqueza, como un Médicis, la restauración de un viejo palacio del 1760, el siglo del madrigal en los labios y la esquila en el bolso; de las espiritualidades escritas y las citas mudas; de la falsa galantería, saturada de ciencia, de sus filósofos, furiosamente sensuales, hipócritas, predicando la moral entre los episodios de una vida que los artistas del medioevo habrían desarrollado en los frisos de sus catedrales, ilustrándola con asnos en celo y monos lujuriosos; en el siglo, en fin, en que el Parque de los ciervos del Rey de Francia producía tantos padres complacientes como maridos engañados.

La mole pesada y maciza, con las barrenas de sus salomónicas de piedra que parecían penetrar en la tierra como un contraste con las agujas de la Edad Media, que se hundían en lo azul, era un buen basamento, ancho y cuadrado, para una idea. Toda la realidad de aquel siglo sensual se condensaba en él.

Patios inmensos para las complicadas carrozas; salones suntuosos para las visitas, con muelles sillones que invitan al reposo; alcobas enormes, como estancias que se han de ver muy concurridas; camas monumentales que obligan a la compañía; biombos y armarios discretos y cómplices; pequeños retretes escondidos, pasillos largos, muchas puertas de escape, y algunas secretas, de espejo, que refleja al que llega y oculta al que se vá.

Sobre estos dos pisos cuadrados y uniformes el Conde pidió a Ramón un coronamiento: otro piso que realzara el palacio, quitándole la apa-

riencia de cómoda ventruda de la época, cuyos diminutos cajones y escondites reproducía en su interior.

Ramón disponía de tiempo sobrado para esta obra, encargada a fecha imprecisa como un capricho, pero en firme, y sin limitación en cuanto a precio. El Conde tenía un hijo, artista de algún mérito, y quería dejarle un palacio digno de su estirpe y de sus talentos.

Emprendió la obra con ardor y sin sujetarse a estilo. Usaba esta norma de trabajo: esbozaba el edificio e iba forjando cuidadosamente los detalles y armonizándolos. A esto de los detalles daba él una gran trascendencia. Y no hubiera vacilado en sacrificar una parte cualquiera del conjunto, para dar relieve a esos detalles, en los que él simbolizaba la idea total de la obra.

El palacio hacía esquina, y en esta esquina, una sola columna salomónica soportaba una hornacina vacía, que debió ocupar algún santo; ambas, columna y hornacina, de piedra gris, un tanto descantilladas y roídas por el tiempo y la brisa, cuyos tagudos diente-cillos roen incesantemente desgastando y esculpiendo.

Las dos calles que se cortaban en la esquina eran dos épocas: la una estrecha, desigual y torcida, ascendiendo en rampas de bruscos ángulos hasta la montaña, cuyas faldas escalaban, bordándola de flores y de hojas, los magníficos jardines del palacio. La otra amplia, moderna, aún entre derribos y cascotes, y que había de esplanarse en plaza ante su fachada, motivo que quizás apresurase y aguijase, con el sutil aguijón de la vanidad, el capricho del Conde

por transformar el viejo caserón de sus mayores.

* * *

Todos los días, Ramón trabajaba en su despacho. De la calle subía el rumor de vida de la Ciudad toda, que transitaba por ella. Y este discreto rumor lo acompañaba en el trabajo.

Era cómo un zumbido sordo, y lo necesitaba hasta tal punto, que en la noche, cuando la Ciudad provinciana y recatadísima cerraba sus almacenes de la calle Mayor, los pasos resonantes en la acera, y el silencio mismo, lo perturbaban.

Y entonces, tendido en el diván de su despacho, era el lento y cauteloso avance de los sueños, con su andar felino, de gatos en acecho, por la estancia.



EL PASADO



I

El tren de Madrid viene de Jerez, la bodega inmensa, toca en el Puerto de Santa María, almacén de reserva de Jerez para la exportación, Puerto Real, villa de mar y de campo frontera a un bosque de cuento de hadas y San Fernando, entre sus salinas, y acaba en Cádiz, cabeza alegre y ligera de su provincia.

Un ramal sale del Puerto de Santa María hasta Sanlúcar, que tiene el prestigio de su manzanilla, y el resto de la provincia, que no enlazan las cintas de plata del ferrocarril, no existe para el viajero, ni aún para los mismos gaditanos.

Una moza de San Fernando considera a Chiclana, que dista ocho kilómetros, fuera yá de las fronteras de su tierra; tiene una vaga idea de Algeciras y Tarifa por las *góndolas* que hacen el servicio de esos pueblos remotos; Paterna se le antoja, como Conil o Medina, un país de salvajes muy brutos y «mu esaboríos», y Veger se

pierde en lo desconocido, en la Andalucía trágica del campo, grave, hermética, «de la peseta y la telera», encorvada todo el año bajo el Sol para recolectar el aceite de color de oro pálido, o el otro oro fundido que corre por los colmados gaditanos, las ventas de Sevilla, las tiendas de Málaga y de Córdoba, y los cármenes granadinos.

Esa Andalucía del campo es una llanura gris. Las montañas de Sierra Morena alteran el suelo, pero nó el alma. Los olivares, los naranjos y viñedos, alegran las tierras, pero los hombres son secos y ceñudos. Es la Andalucía triste que canta al son del bordón, y cuyas coplas desentonan entre el repiquetear de los palillos, las falsetas y punteos de la prima, y el tintinear de las cañas de cristal de las *juergas*.

Puerto-Real está en el límite de las dos Andalucías gaditanas. Su muelle es un balcón—diminuto—sobre la ancha bahía. El estrecho canal, casi cegado por las *barrosas*, lleva a sus playas bastante agua del Atlántico para mantener la fama de sus baños de mar, donde la ola llega tan cansada del largo camino, que rompe casi sin espumas.—Un puerto de mar ideal para gentes del interior.

Su término, en cambio, es enorme, y si disputa a San Fernando sus salinas, comparte con Medina algún cortijo, y con Chiclana pinares, y aún viñedos.

Esta importancia de su término influye en sus habitantes. En realidad, Puerto-Real es un pueblo campesino, sin clase media; con dos docenas de ricos arriba, que se arrebatan mutuamente en el casino las cosechas y las haciendas, sobre el tapete verde, y unos miles de pobres abajo,

que cultivan los campos, y trabajan en los Arsenales de la Carraca y de la Compañía Trasatlántica.

La vecindad de estos establecimientos marítimos favorece la cultura de los humildes. Puerto-Real, donde no existe ningún buen Colegio para ricos, posee un «Centro obrero» fundado y sostenido por los pobres, y el hijo del pueblo se ha ido así, insensiblemente, elevando sobre los pudientes, que aún conservan añejos prejuicios y creencias infantiles de pasadas grandezas.

Este fenómeno es más general de lo que se cree en nuestra Patria. Los apegados a las tradiciones no son los humildes sino los poderosos.—Indudablemente por razón de conveniencia.—Las modas nuevas no les sientan bien; les vienen demasiado estrechas a sus impulsos absolutos y dominadores. Por eso los ricos son los naturales mantenedores de lo clásico. Y como la fiesta de toros se considera clásica entre todas, de ahí que los señoritos «bién», las damas aristocráticas, y las mujeres galantes disfrazadas de artistas, que forman otra suerte de aristocracia, sean ardientes aficionados.

Los señoritos de Puerto-Real eran señoritos en toda la extensión despectiva de la palabra. Tenían las tres V: viciosos, vagos y venenosos, con un veneno ruín que era baba caída más que escupida, porque el escupir exige esfuerzo. Sin una idea en el magín ni un afán en el alma.

El heroísmo de la raza se manifestaba en ellos toreando becerretes, con la suprema aspiración

de alcanzar algún día el Eldorado de los grandes matadores. El espíritu aventurero arriesgando en el monte o la ruleta las rentas del año o el patrimonio entero. La galantería en paseos ante la ventana, si se iba «con buen fin», o largas conferencias y dádivas a las celestinas del lugar, encomendándolas la, para ellos, ingrata y difícil tarea de la iniciación.

El pinar de «Las Canteras» es un soberbio escenario galante entregado a una compañía de aficionados sin nociones de Arte, desmañados, absurdos, no sabiendo qué hacer con las manos—tan precisas—ni con los piés—cautelosos—tan indispensables en los lances de Amor.

La colonia veraniega, y alguna familia forastera que afincó allí, han compuesto farsas amables, no indignas de la escena. En esas farsas los señoritos del lugar han desempeñado papeles poco airosos: confidentes, invitados, figuras borrosas y accesorias, y algún paso cómico.

Se cuenta que un novio local, desde la frondosa copa de un famoso pino, adonde trepó ingenuamente a cojer piñas—tal vez para la ingrata—contempló, favorecido por la altura, bajo un enorme lentiscal, una de las escenas más primitivas entre su novia y un pollo de la colonia veraniega. El novio, según datos cuidadosamente comprobados, iba armado.... de unos magníficos gemelos, del amigo, que disiparon todas sus dudas....

En «Las Canteras» el hombre ha estropeado la obra de la Naturaleza. Los árboles, crecidos espontáneamente en la honda cantera abandonada, que es una concha natural donde se reúnen las aguas que corren por las llanas tierras

inmediatas, muestran una constante lozanía, entrecruzando sus ramas altas en las más curiosas actitudes, como fustes agobiados por el peso de la inmensa cúpula verde de sus copas, que cubre el bosque entero.

Desde el «pino gordo», clavado en lo alto de un corte brusco del terreno, a cuyo pié se hunde la cantera;—desde el «pino gordo», patriarcal, padre indudable del bosque entero, cuyos piñones sembró el viento de la marisma en la cantera abandonada;—el pinar, no es más que una sola copa enorme como una flor monstruosa, de un verde obscuro, que se esclarece en algunos puntos dejando ver el rojo de la tierra vagamente, con unas tintas sombrías en que lo rojo se pierde en la sombra, constelada de puntos de oro en el atardecer.

Palio gigantesco que podría ser baldaquín del lecho voluptuoso de una gran ciudad, y es lugar de esparcimiento de dos docenas de veraneantes, y paseo forzado de unos señoritos pueblerinos.

Porque luego, bajo las frondas, los rincones se multiplican. El dosel majestuoso que lo cubre todo, como una invitación de la Naturaleza a una fiesta pagana, cubre también otro bosque en miniatura; una selva que está hecha a la medida de nuestra Edad hipócrita: los lentiscos.

Los lentiscos se hinchan pomposos, como faldas de miriñaque, en torno a los troncos más viejos. Cada pino de estos tiene así una copa en lo alto y otra al pié. Y estas copas discretas producen muy dulces embriagueces.

El lentiscal,—celestinesco,—une sus hojas menudas por fuera, y separa sus troncos delgados y flexibles,—que no estorban ni lastiman,—den-

tro. Son nidos; nidos perfumados de una acre fragancia primitiva, que es un excitante.

Los labios, en la turbación que precede a la entrega,—la pareja sola, aislada por la tupida copa redonda como encerrada en el cáliz de un clavel reventón;—los labios temblorosos y anhelantes, muerden, inconscientemente, una hoja amarga, que deja un sabor ardiente, quemante, un fuego que exige algo que calme esta sed y esta acritud insorportables; algo que les transmita un poco de frescura..... y el viento del deseo sopla haciendo agitarse, con blandos movimientos y susurros suaves, el lentiscal.....

.....En este bosque encantado donde el Amor reina, ofreciendo sus ocasiones más propicias, los señoritos de Puerto-Real pasean su aburrimiento. (*) Reducidos cada año por los vicios y las ruinas de los ricos patrimonios merminados por el juego, que los arrancan de su empereamiento obligándoles a luchar por la vida, sustituyen el número por un aumento en la brutalidad, que parece haberse ido condensando. Sus gritos despiertan los ecos dormidos y espantan a los pájaros; sus cigarros ponen en riesgo el pinar, que ya una vez estuvo a punto de ser destruido por el incendio; y en compañía de unas botellas se emborrachan—¡solos!—y solos se revuelcan sobre los lentiscos mas copudos destruyendo los nidos perfumados tal vez en venganza.....

Decididamente, los cultos isleños tienen razón en despreciar a estos bárbaros.

(*) Se han dado al pinar, recientemente, tremendos cortes, que son como *jabeques* de matón en el seno de una virgen, para formar un paseo de coches. Y en el pueblo, que dista doscientos metros, solo tienen coche seis familias.....



Ramón vivió en Puerto-Real tres años de su vida—de los doce a los quince.

Vino de Filipinas aún niño, y presencié, en un sueño de horror y pesadilla que no olvidaría nunca, la destrucción de la escuadra de Cavite, tan gloriosamente inútil, la rendición de Manila, que el padre de Ramón llamaba inexplicable, y la pérdida de Filipinas, que el mismo comentarista adornaba con unas notas tan explícitas al márgen, que no nos atrevemos a estamparlas aquí por evitarle a este libro modesto enemigos poderosos.

Ramón era hijo único, y vivía muy retirado, entregado a la ardua tarea de hacerse Bachiller. No salía de noche ni iba al Casino, lo que le preservó de adquirir extensos conocimientos enciclopédicos en el libro de las cuarenta hojas, y otros no menos trascendentes con las barricas

del blanco de Chiclana en los colmados montañeses.

Recibía a tres o cuatro amigos en su casa; jugaban, ya talludos, infantilmente, con los soldados de plomo o las cajas de construcción; tiraban al blanco en la azotea, y los Domingos, huyendo, por amor al aislamiento, de «Las Canteras», donde tocaba la Banda Municipal—otro sacrilegio del bosque sagrado—y bullían las gentes, hacían su excursión semanal a «Carretones.»

«Carretones» es un macizo de cerros, bajos y pelados, que domina la carretera de Puerto-Real al Puerto de Santa María.

Nada de pinos ni de lentiscales propicios en él, pero tenía atractivos infinitamente más gratos entre los doce y los catorce años, cuando aún no se ha conocido el amor, o se limita al paseo en el paseo y a la carta que empieza: «Encantadora Señorita: desde que la ví por primera vez, mi corazón.....» cartas adorables en que la pasión entabla con la ortografía un tremendo combate, que siembra el suelo de páginas desgarradas—blancas e ingenuas como almas de niños.

«Carretones» tenía sus atractivos, sí. En primer lugar valles, recovecos y montañas insustituibles para las peripecias de «justicias y ladrones» o de «españoles y yankis»; un *cabra-higo*, siempre lleno de frutos, que son excelentes proyectiles gruesos, e infinitas *retamas*, no menos abundantes en proyectiles menudos, metralla de los encuentros, y en magníficas varas flexibles, que el entusiasmo transformaba en afilados sables; *jinojos*, que calman la sed con su zumo de sabor de anís; plantas raras; lagartos y

culebras en las grietas, y por la llanada que se extendía entre los cerros y el cementerio, grupos de *juncos*, que son armas agudísimas, aunque de «temple» falso y frágil.

Un viejecito inválido cuidaba del «pozo de Carretones», situado al pié del cerro, de agua delgada y fresca, con su poyo y brocal encalados, imagen sobre el poyo, y la casuca, de latas viejas y tablas, del viejecito, hecho ermitaño del pozo a la sombra de la imagen, sin rezos, calavera, cruz, ni hábito, pero con el cementerio al frente, y la plegaria del agua repartida a hombres o bestias por lo que quisieran dar, y aún por amor de Dios, como único rito y penitencia.

Pero cerros, vericuetos, plantas, alimañas, y aún la misma comodidad y frescura del agua, no eran nada ante «la cueva».

«La cueva del tío Canillitas», abierta en una ladera baja, tenía para Ramón y sus amigos el mayor de los atractivos: el misterio. En primer lugar su nombre era un enigma. La llamaban así, con este nombre vulgar, sin un motivo ni razón. Nadie podía decir quién fué ese «tío Canillitas» en el pueblo. Yá esto intrigaba; y la vida de ese personaje fabuloso fué, para ellos, durante mucho tiempo, un tema inagotable de charla y discusiones.

Luego, la cueva era una verdadera cueva. Tenía vara y media de alto cuando se apartaba la tierra que cubría el suelo hasta dar con terreno sólido, un ancho de tres varas, y una profundidad de.... pongamos diez.... Ellos la veían hundirse en la Tierra—así, con mayúscula,—y adivinaban otras cuevas más grandes y profun-

das tras ellas, prolongándose indefinidamente en arcos cada vez más altos y en galerías cada vez más espaciosas hasta *allá*....

Y *allá* era lo insondable: el misterio, el ensueño y la ilusión; los cuentos fantásticos enlazándose a la vida; el palacio subterráneo del hada Pari-Banu; los «tesoros del moro»; la mina absurda con sus barras de oro bruñido y reluciente; el cofre de los Spada y las pedrerías maravillosas de los gnomos. Todos los prodigios de las cuevas encantadas donde Montesinos espera, yacente, al bravo caballero desencantador.

Los niños arañaban y escarbaban la suelta piedra arenisca ahondando en el misterio. La tierra caída en la semana cegaba la excavación. Y otra vez el Domingo siguiente volvían a arañar y escarbar sin descanso.....

* * *

Ramón era un niño serio y triste, y aunque sin hermanos, no conocía los exclusivismos apasionados de los unigénitos.

Su madre se casó, sin cariño, para ayudar a su familia pobre, y a esta misión providencial aplicaba sus ahorros, esparciendo en aquélla sus afectos; su padre brusco, y de genio caprichoso y violento, estaba demasiado absorbido en sus ocupaciones.

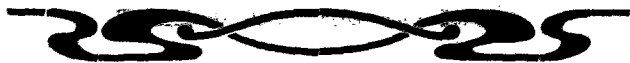
El matrimonio se llevaba mal y Ramón sufría procurando conciliar aquellos caracteres indomables prontos a acometerse, llevando las cuentas de la casa, por disposición del padre, para impedir el saqueo de la parentela materna—y atrayéndose con ello sus odios,—guatando a uno

y otro el humor para evitar los disgustos, con un temor instintivo al escándalo y una fina delicadeza comprensiva de lo grosero y lo ridículo, que le hacía llorar muchas veces en un rincón, silencioso, cuando las riñas conyugales trascendían a los vecinos y parientes.

Y estos sentimientos pusieron en él una prudencia rara a su edad. Sensible y franco se reservaba sus pequeños secretos, y el sufrimiento le hizo buscar compensaciones, un refugio discreto donde colocar, a seguro y sin riesgo de torpes mancillas, el tesoro de sus ternuras.

Pero aunque tuvo novias,—amores de la niñez, tan adorables,—iniciados por la carta consagrada, y amigos, compañeros de aventuras al mundo fantástico de los misterios en la «cueva del Tío Canillitas», no les hizo confidentes de sus penas. Erán íntimas, muy íntimas, y le parecían demasiado niños para comprender sus dolores y aplicarles remedios adecuados.

Sentía, además, vergüenza de estas confesiones; vergüenza de sus padres—la irredimible—la más dolorosa, porque la falta no está en nosotros, y nuestra contrición no nos sirve para obtener el perdón. Vergüenza de la mancha hereditaria, que es el estigma más cruel, porque cae, implacable, sobre el inocente que no tiene culpa, y no puede, por consiguiente, repararla.



III

Para desahogar sus penas Ramón se refugiaba en la azotea, y como el dolor en soledad es demasiado agudo para un niño, compartía el suyo con el mundo diminuto y simpático de los insectos.

Es bueno llorar, desahoga, pero el llanto, cuando estalla en un sollozo comprimido largo rato, no puede sostenerse mucho tiempo. Ramón, que sufría el morbo sutil de la melancolía, experimentando, instintivamente, esa refinada voluptuosidad que fué una de las flores del mal del siglo XIX, procuraba conservar dignamente sus derechos a sentirse desgraciado, alternando las lágrimas con una discreta distracción melancólica también, como las de esas viejas solteronas románticas que han sufrido un fracaso sentimental, y no decidiéndose definitivamente a renunciar a la vida envolviéndose en las tocas y cu-

rando enfermos, distribuyen los tesoros de su amor entre perros, loros, gatos y canarios.

Ramón despreciaba estos animales caseros y vulgares, y un poco por curiosidad juiciosa y reflexiva, y más por esa inclinación suya al misterio, dedicó todas sus horas de vagar de los días no festivos a sorprender y seguir atentamente las ocupaciones de los habitantes de un hormiguero, por él acondicionado para satisfacer su afán de conocimientos.

Pero cuando el hormiguero le atraía irresistiblemente, era después de uno de esos disgustos familiares que le hinchaban el pecho de sollozos comprimidos.

Entonces, cuando no podía más, subía a la azotea, apoyaba los codos en el pretil, y se desahogaba en lágrimas silenciosas que se deslizaban sobre el techo de cristal del hormiguero, barriendo la tierra, y formando, en el cuadro de ladrillos, negras grecas caprichosas.

Poco a poco, y a medida que el caudal se iba agotando, Ramón, inconscientemente, transformaba con un dedo distraído los dibujos, formaba un lago de redondos bordes en que el vidrio era el agua, abría al agua fingida un cauce haciéndola correr formando un arroyo zigzagueante, que pronto dos dedos, ampliándolo, hacían río; le formaba afluentes a izquierda y derecha de la márgen, y las aguas, desbordándose, acababan por arrastrar las tierras a los lados hasta dejar en descubierto el cristal entero, encuadrado entre los ladrillos como entre las paredes de un estanque.

Y entonces, bajo el cristal,—¡oh sueños y evocaciones del hidalgo manchego!,—*bajo el cristal*

de las aguas, aparecía una vida activa y extraña; la existencia laboriosa de un pueblo innumerable, con su trabajo cotidiano, con sus luchas por el pan, con sus guerras, sus esclavos, sus dominadores, y hasta sus animales inferiores—gusanos—que Ramón vió mantenidos en servidumbre, en apartadas cuadras, bien alimentados y cuidados, para aprovechar sus productos, como entre los hombres.

¡Como entre los hombres!..... El niño, ante la indudable semejanza, se sentía grande como un Dios, como un Dios bueno. ¿No podía él sembrar en el hormiguero el espanto, el trastorno, la dispersión, el destierro y la muerte? ¿No podía destruirlo, si quería?..... Indudablemente, él era bueno. Y Ramón se saturaba de bondad, como antes de melancolía, humedecida con alguna lágrima, ahora dulce, porque pudiendo hacer el mal no lo había hecho; mérito inerte que es la única bondad de algunos poderosos.....

Esta atracción del hormiguero permitió á Ramón seguir paso a paso las obras de la casa nueva.

La vieja casa vecina, de tejado, había sido derribada hacía unos meses, y en su solar los albañiles iban levantando esta casa nueva, que ocupaba la mitad que la antigua, dejando el resto, y lo que en la otra era corral, sin edificar.

Ahora—Ramón tenía trece años—la cornisa vecina prolongaba la de su casa, y las azoteas eran solo una, a igual altura, separadas únicamente por el pretil del hormiguero, y solo dife-

rentes—las dos tenían cuartos altos en ellas—en las monteras encristaladas, que en la casa de Ramón formaban un rectángulo muy alargado y bajo, y en la nueva un cuadrado muy alto con cristales de colores diversos.

Al niño se le antojaron las obras primero muy interesantes, y después monótonas. Acabó por volver a su hormiguero. Y cuando los albañiles terminaron el albeo y se ocupó la casa, apenas se dió cuenta.

Un día oyó decir que «la vecina de al lado» había venido de visita, y a su madre hacer grandes elogios de esta señora.

Doña Paca, ponderativa y franca, como buena andaluza, y nada envidiosa, aunque había sido bella y la enfermedad del estómago que padecía la desfiguró destruyendo su belleza, elogiaba la hermosura de su amiga,—yá eran amigas,—su porte magestuoso, su elegancia, la nítida blancura de la cara, y los grandes ojos luminosos. Luego, en trozos sueltos, pudo Ramón recoger confidencias más discretas e íntimas, a medida que la amistad se fué estrechando: las piernas, tan bien formadas, los brazos, los senos.....

Señora sin graves cuidados domésticos, aunque siempre pendiente del arreglo de su casa y vigilando a las criadas, la madre de Ramón tenía unas manos primorosas que trazaban en la tela maravillas. Las costureras del lugar la odiaban, con un odio feroz y servil, contenido, que se desahacía en elogios, ponderando aquellas «manos de oro», con las que de muy buena gana se habrían hecho, fundidas en crisol, zarcillos y collares.

El corte rápido y seguro de Doña Paca aplica-

ba los trajes a las formas como telas estatuarias. Era la época de las mangas «de farol» y las faldas sueltas, que dieron a las mozas gaditanas el gráfico apodo «de aparejo redondo.»

Todo se curvaba en ellas al ceñirse los dóciles percales a los muslos, mostrando las enaguas adornadas de finos encajes, que formaban, con los menudos volantes de la falda, la espuma ligera y suelta de la ola voluptuosa que hinchaba la tela, pareciendo hacerla estallar.

En el corte de estas faldas Doña Paca no tenía rivales: era única. De ahí que las amigas solteras y las casadas jóvenes frecuentaran la casa, y que en la alcoba de Ramón precisamente, frontera al despacho donde estudiaba, por ser la que mejores luces ofrecía, se desnudaran dos y tres mujeres jóvenes, y muy bellas algunas, ciertos días, con un crujir de telas almidonadas y un suave frou-frou de otras más íntimas, que al niño le causaban una curiosidad, sinó tan científica como la del hormiguero, más aguda e imperiosa.

Curiosidad no más. Hasta los trece años Ramón era inocente como uná niña.... con diez años menos. El deseo existía, pero impreciso y vago como un presentimiento. Los ojos—carnales—no habían sido influidos. Los ojos que son los exploradores de la pasión.

Ramón, tan cuidadoso de las conveniencias, por esa instintiva delicadeza suya, no se habría atrevido nunca a expiar por el ojo de la cerradura, que la confianza femenina en su inocencia—esa inocencia que la mujer adivina enseguída—dejaba sin tapar como una muda invitación.

Cuando experimentaba raros sobresaltos era

por la noche. El olfato es un gran auxiliar del deseo; completa la visión presente, o la recuerda,—con una cálida évocación punzante y provocativa,—ausente; el olfato finísimo de Ramón percibía, al entrar de noche en su alcoba y entre los perfumes que le eran familiares de las amigas de su madre,—la «pompeya» de Mercedes, el «heno cortado» de Teresita, la «colonia» de Lola y el «patchoulí» de Isabel,—reconocía, sorprendido, un olor nuevo y general diluido entre los otros olores; olor fuerte y áspero que lo transtornaba anticipándose a la revelación, poblando su sueño de confusos fantasmas voluptuosos y visiones de cosas apenas entrevistas.

Visiones maravillosas ciertamente: como la noche en que a Mercedes, deliciosamente borracha por dos dedos de anís trás una copa de vino, hubo que abrirle el corpiño que la oprimía,—y las blancas palomas, apenas redondeadas, de sus diecisiete años, asomaron sus picos sonrosados y enhiestos—; como la extraña oquedad poblada de rizos negros y brillantes, que la «manga de angel» de Carmen le mostró una tarde al alzar los brazos; como las piernas esculturales de Isabel entrevistas al subir a la azotea un día de lluvia, en que ella alzaba con ambas manos las faldas, librándolas de las salpicaduras de los diminutos charquillos.

Esta última visión sobre todas. Ramón, aún en su inocencia, admiraba la curva armoniosa que vá desde la grupa al talón y del bajo vientre al empeine del pié: La forma inmortal que perdura en la mujer sin desfigurarse con los años y las pasiones, y que al erguirse, elevando los brazos y unidas las piernas, se mantiene invitando a la

estatua, al calco en la piedra, con su línea firme que al frente se bifurca como una Y en dos ramas, que encierran entre ellas esa V que es la inicial de su vida, la «historia» de los Cuentos Árabes: nombre admirable....

Y sobre todo también por ser Isabel. Ramón sentía hacia ella una pasión romántica. La llamaba su novia, y ella tenía para él mimos y caricias, que aunque enteramente honestos, le producían deliciosas sensaciones.

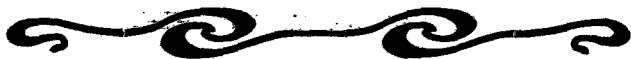
Era una inclinación pura, sin torpezas. Isabel acariciaba al niño con sus palabras. No lo besaba. Le decía cosas en diminutivo que a él se le antojaban muy dulces. «Mi hombrecito»; «mi novio pequeñito»; «mi Bebé».....; Isabel pasional, arrebatada, pero sencilla y buena, amaba a Paco, su prometido formal, como a un amante. Era una de esas mujeres perfectas, que saben ser queridas y esposas según los momentos.

Con Ramón se manifestaba afable y cariñosa pero superficial. El niño, ansioso de ternuras, precozmente sensual por instinto aunque sin darse cuenta, le resultaba un poquito «sobón», pero lo soportaba porque lo comprendía sin malicia. Él, no atreviéndose a sentarse en sus rodillas como antes, porque ella, suavemente, lo echaba encontrándolo «demasiado grande» yá, se sentaba a la turca en el vuelo de su falda, al rescoldo suave del calor de su cuerpo, y allí permanecía quieto, sin moverse, mientras que ella le pasaba las manos largas y delgadas por los finos cabellos, formándose en los dedos sortijas negras, que él llamaba «anillos de casamiento».

Por esto en los sueños de Ramón, Isabel reina.

ba con sus piernas maravillosas, llevando el compás de las fantásticas rondas en que danzaban los brazos ambarinos de Carmela con su moña rizada y reluciente; los senos agudos de Mercedes, y vagos contornos y restos dispersos girando en torno del óvalo de Isabel, con sus ojos profundos y ojerosos, acabado muy abajo, en las piernas incansables, moviéndose en un cán de pesadilla, y siempre sobresaliendo entre las demás como el patchoulí entre los otros perfumes, como su olor entre los otros olores.....

Isabel era alta, morena, maciza aunque esbelta, de carnes firmes, poderosas, y con un sudor sano y abundante—su desesperación—que despintaba sus blusas rojas en las axilas.....



IV

Sí, era hermosa la vecina, yá lo creo. Tan hermosa como Isabel aunque de otro género de belleza. No tan alta; sí, tan alta pero más gruesa. Con unas carnes blancas, lechosas y transparentes como la porcelana china, o como una perla densa, bajo el casco dorado del cabello, con rojos reflejos de cobre; con unos andares majestuosos de una gran molicie, desmentida por los ojos negros, como el carbón, con las pestañas y las cejas negras también, y por la boca de labios gruesos tan rojos, que parecían pintados y barnizados por la lengua inquieta, que pasaba y repasaba sobre ellos cada instante.

Hermosa la vecina y muy amable. Le gustaba leer—como a Ramón—y subía todos los días a la azotea con un libro, al parecer, interminable. En la azotea, y entre la montera y el cuarto, habían puesto unos alambres para tender un toldo; se enroscaban los finos troncos de unas enredaderas nacientes a ciertos piés derechos imitando

columnas, y el todo prometía para más adelante un cenador muy lindo.

Entretanto se formaba, la vecina solo subía al atardecer, y tendida en su perezosa apenas se la veían las soberbias piernas cruzadas, liberalmente mostradas por la bata, y el oro del cabello, que visto entre los alambres, parecía apelotonado en el alto moño apenas sujeto por dos horquillas de falsa pedrería, dejando sueltas al viento las finas hebras de las sienes, una araña dorada al acecho entre los hilos de su red.

Ramón subía todas las tardes a la azotea a estudiar su hormiguero y al poco, María-Juana, la hermosa vecina, aparecía por el trozo abierto del pretil que daba paso a la escalera.

El niño aguardaba este instante en que la hermosa, de frente, alzaba el pie para subir, dejando la otra pierna más de la mitad al descubierto. Y María-Juana, descuidada o hábil, subía la falda mucho más de lo justo y necesario hasta tal punto, que Ramón pudo conocer el guardarropa de la vecina, en cuanto a medias y ligas, tan detalladamente como su madre, que lo había visitado y comentado entre alabanzas.

Cambiaban un saludo cordial, a distancia; luego María-Juana se tendía a leer, Ramón volvía a su hormiguero, y la araña de oro brillaba al Sol poniente y las piernas admirables se tendían sobre la banquetta, entre el revuelto cáliz de las batas blancas y las enaguas de colores fuertes y violentos.

* * *

Un día Ramón sufría una de sus crisis de in-

tensa melancolía. El disgusto de sus padres había sido tremendo aquella tarde, y abstraído en la contemplación de su mundo interior—desolado—no reparó en María-Juana que, extrañando su silencio, o esperando el saludo que él anticipaba siempre, se reclinó, calladamente, en su cenador.

Las enredaderas, crecidas, iban tegiendo ya entre los alambres sus bordados de hojas, y rodeando las columnas con verdes guirnaldas salomónicas moteadas aquí y allá de campanillas azules y rosas blancas de «pitiminí», que asomaban a los rombos de madera cruzada, pintada de un verde más obscuro.

El niño lloraba silenciosamente y sus lágrimas, muy abundantes aquel día, habían formado sobre la tierra que cubría el cristal un charquillo negruzco y circular, como el cráter de un volcán de fango. Las lágrimas seguían cayendo y él las dejaba hacer su obra.—Y el charco era negro y parecía profundo, como un Báratro que encerrara entre sus bordes escarpados una Estigia.

El lo consideraba atentamente, tal vez poniendo al parecido un comentario clásico, cuando se sintió llamar.

—Ramón, Ramón ¿qué tienes?

La pregunta era maternal, el tono y los ademanes amables y afectuosos, pero.....

María-Juana se reclinaba sobre el pretil y el escote de su bata blanca de aquel día era ámplio y triangular. El vértice de su triángulo se hundía como un puñal de ancha hoja con la punta ensangrentada por el lazo rojo del corpiño. El pretil realizaba los globos de los senos hinchán-

dolos como una gran ola láctea densa y poderosa.....

Ramón sintió la necesidad irresistible de abrir un cauce al volcán diminuto formado por sus lágrimas, que le parecía aún más negro y tenebroso por el contraste con tanta blancura. Hundió el dedo firmemente, y trazó desde el cráter una corriente de cristal, arroyo de desagüe de la laguna Estigia.

Una última lágrima se asomó a sus ojos, y aunque trató de contenerla, no pudo. La lágrima, rebelde, rodó por la mejilla y le llegó a los labios. Fué a sorberla, a hacerla desaparecer, y el sabor salado de la gota se disolvió en otro sabor distintó a perfumes de boca sana; y la lágrima fría pareció evaporarse al contacto de los labios rojos, cálidos y absorbentes, de la vampiresa.....

Una lágrima absorbida por un beso abre un paréntesis en la vida, y María-Juana y Ramón hablaron mucho aquella tarde.

Ella siempre amable, afectuosa, maternal..... Él avergonzado y triste al comienzo, expansivo después al encontrar, al fin, a quien hacer sus confidencias..... Y la Estigia de Ramón, desaguó, definitivamente, en el Leteo.....

Desde aquel día, María-Juana y Ramón charlaron juntos largas horas sobre los disgustos de su casa, los estudios de Ramón y aún el hormiguero.

Solo la «cueva del tío Canillitas» y sus prolongaciones no figuraron jamás en estas confidencias. Aquello pertenecía a su vivir de niño y

los niños tienen entre ellos ciertos secretos, de una ingenua masonería, que no descubren a ninguna persona mayor: lo que charlan sus muñecas; lo que hacen sus polichinelas; por lo que pelean sus soldados....

Hechos y palabras de su mundo infantil, que reservan cuidadosos de los grandes, para que no se lo destruyan. Ilusiones de vida de los monigotes de madera y de barro; hazañas de los guerreros de plomo; o cuevas de encanto y búsquedas afanosas de animales fabulosos, como la salamandra de Victor-Hugo niño.

No, aquello no lo descubrió Ramón. Sería una traición a sus amigos, y para él tal vez una vergüenza.

Una vergüenza. Ramón, al lado de María-Juana, se avergonzaba de su niñez. Sus confidencias lo elevaban a sus ojos y por eso las multiplicaba, buscando en su imaginación y en sus recuerdos dolores remotos,—tal vez únicamente presentidos—; y ella se admiraba, sinceramente, de que pudiera conocer tanta amargura en tan pocos años, tantos sufrimientos, un niño.

No tan niño yá por la estatura ciertamente. Ramón, delgado, resultaba muy alto para su edad, con esa apariencia de tallo joven de los niños muy crecidos. Vestía ordinariamente pantalón largo y guerrera de cuello a la marinera. No fumaba, pero leía mucho, que es cultivar un vicio exquisito que embriaga como el vino, distrae como el tabaco, emociona como el juego, y hace soñar como el opio y el hatchis.

Leía él muy bien y María-Juana tuvo un lector infatigable. La Biblioteca de Ramón facilitó los primeros volúmenes: Valera, Galdós, Pereda,

Dickens, Dumas padre.... después María-Juana subió los suyos más mundanos: Zamacois, Prevost—¡ah, el picante sabor de «Un Salvamento»....—Blasco Ibáñez, donde «Entre naranjos» veía Ramón a María-Juana, y, en fin, Zola.

* * *

Una tarde leía Ramón «El pecado del Abate Mouret». Era el Verano y el día, bochornoso, se perdía hacia Poniente en la llamarada formidable de un incendio. Las enredaderas florecidas tendían entre los alambres el toldo de sus hojas y la red tupida de sus troncos. En el menudo enrejado de madera que unía los capiteles de las columnas, los rosales bordaban, como en un cañamazo, tantas blancas «pitiminíes» como hojas.

Había en el cenador frescura de gruta y calor de nido. Frescura que venía del vecino jardín del palacio de los Viezca, inmenso como una selva. Calor que subía de los ladrillos caldeados todo el día, y del suelo, donde las piernas de María-Juana, que mostraban al cruzarse las ligas rojas por los calados circulares de la bata, inquietas y nerviosas aquella tarde, rozaban insistentemente las pantorrillas de Ramón, que dejaba al descubierto un pantalón corto de sport, tomado y copiado por Doña Paca—inspiradísima—de un figurín inglés.

Las medias negras de María-Juana eran de seda. Y este cosquilleo de la seda en la carne producía al niño agudas sensaciones. La media rozaba, rozaba, al balancearse la pierna en el aire, y era tan fina que parecía otra piel negra superpuesta a las blancuras de la carne.

Rozaba. Ramón, muy serio, con las mejillas arreboladas y los ojos fijos, proseguía la lectura.

Zola describía la sugestión del jardín abandonado sobre los dos jóvenes inocentes y puros. Los árboles y las plantas tenían, en las páginas inmortales, ojos que espiaban, senos palpitantes, brazos que se enlazaban; y sexos, unos sexos amorosos e insanciables, unos sexos de inagotable fecundidad que se enviaban, envueltos en la brisa, sus perfumes como caricias, y el pólen en cantidades fabulosas, como las arenas del simoún infernal en que vuelan arrastradas, crispadas y epilépticas, unidas en el tormento tras la muerte como en los placeres de la vida, las sombras de Paolo y Francesca.

María-Juana se había prendido en el redondo escote el capullo de un gran clavel reventón. Estaban sentados los dos al fondo del cenador, en una banqueta sin brazos, muy baja, y mullida como un sofá. Dos cojines les servían de respaldo, y las enredaderas, cayendo en largos festones floridos, como esas cortinas japonesas de junco y cristal, ante los arcos del cenador, los aislaban.

El libro temblaba en las manos de Ramón y este leve estremecimiento se trasmitía al clavel. Cada vez que la mano volvía una hoja acariciaba al paso el clavel, cuyo intenso perfume a clavo lo trastornaba.

María-Juana tendió el brazo izquierdo sobre la pierna de Ramón. El roce de la seda continuaba más y más insistente. El libro temblaba..... y llegó un momento en que la mano de Ramón, al pasar la hoja, quedó en suspenso sobre la flor;

sobre el capullo maravilloso de un rosa fuerte que temblaba y se estremecía bajo el nansú de la bata, y que olía a clavo también, con un olor fuerte y áspero. Llegó el momento en que la mano de María-Juana avanzó audaz, violó, oprimió..... los cojines se corrieron..... y quedó el uno perdido bajo la suelta madeja de oro, y el otro bajo el riñón, haciendo resaltar el combo vientre terso.....

Fuera del canapé, y destacándose sobre la pared blanqueada, las piernas negras y lucientes se agitaron largo rato convulsivas, hasta que, de pronto, se cerraron bruscamente como las pinzas poderosas de un insecto gigantesco y monstruoso.

Habían pasado seis meses desde la primera confidencia de Ramón. A María-Juana le costó infinitamente más desnudarle el cuerpo que buscarle el alma.



V

La semana entera fué una locura, un continuo espasmo. Llegada la tarde Ramón saltaba el pretil de un salto ágil—varonil—y caía entre los brazos de María-Juana y sobre sus labios, que lo sorbían ansiosos y voraces.

Luego se reclinaban sobre el canapé, y en la pared albeada se abrían y cerraban las negras pinzas como trazando misteriosos conjuros, hasta que la noche las confundía en la sombra. Y entonces era el rumor el que los delataba, un rumor cansado y sostenido como el jadeo del tigre que saborea una presa.

Pero después de una semana de supremos goces, los encuentros cesaron de pronto.

María-Juana era casada. Su marido, propietario y capitán de su buque,—un tres mástiles de mil quinientas toneladas,—que hacía muy largas travesías, acababa de arribar. Don Juan era brus-

co y muy ignorante en todo lo que no se relacionara con su oficio, pero bueno, y amaba a su mujer apasionadamente.

En lo físico parecía bajo por lo cuadrado y membrudo. Muy curtido por el mar; la barba negra, espesa y erizada, las cejas cerdosas, los ojos grises muy grandes, con una suerte de asombro infantil en ellos. Ojos que habían de recibir así, con ese mismo asombro ingenuo, todas las tremendas contingencias de la vida. La boca firme y casi sin labios. La nariz curva.

Su vozarrón despertaba los callados ecos de la casa vecina, se expandía por el jardín, y llegaba hasta la de Ramón, aunque algo amortiguada, aún espantable. El muchacho temblaba al oírla.

Se sentía culpable para aquel hombre sin que nadie le hubiese dicho el porqué.—María-Juana solo le pidió el secreto, y lo conocía tan bien, que confiaba en él como en ella misma, o en Andrea, su vieja nodriza y criada, tan discreta.—Solo una mirada de Isabel, que le causó un agudo sentimiento, le hizo comprender, confusamente, el pecado.

El Martes, nó, el Miércoles de aquella semana voluptuosa, cuando Ramón llegó del colegio, encontró en el comedor a Isabel y otras muchachas amigas, que habían venido a consultar el oráculo de la costura.

Doña Paca probaba a Isabel una falda sobre el vestido. Hubo que recojer la enagua un tanto, lució la media blanca, y Ramón miró. Isabel miró también y dejó caer la enagua. Cosa de un instante.

Pero luego, cuando Isabel se puso a coser en

una silla baja dejando su falda en ruedo alrededor, y el niño quiso sentarse en ella como de costumbre, lo miró Isabel otra vez con fijeza, y esta mirada fué la de una mujer ofendida a un insolente.

Ramón confesaba, mucho tiempo después, que esta mirada fué, más aún que el acoso y la violación de María-Juana, la que lo hizo sentirse, por primera vez, hombre.

* * *

El Domingo siguiente a la llegada de Don Juan, Ramón fué con sus amigos a «Carretones». Había faltado el Domingo anterior preso en el encanto de María-Juana, y quería distraerse—tal vez aturdirse.

Don Juan le había traído una escopeta de salón y debía ensayarla; una cartera y quería lucirla. Aunque el hombre comprendía instintivamente la ignominia de aceptar estos regalos, el niño, vanidoso, se imponía.

La caminata por la carretera a pleno sol les hizo apetecer la sombra de los valles, angostos como desfiladeros. Se tendieron en ellos descansando, un rato, y prepararon los anzuelos.

Fuera de las grietas, los lagartos verdes, se embriagaban de Sol y de luz.

De entre todas «las cacerías» infantiles, que empiezan en el grillo y acaban en el pájaro con trampa, red o «liria», la del alacrán es la más peligrosa, la de ranas la más fecunda en graciosos incidentes, y la de lagartos una de las más interesantes y curiosas.

Las tardes de verano de sol fuerte y duro,

que tuesta la tierra dándole un tono de barro recocado, son las más apropiadas. Estos animales de sangre fría se embriagan con el calor como con un licor espirituoso.

Ellos, tan sensatos y prudentes, tan amigos del silencio y la obscuridad, abandonan sus grietas y se exponen a la luz largas horas, inmóviles, entontecidos por el Sol, que los baña con un baño ardiente y arranca chispas de las piedras, como esculturas de jade cubiertas de esmeraldas.

Entonces el «cazador» acerca suavemente la presa, previamente enganchada al anzuelo, y como no está muerto, el grillo o el escarabajo agita las patas. El lagarto la vé, o la siente cosquilleándole el largo hocico, y de un bocado brusco se la traga, con anzuelo y todo.

Hasta aquí la pesca; enseguida empieza la caza. El lagarto convenientemente enlazado por el rabo, se coloca en lugar apropiado, y los «tirabalas» ván, por turno riguroso, disparando sobre él, hasta que un perdigón definitivo y certero, en la cabeza, lo mata.

La escopeta de salón hizo prodigios aquel día. Los «tirabalas» quedaban reducidos a juguetes por su fuerza de penetración, y cada bala medianamente dirigida resultaba mortal. Ramón se sintió espléndido, y derrochó una caja de cápsulas, de las que solo disparó una tercera parte.

Su generosidad lo hizo el hombre del día. Alfama cedió sus derechos de mayor, Solves su afán de dominar, y Carrasco el privilegio indiscutido de sus músculos, ante su desprendimiento de gran señor. La escopeta vencía, y Ramón sintió un súbito cariño hacia Don Juan que le traía

tan hermosos regalos;—hacia Don Juan que saboreaba a aquella hora, entre los brazos de su esposa, su triunfo de varón fuerte en contraste con el niño.

La escopeta le proporcionó a Ramón además un honor señaladísimo.

Se discutía vivamente en qué debía invertirse el resto del día, puesto que no quedaban cápsulas y los lagartos se ocultaban. Alfama preconizaba los incidentes de «justicias y ladrones» en que sus piernas ágiles eran incansables; Carrasco insistía en jugar a «españoles y yankis», para lucir la pujanza de sus brazos en asaltos y emboscadas; Solves estaba empeñado en cazar alacranes, a los que odiaba; los demás vacilaban entre aquellos opuestos pareceres, cuando a Ramón se le ocurrió preguntar por la «Cueva del tío Canillitas». Las respuestas vinieron en tropel.

—¿Cómo no se habían acordado?... La escopeta; seguramente..... Había gran novedad en la cueva..... ya vería, ya vería.... El domingo anterior,—el que faltó Ramón,—había sido fecundo en descubrimientos. Una cosa inesperada y prodigiosa. Un, nó, una. ...

Y retardaban la confidencia haciéndose señas, imponiéndose los unos a los otros el silencio que todos ansiaban romper; mirando a uno y otro lado con recelo de ser oídos, acuciando la curiosidad de Ramón, que se hacía más y más viva.

Tenían que atravesar todo el macizo de cerros para llegar a la cueva, y terminada la caza bajaron al pozo, donde el buen ermitaño les sirvió agua por amor de Dios en una caldera de cobre, que la daba un gustoso sabor.

Podían haber ido por la carretera, pero prefirieron recorrer el macizo, aunque más largo y accidentado, tal vez por el placer de alargar la emoción que experimentaban. Y ahora, con el afán de hacérsela sentir a Ramón, les dominaba a todos, como si ellos esperasen encontrar también algo extraordinario y nunca visto.

Treparon por el cerro que dominaba la carretera, centinela avanzado de aquel baluarte. El camino blanqueaba cortando en la llanura el «campo de la feria», cuyo centro ocupaban los blancos tapiales del cementerio, risueño y florecido como una huerta.

Otras huertas limitaban, frente a frente a «Carretones», el camino; otro camino más estrecho aflucía a él por ese lado; y luego seguía recto, como una calle, bordeado de árboles en un alto pará caminantes, hacia Puerto-Real; desnudo de arbolado en la opuesta dirección, hasta perderse a lo lejos hacia el Puerto de Santa María.

Bajaban los muchachos por un sendero angosto, en fila india, saltando como cabras. Rodearon matorrales en que las retamas cubrían las chumberas, ocultando la perfidia de las púas con sus ramas, como buenas amigas y aliadas; troncharon «jinojos» que iban arrojando casi sin mascarlos, por afán de destrucción, espantando al paso a las víboras y culebras que hendían los matorrales, deslizándose flexibles y zigzagueantes.

Hubo un alto en el valle, encajado profundamente en el terreno, donde se alzaba solitario el «cabra-higo».

En el valle angostísimo, como la huella de un hachazo entre los cerros, solo había tierra

para él. Su feroz egoísmo de viejo que no se resigna a morir, mataba en sus comienzos los brotes, agostándolos. Se apoderaba de todos los jugos de la tierra y de todas las aguas del cielo. El hondo valle formaba un depósito natural, con huecos irregulares trabajados por las aguas al caer por las vertientes, y en cada uno de estos huecos asomaba una gruesa raiz. Donde había un palmo de tierra vegetal aparecían las raíces, y el terreno parecía, cruzado por ellas, el torso de un gigante acabado por la edad, al que solo restara la piel rojiza, quemada por el Sol, y los recios tendones destacándose en ella.

Carrasco aprovechó la ocasión para imponer hábilmente sus tendencias belicosas. Cojió del suelo un grueso higo, seco y duro, y se lo arrojó a Hidalgo con fuerza; éste contestó; y el tiroteo se generalizó en breve, por puro pasatiempo, unos contra otros, como en «juego fuera del juego» de la guerra.

Solves, siguiendo sus aficiones, levantó una gruesa piedra a la sombra, que debía estar húmeda, y encontró y mató una pareja de esos alacranes negros, con la cola armada de una uña venenosa, que son los descendientes degenerados del escorpión africano, como el andaluz lo es del moro. Y Ramón trepó por unos vericuetos en demadra de una planta escondida, como una imágen, en cierta curiosa hornacina labrada por las aguas en la dura cantería. Un poco de tierra vegetal, arrastrada de la cumbre, se había detenido allí, y en ella estaba, yá florecida, la planta milagrosa.

Era un regalo magnífico para María-Juana. La

orquidea, (*) que tal vez hubiera valido unos miles de reales en Londres, crecía allí libre y espontáneamente, sin cuidados. La hemos llamado milagrosa y la flor era, realmente, un milagro de belleza: Una abeja de cuerpo de oro abriendo sus alas inmóviles sobre el tallo verde. Otro capullo verde mostrando yá las alas de la abeja como presa en él más abajo, y otro a un lado. El galante obsequio, que Ramón encontraba sencillamente hermoso, podía figurar entre los presentes de una Reina.

Ramón hizo un cucurucho de papel, arrancó un poco de tierra en torno a las raíces, y abrigó la planta bajo su sombrero. La hornacina quedó vacía, y a los pocos pasos apenas, tropezó con una raíz del cabra-higo, larga y delgada, que se deslizaba sobre la piedra y hacia la hornacina, como una serpiente acechando su presa.

Mostró su hallazgo, cesó el juego, y reanudaron la marcha subiendo al cerro más alto hasta la cumbre y descendiendo por la rápida pendiente.

Al pié se abría un valle circular como una decoración de ópera, o mejor como las rocas artificiales del parque de Hagembeck en Hamburgo.

Cuevas innumerables, muy pequeñas todas, se sucedían entre las duras «lajas» del cerro, ara-

(*) No sabemos si lo són; hablamos por simples referencias, porque no conocemos esas flores, pero no creemos errar al clasificar entre ellas esta otra, rarísima, que en Puerto-Real, los pocos que la conocían, la llamaban «Flor de la abeja».

Solo se encontraban muy de tarde en tarde, en «Carretones» hoy explotado como cantera, duraban muchos días, y el autor cultivó una algún tiempo y le dió una flor.

ñadas en la piedra arenisca que las separaba por las lluvias y el tiempo. El valle formaba un embudo abierto donde los vientos hacían resonar su infernal trompetería. Y vistas desde abajo las pendientes laderas se ofrecían como un corte geológico, en fajas delgadas, duras y firmes, de un amarillo claro, las lajas, en otras fajas anchas socavadas y ruinosas, como carcomidas por millones de gusanos diminutos, el barro.

Un sendero cortaba el embudo por la parte más baja, perdiéndose éseguida, y separada por él del resto del valle circular, la «Cueva del tío Canillitas» abría su boca al valle en una ladera, volviendo al pueblo el lomo, cubierto de margaritas, «candiles», y otras flores silvestres, que se prolongaba en suave declive hasta los vallados de un campo fronterero a las primeras casas del pueblo.

La cueva estaba allí y en ella el enigma. Los demás, queriendo saborear su sorpresa, lo dejaron adelantarse, y Ramón, dando un salto para salvar la pequeña distancia de la boca al suelo, avanzó entre tinieblas que se le ántojaron más espesas por el brusco contraste con la luz dura y fuerte del exterior. Serían las tres de la tarde y las piedras deslumbraban.

La cueva había casi duplicado su fondo, que tendría ahora dieciseis o diez y ocho varas, en cono largo y agudo. La tierra acumulada fuera— que formaba una rampa enemiga de los pantalones ante la boca, mostraba la constancia de los audaces exploradores.

Ramón avanzó, casi a tientas, y Solves, previsor, le alargó la linterna.

¡Ah, esta linterna..... Todas las exploraciones en la noche insondable del misterio, necesitan esta linterna evocadora. Cuando se compró su costo agotó el tesoro común, pero ésto ¿qué importaba? La linterna estaba allí. Tenía su lente que podía ser dirigida a todas partes; su lente que podía llegar a enfocar tantas soñadas maravillas. Una cómoda asa forrada de tela para portarla, y un ingenioso mecanismo que permitía dar luz o sumirse, de pronto, en una repentina y tenebrosa obscuridad.

Manejando esta linterna y empuñando sus herramientas, los niños soñaban empresas arriesgadas y nunca vistas, y en el foco luminoso proyectaba su imaginación prodigiosos cuadros coloreados por la fantasía, como nunca podrán llegar a presentarlos ninguna linterna mágica del mundo prosáico y limitado de las personas mayores.

Nadie sabe de lo que son capaces unos niños que sueñan, sintiéndose estrechos en el mundo real, y hacen avanzar pausadamente por las paredes de una cueva, poblada de fantasmas, el foco de luz de una linterna. Todas las empresas de los hombres son niñerías a su lado.

La luz destaca en la obscuridad los gigantescos ogros de los cuentos; esconde a los enanos maliciosos en los rincones sombríos; puebla el techo de alas membranosas, y los obstáculos, si existen, de garras ganchudas. Todas las fosfo-rencias son ojos; todos los rumores del silencio voces quedas. La traición se envuelve en la sombra como en un sudario inmenso; el suelo cede a cada paso; y las paredes se prolongan y ensanchan haciéndose infinitas, como el mundo

de los sueños y de las fantasías. Infinitas y pobladas por otra infinita multitud de seres extraños e innumerables.

Don Quijote y Tartarín, las dos inmortales figuras de la locura heroica,—castellana, sincera y ardiente la una, gascona, embustera y vacilante la otra,—quedarían empequeñecidas y anuladas por estos niños, que asoman intrépidos a lo desconocido el foco de luz de su linterna.

La linterna, enfocada por Ramón, bañó en luz blanca y clara el fondo de la cueva. Era un espacio de un metro cuadrado. Y en este espacio lucía..... una pared.

¡Una pared!; no una piedra encajada en su alveolo como la de Alí Babá, ni una losa con su argolla, como en Montecristo, sinó una pared de piedras unidas sin trabazón con la misma tierra, formando un todo compacto.

Tras de una pared puede haber muchas cosas. Un gran autor, Victor-Hugo creo, ha descrito la emoción vivísima de la multitud ante una-pared que oculta alguna cosa. Una pared nos separa a veces de la dicha, de la honra, de la libertad y de la vida. ¿Qué sentiremos cuando una pared nos separa de un mundo, de todo un mundo de encanto y de ilusión?

Los tesoros de Alí Babá y de los Spada..... ¡Bah!..... El prodigioso «Viaje al centro de la Tierra», tras las huellas de Arne Saknausen..... tal vez..... el fantástico jardín de Aladino..... quizás.....

Ramón empuñó la palanqueta, Carrasco colo-

có una piedra para que sirviera de calzo, y los dos se apoyaron en la extremidad de la palanca después de introducir la punta por las juntas de las piedras. En la mano de Solves la linterna oscilaba, trasmitiendo mensajes luminosos a lo desconocido.....

Alfama dió la voz; Ramón y Carrasco empujaron a una, y las piedras rodaron deslizándose en suave pendiente....

Rodaron.... y apareció el cielo, la luz, el día recortándose en el hueco e invadiendo la cueva por el otro lado, transformándola en algo prosáicamente industrial: un túnel. El día que lucía sobre el pueblo blanco, y a cuya claridad esplendorosa la linterna se hizo opaca como un Sol moribundo; opaca con un foco redondo y reducido que recortaba en la pared las cabezas de los niños en figuras grotescas; opaca y desvaída como los sueños ante la luz del día, como las ilusiones ante las realidades de la vida. Opaca sí, y tan ridícula, que Solves, suavemente, y de un soplo traidor, la apagó.

Ramón, sentado sobre las piedras rodadas como restos de ruinas, se sintió esta vez hombre, fatal e irremisiblemente.



VI

Transcurrieron dos semanas, D. Juan partió, y volvieron los días de lectura, solo de lectura, durante un mes,

María-Juana, ahita, descansaba, en la perezosa otra vez, oyéndolo, y Ramón leía como un colegial aplicado, sin atreverse a insinuar ni a recordar otros más gratos y apetecibles pasatiempos.

Ramón volvió a soñar. Durante aquella semana inolvidable los fantasmas de sus sueños habían huído ante las crudas realidades pasionales, como los otros fantasmas ilusorios ante la luz del día. Ahora los sueños volvían, con la privación, más reales sin dejar de ser sueños; menos confusos e imprecisos, pero más disparatados.

María-Juana se le ofrecía en los más diversos aspectos y con las más extrañas formas. Y era el seno redondo y pequeño de Mercedes, enhiesto en la anchurosa amplitud de su escote, el vello negro y rizado de Carmen en su axila; las

piernas esbeltas de Isabel asomando bajo sus batas blancas, o al contrario: la cara morena de Isabel sobre la escultura de la matrona blanca y rubia.

¡Y en qué actitudes!..... Ramón, poseedor de la clave armónica del cuerpo femenino, que es un misterio a su edad, desarrollaba en su cerebro de niño los frisos que ya hombre habría de esculpir en bronce o mármol. Inconscientemente resolvía, con esa dichosa facilidad de los artistas jóvenes, los más difíciles problemas estéticos. Y obedientes a su capricho los trazos se alzaban, las piernas se doblaban, los cuerpos se reclinaban muelles o se torcían en epilépticas posturas, con la docilidad amable y sin esfuerzo de lo inmaterial.

En sus sueños Isabel se le ofrecía tan propiamente, que ya se le antojaba suya, y cuando la veía,—siempre ceñuda y grave para él ahora,—le hacía, in-mente, duros reproches, que ella no parecía comprender.

¡Ah las mujeres poseídas en los sueños, que són las más inaccesibles!..... Cuando despertamos se nos antojan tan nuestras—las hemos gozado tan intensamente,—que al contemplarlas impasibles sentimos unos deseos irrefrenables, frenéticos, de abrazarlas allí, a la luz del día y ante las gentes, y arrojarlas todas las caricias que nos han prodigado, como insultos, a la cara.

Y ellas también parecen comprendernos y reprocharnos nuestros pensamientos; la violación de sus sueños; la posesión de su cuerpo por nuestro incubo-sátiro—en esas horas.

Isabel manifestaba hacia Ramón despego y algo parecido al asco. Lo llamaba «pegajoso» con

el mismo tono despectivo conque hablaría de una alimaña repugnante. La hembra morena de virtud montaraz y bravia, se revolvió contra la posesión presentida. Sus amigas no comprendían aquel súbito cambio. Y Carmen, la jóven casada, viciosa por el marido ausente en el mar, apuntó lejos de Isabel y en coro de envidiosas, cierta maliciosa consecuencia.

Ramón crecía, crecía cada vez más delgado y los pantalones le venían cortos. Carmen se había dado cuenta de este crecimiento, lo comentaba, y las solteras se alarmaban. Yá no debía ir a bañarse con ellas en la misma caseta. Porque Ramón se había conservado tan niño hasta entonces, que esta ocasión especialísima de la caseta de baños en común, no le había servido para adelantar un paso en el conocimiento de la estética femenina antes de las lecciones prácticas de María-Juana.

Lecciones que se completaban cada día. María-Juana, tras un mes de quietud,—quizás de íntimas batallas,—volvió otra vez a poseerlo con redoblado ardor. Los sueños huyeron ante la realidad otra vez, y Ramón ansiaba cada día nuevas y más sugestivas realidades. Un afán de contemplaciones jamás sentida, que estas alarmas que las solteras hacían imposibles.

Se acercaba la temporada de baños en Julio, muy caluroso aquel año. Ramón, ingenuo, confió a María-Juana sus ansias de ver, de saber.—Este secreto era de hombre yá, y María-Juana podía comprenderlo y compartirlo;—y efectivamente, la amable iniciadora facilitó la ocasión y el nuevo estudio.

Doña Paca y ella ocuparían con Ramón un

cuarto, y el frontero con Carmen, por ser joven aunque casada, las solteras. Doña Paca aceptó agradecidísima: le inquietaba dejar al niño, con sus trece años, solo entre los hombres de la galería. María-Juana propuso que ellas dos se desnudaran antes y el niño, solo, después. Las solteras, coquetas, tardaban siempre mucho en desnudarse.

Ramón tuvo así cada día media hora larga de contemplación. Un trocito de madera tapaba el agujero, hecho con el cortaplumas, que María-Juana acabó de redondear, y el niño, desde su observatorio, devoraba a Isabel.

En los primeros momentos las cuatro mujeres desnudas se le ofrecieron en grupo, casi sin poder distinguirlas en la dichosa acumulación de sus bellezas: Mercedes blanca, pelinegra, con delgadez de efebo, las caderas estrechas, las piernas y brazos largos, casi sin vello, y los senos pequeños, duros y eréptiles; Carmen fuertemente morena, opulenta, baja pero admirablemente proporcionada, con una invasión de vello por las piernas que empezaba en el vientre; Lola, rubia pajiza, con carnes de pórvido rosa casi transparentes, lánguida, suave, de formas blandas y vello abundante de fruta madura, que se doraba a contra luz; e Isabel alta, morena clara, pálida, con sus formas perfectas de ánfora en las caderas, y sobre la tersura del vientre, como una copa de marfil, el contraste brusco de los rizos negros, broncos y brillantes.

¡Isabel! La pupila brillante de Ramón se clavó con tal ansia, que la moza sintió como la picadura de una avispa, y se llevó la mano al sitio dolorido en la actitud de la Venus de Médicis.



VII

Ha transcurrido un año y el deseo no tiene ya secretos para Ramón, que ha recorrido con María-Juana, en un viaje constante de placer, todas las islas helénicas. Cyterhea le es familiar, y Lesbos también.

La hermosa rubia, artista a su manera, ha elegido a Carmen para estas supremas iniciaciones. Durante muchas noches el niño espío, escondido, las familiaridades de las dos amigas, hasta que comprendió que era llegado el momento culminante. El susto de Carmen fué tan grande, que todo lo encontró llano después. Y Ramón gozó, desde la sorpresa tan hábilmente dispuesta, de las alternadas sensaciones de estos dos temperamentos de mujer tan distintos.

Cármén se entrega hambrienta, primitiva; en un afán vehementísimo que la hace arrebatar al varón como a una presa. La posesión es instantánea. Los brazos lo aprisionan como garras, y lanza gritos salvajes, guturales, que no tienen

sentido, palabras sueltas, exclamaciones rotas, truncadas. Su grupa morena, que se agita incesantemente, y la negra cabellera esparcida por la espalda, dan la impresión de la carrera furiosa de una yegua salvaje. Durante esa media hora tormentosa el niño apenas respira, sofocado por el abrazo tremendo y frenético, hasta que Carmen rueda, agotada, aniquilada, muerta.

María-Juana es pausada, refinada. Sus palabras se deslizan suavemente en los oídos como un filtro. Su cuerpo hace ondulaciones desde los cabellos dorados al talón rosa, como si apurara el placer a sorbos lentos y continuos. Solo en las piernas se nota la sensación más viva, con ese movimiento de pinza, de tijera.

La espléndida mujer conserva siempre sus sonrisas, y los labios rojos, que humedece constantemente, su frescura. Es insaciable, y la continua succión de esos labios fríos, resulta infinitamente más agotadora que la sofocación, próxima a la axficia, bajo Carmen delirante y sudorosa. María Juana no se rinde jamás, y las carnes blancas y prietas ni sudan ni se cansan.

Ramón vá dejando a trozos, entre las dos mujeres, su virilidad y tal vez su vida. Está más alto y más delgado. Su cara morena ha empalidecido; unas ojeras cárdenas le cercan los ojos; padece incomprensibles distracciones, y se cansa tanto que ha tenido que suspender sus excursiones.

María-Juana, que encontró el regalo de la flor muy gentil, la ha sembrado en su jardín, formado en el antiguo solar abandonado. Apasionado por las flores distingue entre todas la dalia pomposa, sin olor, de hojas duras y carnosas, que

vive muchos días. Carmen, en cambio, adora los claveles de colores plebeyos,—rojos, granates, disciplinados,—pero de olor fuerte y penetrante que casan con sus carnes de morena intensa y ahogan los demás olores. Y Ramón prefiere los pensamientos sembrados en un gran cajón, que nacen en rondas, en tropel, y tienen unas grandes caperuzas de terciopelo morado y barbas de lino,—amarillas pálidas,—como los gnomos y los duendes que viven en oscuros subterráneos y en hondas cavernas.

Pero todos cuidan especialmente «la flor de la abeja», la planta milagrosa que crece solitaria en un rincón del jardín, y en la que apuntan ya unos brotes que prometen tres o cuatro flores nuevas, avanzadas del enjambre conque María-Juana ha soñado cubrir todo un largo arriate, para asombro y admiración de sus amigas y encanto de los ojos.

Se alza allí una estatua de Pomona que el Capitán compró en uno de sus viajes, y el afán de rodear la diosa con las verdes plantas florecidas de insectos dorados, es una idea de Ramón, en el que se vá manifestando el artista que ha de ser..... muchos años después.

¡Muchos! Ramón, que yá no es niño, vá dejando de ser hombre. El y Carmen se cansan a un tiempo, y cuando María-Juana quiere apurar aquel vaso, que antes se le ofrecía colmado, lo encuentra yá tan vacío que, con pena y lástima para esta pobre ánfora tñn frágil y tan prontamente agotada, se finge ella cansada también, o inapetente, y lo acuna,—maternal, solamente maternal,—entre sus brazos, donde él se duerme—sudoroso—con un sueño pesado, junto a Cármen ahita.

Pero como María-Juana no puede permanecer insensible mucho tiempo, Lesbos es evocado con frecuencia, y estas reminiscencias clásicas son como trallazos en la carne flaca que siente renovar sus ardores con los prodigiosos cuadros plásticos que ofrecen las dos mujeres,—la una fundida en bronce, la otra esculpida en mármol, —y Ramón se lanza otra vez impetuoso, con trágicas ansias, que lo rinden hasta agotarse, hasta morir.

* * *

Doña Paca y D. José quieren mucho a su hijo. Doña Paca tanto como a su madre, de la que ha sido una hija modelo; Don José más que a nadie en el mundo, aunque no parezca así Doña Paca solo es madre para él; Don José ha puesto en su hijo pasión de padre y vanidad de hombre. Instintivamente comprende que aquel le es superior, mas, superior a muchos de sus amigos, y experimenta orgullos de creador ante su obra.

Ramón— no ocultemos este feo pecado—siente hacia su padre, junto con un gran cariño, un poco de desdén. Le falta veneración, respeto. Don José es un luchador que no ha tenido vagar en el rudo pujilato entablado con la vida. Carece de eso que las gentes llaman «principios», y que generalmente no llevan a ningún fin práctico o glorioso; y ya sabemos que importancia concedía Ramón al buen parecer.

Don José no sabía acariciar; su cariño se manifestaba en dádivas. Dar presentaba para él una prueba concluyente de estimación o amor; y los afectos los evaluaba, como las cosas, por los sa-

crificios que costaban. De ahí que su generosidad inagotable se adelantara a todos los deseos de su hijo, satisfaciéndolos, aún antes de formularlos, sin reparar en gastos.

Ramón deseaba recibir de su padre menos juguetes y más caricias; tener con él menos franqueza y estimarlo más. Don José bebía abundantemente, y aunque no daba lamentables espectáculos, y conservaba toda su serenidad, su hijo se dolía de esta costumbre que encontraba desagradable, y, sobre todo, vulgar. Si Don José hubiese sido un noble Lord, Ramón, seguramente, lo habría dispensado.

El era así y no podía remediarlo. Doña Paca leía muchas novelas románticas y su hijo tenía con los héroes de aquellas un gran parentesco espiritual. No sabemos porqué no ha de influir en el niño, como la calidad de la leche de la madre o de la nodriza, en su desarrollo corporal, las ideas dominantes de sus progenitores en su formación espiritual.

El alma—si hay alma—llega al niño virgen de impresiones. Quédese para los teólogos el discutir si el alma se incorpora al niño en el vientre de la madre o al dar a luz. Para nosotros, admitida el alma, debe unirse al germen, al principio, y como no puede recibir impresiones de ese germen, sin comunicación directa con el exterior, las recibe de la madre o por conducto de la madre.

¿Porqué, pues, las ideas maternas no han de moldear el alma del niño, preparada para recibir las primeras sensaciones de la vida?; ¿porqué no han de grabarse en ella profundamente, como en barro blando y dócil, y perdurar des-

pués? ¿No tenemos a veces la idea de cierta vaga iniciación de algunas cosas, apenas entrevistas, en una existencia anterior?..... Y de no admitirse la existencia del alma, aplíquense estas leves divagaciones al mecanismo del cerebro, también virgen aún, también blando y dócil como cera, y dispuesto a ejercer su función augusta.

Del padre heredó el hijo el espíritu aventurero; ese afán por bucear el misterio, que era en él la desviación lógica dada por las lecturas románticas a la fuerte personalidad del luchador.

Lo que en Don José había sido actividad práctica para hacerse un cómodo lugar en el banquete de la vida, se resolvía en su hijo en inquietud constante y atormentadora por alcanzar más ámplios horizontes. Genio para la acción en el padre: genio que es actividad, energía, perseverancia, no talento, no el otro genio inmortal. Genio para crear en el hijo. Crear; el padre se formó su mundo limitado, su hogar y el de su familia, aprovechando los materiales que encontró y pudo reunir, luchando, entre otros obstáculos menos fuertes, con su honradez nativa, su respeto a muchas cosas, y su gran corazón de aventurero, generoso de amores y de monedas.

El hijo, no hallando el mundo conforme a sus ideas, lo crea a su manera poblándolo, como todos los dioses, de seres hechos a su imagen y semejanza;—a la imagen y semejanza del joven dios que reconoce en su persona, visible solo para él;—y traza hombres y mujeres para decorar sus edificios portentosos; hombres y mujeres que son, en su opinión, sus legítimos dueños,

sus eternos ocupantes que durarán tanto como aquellos.

Y viene ahora muy a punto una disquisición acerca del emplazamiento de las estatuas:

Nosotros hemos contemplado innúmeras veces, esos traslados de los hombres de mármol por los hombres de carne, y siempre nos han parecido bárbaras deportaciones. Esos seres fueron colocados allí por su creador, que los formó adoptándolos al medio. Tienen allí su puesto, su lugar señalado, tal vez sus afectos, sus amores, sus odios.—¿Qué sabemos de la tragedia de la piedra eternamente inmóvil ante nuestros ojos, tal vez latente y viva para otros más perspicaces?—¿Porqué arrancarlos de allí?

Nosotros hemos visto, con nuestros ojos carnales y míopes, a una estatua, perder toda la gracia y el encanto sutil que producía su contemplación, por uno de esos absurdos desahucios. La hemos visto ¡fuera de su hornacina, colocada en el centro de un jardín, expuesta al Sol y a la lluvia, y diríase que el yeso tiritaba entre los sueltos pliegues de su túnica, y que la comba de tela, que era gracia y coquetería en la hornacina, era fuga, por el viento arrebatada en el jardín.

La estatua se adapta al paisaje como el hombre al ambiente, y aun más, porque el hombre puede a su antojo, transformar el clima de un país en cierto modo, mientras que la estatua se somete, pasivamente, a las variaciones de la atmósfera.

Todo artista conoce esto como una ciencia infusa que nadie le enseña; y los pueblos artistas, como el japonés, que adaptan las necesida-

des de su vida a la blanda armonía de sus paisajes, lo conocen también. Sacrificar la necesidad al Arte es cosa que solo los artistas saben hacer.





VIII

Doña Paca y Don José están inquietos por la salud de su hijo que adelgaza de día en día. El médico le ha recetado un mes de descanso en los estudios, y lo pasa en el jardín de María-Juana, distraidísimo con las flores y la charla de la buena amiga, tan amable y complaciente. El médico—doctoral—ha encontrado excelentes aquel lugar y estas distracciones. Carmen los acompaña muchas tardes. Y el muchacho, cada vez más delgado y pálido, es imagen anticipada de la muerte.

Entonces el doctor acude a los grandes remedios y dá una fórmula vaga, que resulta definitiva y concluyente: cambio de aires, cambio de vida... y el buen doctor, a fé, acierta esta vez por carambola.

Efectivamente, sinó cambia de aires, sinó cambia de vida, Ramón se muere sin remedio.

El aire se le consume sofocado por Carmen, a

galopè desenfrenado sobre él, jadeante, próximo a la asfixia, inundado por el sudor abundantísimo, con tufo a montuno y a bravío, de la indómita yegua expoleada por el deseo.

La vida se le escapa en la succión lenta y continua de la mujer blanca, estriada de oro por la espléndida cabellera suelta, como una boa que aspirase y deglutiese lentamente una presa, con imperceptibles estremecimientos de glotonería.

Y esto continúa así varios meses, hasta que Don José toma una de sus resoluciones prontas de luchador siempre dispuesto a la pelea: abandonarán Puerto-Real, puesto que la salud de su hijo lo exige. Dejará su casa, en la que ha puesto tanto amor, con su comedor encerrado entre cristales en invierno y prolongado hacia el jardín por el sobradillo que en verano forma con él una sola estancia, ampliada por la parra moscatel que entolda la escalera de la azotea con sus pámpanos y racimos. Dejará su tertulia en «El Paraíso» con su buen amigo Don Rafael el montañés, el Maestro Paz, Don José el Médico, Don Juan el boticario, figuras pueblerinas borrosas y amables, junto a la panzuda bota vieja, vieja, que hace tan gustoso el vino nuevo.

Lo dejará todo, hasta su influjo sobre los obreros puertorealeños, que lo tienen por escudo en el Arsenal de la Carraca, junto con Don Cayo y Don Pascual, (*) contra el poder absorbente y dominador de San Fernando, la ciudad enemiga en el trabajo del Arsenal, que pertenecía a

(*) Un Don Pascual que tiene en la Historia Patria un puesto triste, que unos llaman abnegado y otros critican duramente.

Puerto-Real y aún pretende, en consecuencia, cobrar sus consumos. De San Fernando que es para las puertorrealeñas un centro de corrupción y liviandad, donde las mujeres ostentan, siguiendo la moda, escandalosos escotes—que ven sin escándalo en las de la colonia veraniega porque pagan.... que es un colmo....—y las muchachas tienen una graciosa desenvoltura y una libertad de lenguaje, que en Puerto-Real, donde solo se comprende la libertad de ademanes en ciertas circunstancias, parece repugnante y pecaminoso.

Nó, a Puerto-Real no pueden reprocharse esos nefandos pecados. En el paseo no se cruzan los donaires como un fuego graneado, en que combaten—con armas corteses—los deseos. Allí se hace «la rueda» lentamente—como los pavos,—al compás de la Banda Municipal, lo que dá origen a muy dulces e íntimos apretones, pero con decencia y mesura. Una moza que se estime no debe dar escándalos. Y si Paca le ha pegado una bofetada a Joaquín porque se atrevió a darla un beso, Paca resulta una loca sin atadero.

Las mozas que se estiman reciben el beso o el pellizco sin chistar, y se lo ofrecen en penitencia al *Señor chiquito*; o se lo confiesan al padre Baldomero, que es tan bueno, e impone tan leves penitencias.

Terminada una «tocata» se pasean por la plaza de Jesús, frente al Casino, los novios, algo separados, al lado él de ella, y casi siempre graves y serios, como cumpliendo una misión transcendental, esperando el momento de estrechar las distancias en «la rueda», y volver a pasear otra vez, todavía más graves y más serios.

A veces la colonia forastera y los «pudientes» bailan en «la caseta». Entonces «la rueda» se transforma en marco que cerca «la caseta», y el pueblo entero contempla a los bailarines criticándolos, y poniendo, con esta pimienta de la murmuración, un picante condimento a los furtivos apretones.

Esta exposición llegó a hacerse tan molesta, que se construyó en el centro de «la caseta» una especie de refugio para las parejas cansadas. Y entonces la malicia pueblerina comunicó el refugio con el entarimado, elevado unos dos metros sobre el piso de la plaza, y se esparcieron extraordinarios y no vistos sucesos ocurridos entre las múltiples columnas, a ciertas parejas extraviadas.

La crítica ruín de los envidiosos, y la estulicia de los señoritos que envilecen el nido de amor de «Las Canteras» con sus *juergas* indignantes, se pierden, deleptándose, entre las telarañas, el polvo, y las columnas de madera sin pintar, de un barracón de feria.....

*
* *

Doña Paca, que no sale nunca, siente dejar Puerto-Real por su casa, sus flores, sus amigas, su fama bien sentada de árbitra del buen gusto, y sobre todo por su familia.

La parentela pobre se desespera. Cesó el pillaje del magnánimo corazón de Doña Paca, siempre propicio, como la bolsa de Don José, a sus ataques. El traslado a San Fernando pone unos cientos de brazas de mar, y once kilómetros de tierras y salinas, entre sus manos y la

despensa abundante tan cuidadosamente provista.

Las lágrimas de lejos no surten efecto, y las peticiones hechas con mala letra y peor ortografía se hacen cómicas. La letra influye mucho en los resultados de una carta suplicatoria, y la ortografía más; ante un *corazón* la piedad se esfuma en una sonrisa; y los *hojos* no podemos comprenderlos llorando.—Hablamos de las cartas petitorias, no de las cartas dolorosas en que el sentimiento se sobrepone a todas las minucias de la forma y la expresión.—De las cartas petitorias que como son *hechas*—no sentidas—resultan así, naturalmente, contrahechas.

Toda la parentela pobre cayó sobre la casa, pedigüña y plañidera. Al entrar se lanzaban sobre Doña Paca, abrazándola con extremecimientos convulsivos; se lanzaban después sobre lo aún no guardado y empaquetado por el diligente Don José con los mismos ímpetus, y satisfechas sus ansias se desbordaban en anatemas a la Ciudad maldita y a sus habitantes, donde el niño había de tener tan malas compañías;—el niño, que era la causa de todo y al que detestaban íntimamente;—donde ella habría de verse tan sola y tan desgraciada....

Aunque Ramón despreciaba aquella gente, a la que encontraba miserable, egoísta y baja, sus siniestros augurios llegaron a impresionarlo fuertemente. Era el odio de un pueblo el que se manifestaba, y aunque la ocasión y el motivo fueran accidentales,—no menor el odio por ello,—hablaba el rencor centenario, arraigadísimo, y era profundo y real el sentimiento.

Ramón comprendió esta verdad indudable en-

tre las hipócritas pruebas de afecto, le sorprendió, y San Fernando empezó a ofrecérsele como algo monstruoso y formidable, como algo desconocido y tremendo..... Y lo atrajo con una mezcla de amor y de horror, de miedo y deseo, como una hermosa mujer seductora y fatal, absorbente y acariciadora.....

María-Juana despidió a «su niño»,—últimamente lo llamaba así—, entre abrazos de hembra y mecidas de nodriza, acunándolo en sus brazos. Carmen—trágica—se desesperó y lloró por él como por un hombre. Era su amante, el primero y quizás el único, y lo perdía..... (*) Al final, esta crisis del lanto se transformó en deseos frenéticos, que la hicieron galopar una vez más sobre él, delirante, enloquecida. Y Ramón, tendido, perdido bajo la hermosa bestia, parecía atropellado por la yegua indómita.

(*) La Srta. Girauld no fué adúltera en nuestra opinión.



IX

Don José va con su hijo a San Fernando para buscar casa. El traslado es más breve por ferrocarril, pero Don José prefiere el viaje por mar hasta la Avanzadilla, que le permite tocar en el Arsenal al paso.

Por eso esta madrugada de invierno marchan los dos camino del muelle, bien envueltos el uno en su capa y el otro en su *mac-ferland*, que el viento transforma en unas negras alas lamentables y ridículas.

La caseta de baños de la punta del muelle forma una cruz. Uno de los brazos cortos de la cruz es la entrada por el pueblo, que el muelle alarga hasta el paseo. El otro brazo de la cruz, transversal, lo forma una larga galería con cuartos numerados. La luz de la cantina deja esta galería en sombras.

En el muelle exterior, que forma la cabeza de la cruz, luce melancólico un farol, sobre una

pértiga de hierro con pretensiones de columna, como el farol pretende ser faro o baliza. Pretensiones modestas pero imposibles: la luz roja del farol apenas basta para alumbrarse él mismo. Sobre el muelle asoman los palos de las barcas que son tres: «La Pájara», «La Pinta» y «La Píldora».

Antes de embarcar, los tres patronos discuten gravemente si irán «por dentro» o «por fuera.»

Las grandes islas de fango— «las barroas»— al emerger durante las bajas mareas, señalan dos canales frente a Puerto-Real: uno que, recto al muelle, se enlaza con otro ancho que viene de la bahía, y que es casi bahía franca, y otro, mas corto, que, en curva, llega directamente al Arsenal.

Ir «por fuera» es tomar el canal recto hasta encontrar las aguas profundas; ir «por dentro» tomar el canal curvo. Y todos esos canales y «barroas» ocupan, apenas, un pequeño seno en la anchurosa bahía gaditana.

Pineda, el alegre y simpático Pineda, que es casi tío de Ramón, quiere ir «por dentro»; Osuna, grave y serio, con un aire marino muy característico, opina, como hombre prudente, «por fuera».

El canal entre «las barroas» es tan estrecho, que una *guiñada* mala puede montarlos sobre ellas embarrancando la barca hasta la marea de la tarde, y la campana del Arsenal no espera... Al fin, predomina el criterio de Pineda: la marea sube y la brisa ayudará. Y embarcan, bajando por las escaleras interiores del muelle hasta las lanchas.

Ramón habla entretanto con el hijo del canti-

nero, que es primo de Ana Maria, una de sus novias románticas. Ana Maria tiene una belleza triste y un genio muy alegre; y esta falta de armonía los ha hecho reñir las tres veces que se hicieron novios.

Ramón embarca con su primo Antonio, que aunque pertenece a la parentela pobre no pide nunca nada; los dos primos se quieren, y Don José lo estima mucho mas que a todos los otros sobrinos juntos.

Antonio es un muchacho silencioso y triste y tiene sus motivos para ser así. La vida pesa rudamente sobre sus hombros, y conoce yá tres de sus grandes dolores: el trabajo, la pobreza, y el pecado.

Las lanchas que son grandes, pero sin cubierta, montan cincuenta hombres cada una, y al asomarse al muelle se sienten en la sombra los rumores de esta multitud, apenas iluminada aquí y allá por las brasas de los cigarros.

Don José y su hijo montan en «La Píldora» con Antonio. Osuna de pié, con la caña del timón entre las piernas y la escota en la mano, sigue la estela de «La Pinta» que vá a la cabeza de todas. A un lado, «las barrosas», emergen de las sombras de la noche, aún más densas.

La marea sube, y el glú-glú es tan fuerte, que se oye claramente aún con el golpear de los remos en los *toletes*. Hacia proa el grupo de los aprendices charla y ríe. Los hombres «hechos» del centro reman fumando, silenciosos, sin esfuerzo. Los viejos hablan, lentos y espaciados, con Don José, a popa. Ramón, que tiene sueño y frío, se aprieta contra su primo y cae en una vaga somnolencia.

Transcurre un gran rato y un golpe lo despierta. Osuna ha hecho una virada y manda izar, y la vela sube entre el áspero chirriar de las poleas, flamea un momento, y se hincha lentamente. Las otras dos lanchas han izado las suyas, y las tres alas negras y puntiagudas, alzándose sobre los cascos ventrudos, tienen el encanto de las legendarias carabelas.

Poco a poco las aguas negras van aclarando y tornándose de un celeste limpio y diáfano, que deja ver el fango, blanco por reflexión. «Las barroas» parecen verdes praderas cubiertas de hierba fuerte y brillante, como recién regada. Un paisaje holandés al que solo faltan las vacas paciando, y el molino trazando en el ciolo sus calmosos círculos.

El aire vivo de la mañana tiene un filo cortante; vigoriza y produce la sana alegría de vivir. Las conversaciones se animan, y en «La Pájara» cantan. Osuna pide que ayuden a la vela en la virada «unas palaitas». El canal es tan estrecho que los largos remos rozan «las barroas» arañando el fango. La vela flamea como una bandera golpeteando el mástil, y se vá distendiendo hasta que se pone tensa y comba; y el Sol, a contra luz, la dora suavemente....

Frente al Arsenal el canal se bifurca en dos: uno, mas estrecho, que pasa bajo el puentecillo de «Cuatro Torres», el presidio militar, sombrío, feo, achatado, enorme, y otro que se ensancha entre el Arsenal e «Isla Verde»,— otra «barroa» aprovechada para depósito de carbón,—cruza ante el Taller de Torpedos, la Puerta, con sus dos torres gemelas, y la linea de talleres y almacenes, refleja el trípode de la «machina», y

se une al gran caño que viene de la bahía, cerca de las panzudas bateas cuadradas y cerradas— los «bombos»— que enlazan el Arsenal con la tranzadilla.

En realidad, la isla de la Carraca, es otra barrosa mas formada por el caño del Arsenal, como el delta de un río. Un barco, una antigua «carraca», (*) se perdió allí. El fango arrastrado por el caño se acumuló sobre ella y formó esa isla rara, que tiene sus acantilados construidos por el hombre a un lado, y se pierde por el otro confundida con el laberinto sin fin de las salinas.

El Rey Carlos III construyó este Arsenal suntuosamente. Las obras de su tiempo, que aún perduran, son las más fuertes y las más útiles de aquél. Lo demás se cae comido por el salitre, impotente ante la vieja mezcla del siglo XVIII.

Las lanchas atracaron a la Avanzadilla, comienzo de la isla de San Fernando y del camino hasta San Carlos. En el momento de atracar la «capitana» de la escuadra lanzó un toque de atención, sonó una descarga, y a los acordes de la música se izaron las banderas.

El día se presentaba espléndido, y destacándose en la llana superficie de las aguas del caño y sobre el cielo azul, los barcos de guerra, anclados a las distancias reglamentarias e inmóviles, parecían formidables. «El Pelayo» era una fortaleza flotante; «La Numancia» tenía el prestigio glorioso de sus heroísmos frente a «El

(*) Esta es la leyenda popular en San Fernando, o mejor, una leyenda popularizada. Los eruditos saben que «carraca» era el nombre dado antiguamente a los astilleros.

Callao»; el «Princesa» y el «Cataluña» se emparejaban como dos *saldunas* gemelos, y los torpederos, largos y estrechos, ofrecían el misterioso encanto de su poder tremendo en su fragilidad..... ..

Ramón se sintió alegre, optimista y patriota, español, muy español.... El Arsenal se tendía bajo el Sol desmerezándose al compás de los primeros martillazos, muy espaciados. Un remolcador pasó los «bombos» quebrando con su hélice el claro cristal de las aguas, y siguiéndolo con la vista vió el muchacho una cosa extraña, un grueso huso, rojo de orín, tendido en uno de los varaderos. Curioso, preguntó a su padre, y Don José, grave, tendió el brazo y contestó:

—«Eso» es el submarino de «Peral».

Y súbito, Ramón, quedó serio también.



X

El camino de San Carlos a la Avanzadilla es una carretera ancha entre dos caños. No ofrece accidentes, y a uno de los lados se alza un puente trapezoidal, desde el que Mota cañoneó la Carraca cuando el «Cantón».

San Carlos es un patio severo rodeado por otros tres edificios mas severos aún: Toda la vida militar está, simbólicamente, en ellos. El Cuartel a un lado, la Comandancia General al centro, y el Hospital al otro lado.

El Hospital tiene una prolongación, que es el Panteón de Marineros Ilustres; la Comandancia General un gemelo que es el archivo. Los muertos gloriosos van al Panteón; los papeles de la Comandancia General acaban, fatalmente, en el Archivo: dos osarios.

En el Cuartel están la Escuela de Cabos y la de Condestables, donde una juventud entusiasta

estudiaba, durante dos años, una carrera penosa y muy humilde, que debía hacerlos llegar a más altos puestos. Después de San Carlos hay un pequeño paseo, la Estación, y otro paseo, el del General Lobo, a la entrada de la Ciudad.

San Fernando es largo y estrecho con una calle al centro—la Real—prolongación de la carretera de Cádiz, que se abre en dos ramas en la plaza de la Iglesia, siguiendo la carretera hasta el Puente de Suazo, y la otra calle—del Rosario—doblándose en codos con otros nombres, hasta la Estación.

La Ciudad es limpia, alegre, blanca hasta destacarse entre sus salinas, medianamente culta y pobre, con pobreza bien disimulada, pero real: una ciudad de empleados y clase media.

La población se divide en fija y flotante. La fija algo apegada a sus tradiciones, conservadora y religiosa por rutina; muy buena, amable, y orgullosa de ser isleña, pero dejándose cautivar ingenuamente por los forasteros.

Patriotas como todos los habitantes de población militar, quedaron algo desconcertados por la guerra hispano-yankee. Acostumbrados al fausto que proporcionaban los pingües sueldos de las colonias, no se avienen a los actuales. Las casas muy bien puestas, la sa'a sobre todo, con japerías y lacas, recuerdos de los felices tiempos pasados. Y los muebles, de finas maderas, tienen un corte marino inconfundible.

La juventud del tiempo de Ramón era vacía y falta de ideales. Sometidos desde la niñez a una férrea disciplina de estudios, los muchachos desarrollaban fácilmente el Binomio de Newton... y desconocían la más elemental ortografía. Un

profesor, hombre de talento, los llamaba «borriquitos matemáticos». Fuera de «la preparación» no sabían nada de nada.

Las muchachas, aunque bastante ignorantes, eran mucho más inteligentes, y suplían con ingenio y claridad de juicio lo que de estudios les faltaba.

En la población flotante había de todo, y sobre todo, deudas. Los traslados abrumaban los presupuestos familiares, el montañés apretaba, y el usurero acababa la obra. En aquella época, el tipo medio del préstamo usurario, era de un cinco por ciento..... al mes.

Don José alquiló una casa grande y fea en una calle triste. Podía haber elegido mejor, pero la casa tenía en el patio una gran enredadera florida que le recordó su jardín, y una estatua de yeso en la que recordó Ramón la Pomona de María Juana, o tal vez a ella misma. Doña Paca llegó por la tarde y días después las vecinas venían a consultarla sus vestidos. Don José iba por tierra al Arsenal, y su hijo, recluido en casa, se aburría como una ostra.

Estaba a régimen; un régimen amable de jaimón, huevos, leche, gelatina y descanso espiritual. No le dejaban estudiar ni leer, y asistía constantemente a las visitas de señoras, antiguas amigas de su madre en Filipinas, que encontraban extraordinario lo que había crecido en aquel tiempo, y que hablara, a los quince años, como una persona mayor: un método de vida adecuado para no haber salido de Puerto-Real y acabar allí en señorito con todas sus consecuen-

cias. El muchacho se entontecía, se embrutecía. Así pasaron dos meses.

Un día Don José lo llevó a compras, le hizo tomar medida de un traje y de unas botas y le compró un sombrero de alas flexibles, de los en moda entonces.

El sombrero era verde, y Ramón lo habría rechazado, si su sentido estético hubiese puesto atención en esas minucias. Por desdicha tenía formado a este respecto un juicio radical: todos los trajes masculinos de su tiempo se le antojaban igualmente ridículos. Añoraba las trusas, la capa gallarda y el sombrero empenachado, o la casaca bordada en oro sobre la chupa de seda. Todo lo que no fuera esto lo dejaba en una completa indiferencia, que el descuido de su indumentaria acusaba lamentablemente.

El estrenar ropa especialmente le causaba un verdadero malestar físico. Primero se ponía envarado, rígido; Doña Paca entonces le pedía soltura, negligencia, y él se volvía tan suelto, y sobre todo tan negligente, que el terno nuevo volvía del paseo hecho un desastre.

Esta vez el traje nuevo tiene un motivo trascendental. Ramón va a conocer, al fin, la sociedad de San Fernando. Esas niñas escotadas y ocurrentes, cuyas alegres charlas dan horror—y envidia—a sus parientas. Va a asistir a una boda, y espera con deseo e inquietud a la par este día. Su vida ha sido tan retirada en Puerto-Real, que no ha frecuentado ni los bailes del Casino, y de las suntuosas fiestas filipinas apenas se acuerda.

Llega el día, y se pone el terno nuevo con gran cuidado, para no estropearlo, las botas,

que le aprietan un poco, y el sombrero verde.

Don José entra llanamente; Doña Paca obtiene un triunfo personal; su regalo a la novia ha sido comentado y admirado por las muchachas, que elogian sus manos portentosas. Y Ramón, solo, náufrago, perdido, hace una entrada desdichada y modestísima.

Nadie se fija en él Es decir, en él nó, pero en el sombrero verde, que conserva en la mano, sí. Es un sombrero atrayente sin duda alguna; tanto que un pollo le ruega, amablemente, *que le guarde una cría.*

Ramón comprende la pulla, y las sonrisas y cuchicheos de las muchachas lo desconciertan. Estas muchachas son siempre muy risueñas, pero aquel día sienten unas ganas de reir inusitadas.

Se casa una amiga y experimentan la turbación que este paso importantísimo produce en la mujer. Ese vago susto, no saben porqué, esa inquietud y desasosiego; y todas estas emociones se traducen en risas nerviosas, muy sonoras y repetidas.

Ramón las cree de burlas estas risas y no es del todo cierto. A él le parecen así porque le ha tocado representar un triste papel en ese día, pero otros afortunados tienen pruebas indudables de lo contrario, especialmente de las muchachas más talludas.

Es preciso un pretexto para que esas risas escapen y él lo ofrece magnífico con su aire cortado de niño disfrazado de hombre, y con su sombrero verde en la mano. Ha tropezado por primera vez contra un obstáculo que ha destrozado muchas vidas....

La broma continúa a su costa. Las muchachas, maliciosas, han acercado las sillas y lo han encerrado. Le piden que cante y Ramón, afortunadamente para él, no sabe cantar. Sería preciso un Gayarre o un Caruso para despertar la emoción en el grupo. Pero sabe versos, de seguro.... El, imprudentemente, contesta que sí. ¿Que sí?, pues a decirlos.

Y el pobre, oportunísimo, empieza:

—«Oigo, Patria, tu aflicción.....»

Hacía falta un madrigal.... y aún.....!

Al compás de los versos las risas sordas y los cuchicheos aumentan tras los discretos abanicos abiertos. Ramón dice los versos bien, pero sin fuego, lo que es otra ventaja para él. Tal vez el madrigal habría hecho efecto, si. La voz es sonora, bien timbrada, agradable...., ¡Pero ante el diablillo retozón de la risa, Campoamor y Zorrilla se quedarían solos con sus versos!.....

El murmullo es primero una brisa suave; luego rompen unas notas sueltas como gorjeos de pájaros; un borbotón después, sofocado por el pañuelo; risas destempladas, cortas, cosquillosas.... y de pronto, fuera de lugar, estalla el aplauso, las palmadas estrepitosas que son el oleaje de la risa desbordándose, no pudiendo resistir más, y que se oculta hábilmente—con algo de compasión quizás—en el tumulto.

Ramón lo ha comprendido todo y se siente avergonzado, y con unas ganas irresistibles de llorar. El niño despierta en él y se vé pequeño, tan pequeño y mimoso como cuando se guarecía en las faldas de Isabel. Quería huir, esconderse en el último rincón del mundo. Y se encuentra en el centro de un corro bullicioso,

del que le parece imposible escapar.

Pero una mano se le tiende. Una mano, nó, unos ojos que tienen la infinita atracción cordial de una mano tendida. Unos ojos compasivos y acojedores. Y él vé en ellos tanta lástima, tanta contagiosa simpatía, que, atraído irresistiblemente por ellos, rompe el cerco tremendo y se sienta junto a Marta.

Porque es Marta la dueña de esos ojos claros y compasivos; de esos ojos verdes que han tenido para él, en este primer gran dolor de su vida, el fulgor de una esperanza.

No se hablan. Él se siente tan lamentable que no se atreve ni aún a mirarla. Ella, un poco avergonzada por haberse dado tan claramente a comprender, o por haber sido tan claramente comprendida, tampoco.

Y como las risas continúan a su costa, este silencio dura un largo rato mientras sigue la charla en el corro, chispeante y saltarina, en un tiroteo de frases rápidas, de réplicas y bromas ingeniosas y picantes, que a Ramón se le antojan un lenguaje nuevo fuera de lo usual, un lenguaje escogido y refinado que sólo estas gentes superiores pueden usar con tal agilidad y llaneza, y que él no llegará nunca a aprender.

Marta toma de pronto parte en ese torneo de palabras. Una amiga cariñosa la empuja a la lucha, y ella la sostiene vigorosamente.

No posee la alocada facilidad de las otras muchachas. Habla con calma, pero sus maliciosas insinuaciones hacen heridas, que no por ser a flor de piel dejan de producir dolor.

Parece encarnizarse particularmente con las más burlonas, y su lengua aguda y roja no es pu-

ñal sinó lanceta. Nada de heridas salvajes y brutales. Delicadamente corta la carne y hiere allí, en el punto más sensible.

Un cadete habla con una de las muchachas, yá madura, y sus risas estrepitosas y molestas no cesan. Al fin la pareja decide continuar la broma y se dirijen a Marta, que los recibe intrépidamente.

—¿Te gustan los loros verdes, Marta?

—No tanto como a tí los colorados.

—Hija, al menos entretienen.

—Yá sabes que yo tengo poco de entretenida.

—Permita usted, Marta, que le diga que tiene muy mal gusto.

—No lo he mirado a usted todavía, Luis.

—Gracias; viene usted muy aguda.

—Como Paquita..... (Paquita es un fideo).

—Los *trompos* para jugar..... los niños.

—Y los *hilos* para enredar los gatos. Yá sabes que el gato es indispensable a cierta edad.

—Hija, hay niñas tan precoces, que las muchachas parecemos niñas a su lado.

—Desengáñate, Paca, no te forjes ilusiones.....

—¿De qué?

—De la niñez. En la niñez es cuando más se sueña, yá lo sabes; digo, si es que aún te acuerdas de aquellos tiempos.....

Paca busca una frase y no la encuentra. Y el cadete, súbitamente interesado, se inclina hacia Marta y la azaetea con banales galanterías.

Y Ramón, que los vé tan juntos y hablando tan íntimamente—él rígido, engallado, procurando ocultar el despecho trás un alarde insolente, ella charlatana y sonriente, saboreando la humillación del fatuo y de la amiga,—siente un

odio feroz hacia el atrevido botarate, cuyo uniforme—la eterna apariencia—le dá un aplomo, que el no podrá tener nunca, para hablarla. ¿Qué para hablarla.... ? Para desdeñarla, para despreciarla, que eso cree Ramón al verlo apartarse despectivo, buscando acogida más grata en un grupo, donde su uniforme vá, de una en otra muchacha, como un insecto inquieto y zumbador de una en otra flor.

¡Ah el prestigio de la ropa vistosa! Ramón, aún niño, siente por primera vez el desdén altivo del artista por esos hombres banales. ¡Abandonar a Marta por esas otras muchachas, y a ésta por aquélla, indiferentemente!.... ¡Él piensa que Marta sola exige, para un exámen detenido, la vida entera.... !

Y ahora, que se le presenta de perfil, se atreve a contemplarla atentamente.

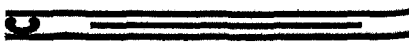
Marta lleva el pelo en largos tirabuzones castaños, que parecen a trechos espolvoreados de oro cuando los hiere la luz. La carne es rosa; la boca de labios finos y muy rojos; la nariz larga, algo curva y dominadora. El traje blanco, de gasa, con un lazo celeste al pecho y otro en la cintura. Pureza....

Y Ramón, que ha adquirido yá tanta práctica para desnudar, de una sola mirada, a una mujer, no se atreve a preguntarse a qué obedecen los agudos relieves que se marcan sobre el corsé, o los redondeces de la falda, ni aún a mirar las finas medias, henchidas por la opulenta carne rosa que las tornasola a contra-luz.

Marta está muy desarrollada para su edad, y aunque más bien baja—de aquí lo de *trompo*....—es tan bien formada que parece alta. No

lleva flores en el pelo ni aretes en las orejas, cosa rara entonces en San Fernando, y parece seria, callada y reflexiva, aunque maneje la sátira isleña tan maravillosamente.

Y Ramón, a esta frase imaginativa—*sátira isleña*—piensa, repentinamente, que en Puerto-Real tienen razón: las niñas isleñas son burlonas, charlatanas, picarezcas y crueles.... con la única excepción de esta Marta buena, piadosa, y..... tan bella.....





XI

La experiencia ha sido bien dura y Ramón no quiere volver a sufrirla. No tratará a las isleñas ni asistirá a sus reuniones. Solo irá de visita a casa de su hermana de leche, Margarita, nacida en Filipinas como él, y cuyas hermanas, aunque isleñas, han vivido tanto tiempo lejos de San Fernando, que no conservan ni aún vestigios de su burlesca acometividad.

En esta casa amable y aburrida puede creerse todavía en Puerto-Real. Las amigas son también modosas y recogidas, y entre los muchachos—Manolo, Salvador y Luis—hijos de un abogado sin pleitos, todos bobos, necios, cursis y crueles, con una crueldad que es cobardía, Ramón solo entabla amistad verdadera, que ha de durar toda la vida, con Joaquín, serio en la apariencia aunque con una gran vis cómica, buen compañero, y un tanto soñador como él.

Pero a pesar de Joaquín, echa de menos a María-Juana ausente,—no a la querida, sino a la confidente discreta y amable. Joaquín tiene una hermana—Dora, muy buena y simpática,—y él quisiera tener una hermana también a quien confiar aquellos pesares familiares suyos viejos, y otras nuevas ansiedades en que el nombre de Marta se repite constantemente.

Margarita es una admirable muchacha nacida para enfermera o hermana de la caridad. Ramón cree encontrar en ella la otra hermana que necesita, y ella se equivoca lamentablemente. Y empiezan un noviazgo en que él se siente ligado por la simpatía y la compasión, sin deseos ni fuego; un compromiso soso que lo aburre y cansa, obligándolo a buscar, en compensación, otras novias volanderas y fugaces en que todo sea pasión, riñas, odios y desprecios. Toda la gama, en fin, de lo que le falta a ese amor casi oficial de prometidos, demasiado niños para ese empacho de formalidad.

Y conoce a Evelina, a Bella, a Estrella, a Inés, a Mercedes y a Socorro

Doña Paca se ha mudado a la Plazuela del Grifo, que es un punto de reunión popular muy pintoresco, formado entre las tapias de una huerta y una ancha vía en cuesta.

La casa, alta de dos pisos, hace esquina a dos calles, y la huerta triangular de la Escuela de Aplicación avanza entre ellas como una proa, separándolas.

La calle más ancha baja hasta enlazarse con la carretera casi fuera de la Ciudad, mientras la

otra se pierde en el callejón de «Cróquer» semicubierto, y en cuya única accesoria vió Ramón sucederse un zapatero de viejo, un «centro de estudios sociales», de fama demoledora y anarquizante, y un orfeón: tres instituciones retumbantes, curiosas y grotescas.

Un tortuoso callejón de la Gloria bordeaba los tapiales de la huerta, rodeando una manzana de viejas casas, y en este callejón, en el piso que hacía esquina a la calle Real, vivía Marta.

La casa nueva tenía una vecindad bulliciosa y alegre: Carmen, Ramona, Lola, Pura, Mercedes, chicas isteñas que pronto se hicieron discípulas fervorosas de Doña Paca, al conjuro de sus manos habilísimas.

Ramón, que las huyó al principio, acabó por encontrarlas menos temibles de lo que esperaba en las primeras charlas. En realidad eran tremendas; sus ventanas se consideraban temerosamente entre los jóvenes tímidos, y pasar ante ellas sin grave herida de amor propio, lesión del orgullo, o mote indeleble que duraba toda la vida, se juzgaba entre aquéllos paso tan honroso como el del mismo Suero de Quiñones.

Pero la presencia de Doña Paca y los encantos de su aguja las mantenía en una prudente contención que embotaba sus afiladas chanzas, y Ramón hizo así su aprendizaje en el vivo diálogo isleño, tan rico en matices, casi sin darse cuenta, teniendo por maestras en esta difícilísima esgrima a las más afamadas *pitorronas*.

Carmen, sobre todo, era temible. Tenía una lengua aguzada como un estilete, ágil como una

espada italiana y fulminante como una estocada.

Sus burlas iban «a fondo», y cuando se ponía seria, herida de un amor repentino y fogoso que la invadía como una calentura, esa misma lengua punzante cual el aguijón de una avispa, se desleía en miel con un mimo de criolla.

Su corazón era posada abierta al peregrino, o castillo ceñudo y hostil, con las almenas pobladas de arqueros vigilantes; posada por lo hospitalario y acogedor para el huésped recién llegado si los aposentos estaban vacíos; castillo cuando un dueño cualquiera—lo dominaba y poseía. Amaba a sus novios con apasionamiento y a sus flores mucho más que a sus novios. Cierta vez riñó con uno, solo porque le prohibió que las usara.

Pero, aparte esta pasión suprema por las flores, ofrendaba a sus novios todo lo demás, y por retener y conservar a los que veía escapárseles, —yá ahítos,—se imponía crueles sacrificios y curiosas penitencias.

Y así, Carmen, ofrecía a «la Pastora» rezar tres rosarios sin volver la cabeza —cosa dura—; oír una misa entera de rodillas; o dejar de llevar a «la Alameda» el abanico las noches de Verano, renunciación dolorosísima para la isleña que, como ella, sabe poner en él todo el sabor del *cierra* en el paseo; todo el misterio de las citas íntimas bajo la plena luz de los focos eléctricos, solo con abrirlo aislándose, trás las frondas de su paisaje, del resto del mundo; evitar un ataque demasiado atrevido extendiéndolo ante los ojos provocadores; graduar el aire que ha de llegar al galán para mantenerlo en prudente templanza; contar una a una las varillas retardando una

respuesta comprometedora; o acuchillar el aire con su *ris-rás*, violento como un tajo de sable, cuando los celos muerden el corazón... ..

Socorro es una Carmen más discreta; tan apasionada, quizás, pero sabiendo comprimirse; tal vez más burlona, pero menos ingeniosa para la burla.

Morena clara, pequeña, casi sin formas, tenía los ojos chicos, que es gran falta en Andalucía, la boca sensual y mucho orgullo. Decía ante sus amigas unas picardías enormes con una gran tranquilidad y llamaba a Lola *mi Gloria*, lo que hacía a Ramón muy poca gracia.

Sus amores fueron tres choques. Se hablaron, riñeron, volvieron a hablarse.... así tres veces. Ramón encontraba en aquella pasión tormentosa el aliciente que le faltaba al noviazgo formal con Margarita. En el fondo le resultaba un entretenimiento más, como sus otros amores—más íntimos y carnales—o el *flirteo* inocente con los trece años de Mercedes; pasatiempos y escarceos en que se reflejaba, en distintas almas de mujer, la pasión absorbente por la única en realidad amada, exclusivamente y en silencio.



XII

Habían pasado dos años. Ramón se hallaba en los dieciseis, y seguía siendo en el fondo el mismo muchacho serio, melancólico y soñador de Puerto Real, con el barniz alegre de un falso aturdimiento. El barniz impuesto por la ligereza isleña, que en todo halla motivos para la risa.

Él se ponía este barníz como una cota. En la vida frívola de la Ciudad, tendida perezosamente entre sus marismas, en voluntaria dejación, cualquier empresa abrumaba.....

Y como no se quería confesar la crasa ignorancia ni la enorme desidia, se reía de todo y por todo, declarando *esaboría* o *latosa* cualquier tendencia seria o trascendental, pero acogiendo ávidamente esas «iniciativas» que parecen luminosas a los caletres vacíos donde no puede oponerse ningún obstáculo a su difusión: el centenario de un isleño ilustre, el homenaje a otro isle-

ño de no menos ilustre actualidad, o la representación teatral, de aficionados, a beneficio de los heridos de Melilla, en que el barítono y el tenor de siempre cantan sus canciones de siempre, el elocuente orador local repite sus tópicos, y el iniciador, apoplético, se multiplica para alcanzar, también a beneficio de los heridos de Melilla, una recompensa oficial más o menos valiosa.

San Fernando, como otras cien ciudades españolas, era así por aquel tiempo. Los que trabajaban lo ocultaban como una falta; los que soñaban como un delito. Se corría el peligro de ser declarado *chiflado* o loco, y había muy pocos capaces de arrostrar este tremendo anatema.

Ramón sufría con esta constante ocultación de sus sentimientos más caros, y estudiaba una carrera, que es el único esfuerzo que en San Fernando no excita la burla.

Porque en el fondo los isleños son prácticos en cierto modo. El dinero se aprecia allí entre todas las cosas porque proporciona la satisfacción de los más extravagantes caprichos, y permite ese rumboso agasajo que es el signo de la distinción varonil entre ellos.

Pero como no alcanzan otros horizontes, solo comprenden la llegada a esa meta ensoñada por el camino fácil, llano y bien concurrido, por donde fueron otros, sintiendo un desdén—que es quizás envidia—por los que, apartándose del camino de todos, tratan de adelantarse por otros más ásperos; esperando ansiosos su caída para burlarse de él al verlo maltrecho y derrotado; no teniendo en cuenta los esfuerzos sino los resultados, y guardando entera su admiración para los afortunados que en un solo vuelo rápido, o en

un asalto atrevido, atrapan la Fortuna por cualquier atajo,—y aún a traición,—de la política, del comercio, o de la industria.

Claro está que hablamos de la clase media—en San Fernando no hay aristocracia—de entonces, la de ahora no la conocemos. Y en cuanto al pueblo tenía en aquella época dos únicas preocupaciones: pedir continuamente trabajo para el Arsenal, y aplaudir las faenas del «Bomba», «Fuentes», y «Machaquito», desdeñando olímpicamente las demás disciplinas.

Ramón huía de ese ambiente letal que lo abrumaba. Las altas horas de las noches isleñas son líricas, y están llenas de evocaciones las calles apartadas y silenciosas, discretamente alumbradas por la Luna, que ahorra al Erario municipal unos miles de pesetas. No hay que temer atracos porque en San Fernando, donde todos viven en una modesta medianía, los ladrones huelgan por falta de ocupación. Ser ladrón es allí como ser artista, escritor, o anarquista: una tendencia absurda al aislamiento.

Ahora que, indudablemente, el ladrón es el menos ridículo porque vive mejor. Para estos hombres que se emancipan de la Ley, las mujeres a quienes la Ley retiene en servidumbre son pródigas y amables, y el amor de estas desdichadas se considera allí como una señal de majeza y gallardía.

Las mismas muchachas encuentran sabroso que sus novios sean calaveras y¹ mujeriegos, como si buscaran en el vago perfume de lujuria que él trae del lupanar una compensación pasional de la charla insulsa, salpicada de donaires y exageraciones, en que el amor no se atreve a

mostrarse por temor a la burla.

Todo se sacrifica a ese temor sagrado. En San Fernando estar en ridículo es más desdorado que estar en presidio. Nadie deja de poner su leño en esa hoguera en la que se retuerce un alma, y no por santa simplicidad ciertamente. No hemos conocido en esa Ciudad de Andalucía un solo crimen pasional. La risa mata en flor esos excesos del cariño fiero y brutal, pero sincero. En cambio es permanente la exposición de almas nobilísimas, que sufren una incesante flagelación de vayas y chistes estúpidos, que tienen la pretensión de querer pasar por ironías. Y el lento asesinato de esas almas se hace con la sonrisa en los labios.

No fumar es allí más peligroso que ser afeminado, porque significa tanto como parecerlo. Es de advertir que todos los afeminados fuman. No beber es cobardía. Los vicios tienen una sanción local: «cosas de hombres». Y el hombre que no tiene esas cosas, no puede ser hombre, naturalmente, ni alternar con los demás. Los muchachos, para ser considerados como hombres en ese afán imitativo propio de la edad, fuman hasta emborracharse: magnífico sistema que les proporciona, con un solo vicio, los defectos de dos.

Ramón, que no fumaba, se embriagaba en las noches isleñas de amor y de poesía. Trás los *cierros* discretos, las muchachas tienen un encanto picante de odaliscas en el harém y de vírgenes en su camarín. Salsa sabrosa del pecado, aguda sensación de la carne, que arde en deseos ante las barreras, a la vez frágiles y firmes, de hierro y de cristal.

Los brazos se alargan ansiosos, las bocas se

prolongan en sensuales trompas que aspiran ávidas.... un salto, y la odalisca tentadora se hace virgen arisca e inaccesible.... En el camarín, cerrado por los tupidos *visillos*, las risas inevitables de las isleñas se asordinan y se hacen nerviosas y saltarinas como niñas traviesas

Ramón paseaba soñando, con Ventura su amigo, que aunque un tanto rudo e ignorante poseía el don inapreciable de saber callar. El callejón de la Gloria, un trozo de la calle Real y el callejón de Cróquer, formaban *la ronda* de todas las noches.

En torno a la manzana deforme, el callejón trazaba un trapecio irregular, limitado a un lado por las tapias de la huerta, y al otro por las viejas casas apiñadas, cuyas almenas las transformaban en fantásticos castillos.

Y en este ambiente, Ramón soñaba aventuras y lances románticos: un secuestro, ladrones, un incendio.... la ventana que se abría y Marta en ella pidiendo auxilio a grandes voces... él, intrépido, salvándola del grave riesgo, viéndola cerca y propicia, hablándola al fin....

Y estas aspiraciones a lo imposible le hacían realmente imposible la llana empresa, de la que él mismo acumulaba los obstáculos con su imaginación calenturienta. Obstáculos que eran, tal vez, los mayores incentivos de ese amor, por aquella misma aspiración a lo imposible que había en él.

Entretanto rondaba, soñaba, y esperaba no sabía qué. Todas las noches salía de su casa con esta esperanza en algo desconocido, y volvía a ella diciéndose: «será mañana», como Tartarín en sus visitas nocturnas al Casino. Solo que él

no esperaba «*todo lo que ataca, todo lo que combate, lo que muerde, lo que araña, lo que aúlla y lo que ruje*» como el héroe provenzal, sino todo lo que acaricia y conforta; todo lo que redime de una vida banal entre gentes vacías.....

Los dos años pasados en prudente continencia lo habían robustecido y transformado. Iniciado precozmente en sutiles refinamientos, sentía un gran desdén por la carne mercenaria que cae sobre el lecho como sobre un mostrador: pesada e inerte.

Sus novias, aún las más pervertidas, eran apenas como parvulillas aprovechadas de la cátedra de María-Juana, la docta Doctora en los sagrados misterios del deseo; y sus textos les resultaban infantiles, como el silabario para un estudiante de Derecho.

El placer de la iniciación se sobreponía en él al goce personal, comprendiendo, ahora como nunca, a María-Juana, al transmitir sus exquisitas lecciones a estas alumnas aplicadas, ávidas de aprender, que repetían sus lecciones torpemente, tal vez por demasiado apresuradas, pero insaciables, ardientes, queriendo asimilarse en un instante las más refinadas y sutiles experiencias, y poniendo en el afán toda su atención y sus esfuerzos.

Ramón, sibarítico, las veía extremecerse, como Mesmer en su cubeta, experimentando un placer quintaesenciado en ir las despojando de sus secretos como de otros tantos velos.

Tener el cuerpo no le complacía tanto como tener el alma. Era un demonio tentador, sabio y experimentado, y sabía que las incógnitas de carne sólo las cubren los vestidos fáciles de

rasgar, mientras que las de la conciencia se escudan tras las rancias paredes del cerebro, que es hueso duro como una caja fuerte.

Siempre la carne se ofrecía antes que el alma, en un consentimiento tácito, sin palabras, a la violación. — Violación puramente epidérmica, que conservaba la pureza convencional para el futuro marido.—La niña, porque eran niñas aunque precozmente desarrolladas, desnuda, transformaba el *cierro* en invernadero de la flor de carne de su cuerpo, blanco de azucena, rosa como una rosa, o moreno como el buen pan.

Y luego, cuando el sexo ardía en deseos frenéticos, Ramón, cauteloso, iba despojando el alma de sus cendales, complaciéndose en ver retorcerse a la virgen en su propio camarín, como Juana de Arco ante el obispo, en la hoguera espantosa del pecado.

Violaciones espirituales que eran, también, una venganza. Ramón, sin intentarlo ni quererlo, inconscientemente cruel, se vengaba de la frivolidad isleña creando estos tormentos; esos fuegos pasionales que mataban la risa de los labios anhelantes en la agonía suprema del deseo satisfecho.

No lo hacía calculadamente, lo repetimos; pero se gozaba en la tristeza inmensa de esas virginidades caídas del Paraíso, y que ritmaban con su propia tristeza. Era su afán una peregrinación en busca de almas gemelas, un ardiente apostolado para formar las hermanas a la suya, que se veía tan triste y sola entre las frívolas.



XIII

. Pero aquellos livianos entretenimientos, y aún su mismo amor por Marta, no impedían que Ramón se entregase a más trascendentes ocupaciones.

Su casa no reunía solamente a las muchachas del barrio discípulas de Doña Paca, sino también a un grupo de amigos de Ramón, que las entretenían muy gustosamente. Y estos nuevos amigos eran los que tramaban con él esta aventura arriesgada y portentosa.

No se trataba yá de buscar los tesoros fabulosos guardados por los gnomos o soterrados por remotos Reyes, naturalmente. Esas cosas son buenas para los *niños* que leen los «Cuentos de las mil y una noches» y creen semejantes paparruchas. *Los hombres* que han leído los descubrimientos de Livistongne y los viajes de Stanley, tienen otras preocupaciones y meditan empresas más «prácticas» y gloriosas.

El Africa tentadora, con sus selvas inmensas, guaridas de leones y elefantes; sus negros armados de flechas y de lanzas—armas despreciables y ridículas—y sus territorios inexplorados.....

El Africa que es de España, que debe pertenecer a España según todos los Manuales de Historia, por una porción de razones sentimentales, rebustecidas, documentalmente, en lo antiguo, por el testamento de Isabel la Católica, y en lo moderno por la opinión francesa, que la hace empezar en los Pirineos.....

El Africa está ahí, empieza ahí, cruzado el estrecho de Gibraltar, y a la salida de la bahía gaditana.

No hay, pues, más que descender costeando—maniobra facilísima en el mapa,—hasta llegar a la Costa de Marfil o a la Costa de Oro,—nombres mágicos prometedores de riquezas y de glorias,—y dejar a la derecha a las Canarias y a la izquierda los cabos Blanco y Bojador, para evitar el ser descubiertos antes que el triunfo borre, transformándolo en hazaña, el delito que la necesidad les ha obligado a cometer.

Porque Ramón y sus amigos meditaban un delito indudablemente, pero lo habían pensado y calculado y no tenían otro remedio. Paco lo declaró solemne:—«puesto que era preciso, se haría; la Patria lo agradecería después.» Y Leandro no se atrevió a oponer nuevas objeciones a estas declaraciones rotundas y definitivas.

La verdad es que Leandro tenía razones muy poderosas. Abusar de la confianza de un padre es siempre triste, pero cuando ese padre tiene a su cargo material de Artillería, y se acaricia la idea de arrebatárselo, la cosa merece

reflexionarse y discutirse con cierta mesura.

Porque era eso lo que se trataba de hacer: «tomar a préstamo» al Estado unas ametralladoras, un par de cañones de tiro rápido, municiones y treinta o cuarenta fusiles. Total, nada. Mezquinos anticipos para la conquista del riquísimo Imperio que los intrépidos aventureros formarían en Africa para la Patria empobrecida. Falta de recursos y míseros comienzos de todos los Cortés y los Pizarros de la Historia hispanal.....

Después embarcarían, con cualquier pretexto, en un laud de los que llevan sal a Cádiz,—la sal es un gran artículo de comercio entre los negros;—aprovecharían la noche, cuando los tripulantes saltan a tierra, y sigilosamente cargarían los efectos en la costa, y huirían, *a velas desplegadas*, hacia lo desconocido.

Ramón discutía gravemente con Carlos y Paco los preparativos de la expedición. Leandro, que no quería dar al proyecto una realidad demasiado comprometedora, opinaba raras veces, rehuendo las controversias que podrían hacerle descubrir sus vacilaciones. Ventura nunca, concretándose a poner en la empresa, y al servicio de Ramón, su bravo corazón y sus puños formidables de escudero fiel, y los demás compartían alternativamente las opiniones de Paco, que tenía el prestigio de sus músculos, o de Ramón que se imponía por su talento, mientras Joaquín, con su gran sentido práctico y su admirable tacto, armonizaba las más opuestas tendencias.

En los mapas calcados de los atlas escolares, los audaces viajeros trazaban rutas fantásticas, consultando a sus autores favoritos. El Uganda,

la región de los lagos y el Congo, los fascinaban, y en los grandes espacios blancos de «El África tenebrosa» hacían florecer populosas Ciudades de una bárbara magnificencia, donde las lejanas reminiscencias de los «Cuentos Árabes» ponían mezquitas de esbeltos minaretes, palacios de ensueño, y voluptuosas odaliscas apenas envueltas en los finos velos semi-transparentes.

Pero esto era transitorio y fugaz. Los exploradores preferían a las dulzuras del reposo bien ganado los ásperos goces de la lucha; las marchas en fila india con el dedo en el gatillo del Winchester; la embriaguez del combate; los momentos angustiosos «en que todo está perdido», y llega el socorro providencial que todo lo salva; y entre esos placeres heróicos, las cacerías al acecho, ocultos en la espesura, trémulos, buscando en la negra sombra de la noche, para sorprender el brillo fosforescente de las pupilas feroces.....

* * *

Entretanto los futuros expedicionarios cazaban conejos en el «pinar de Villanueva», y pájaros marinos en las «piezas» de las salinas, como Tartarín cazaba gorras.

Aunque cazar *archiveves* no es lo mismo que cazar gorras, dicho sea en verdad. Los *archiveves* son pájaros astutos y vigilantes que perciben la presencia del cazador desde muy lejos, y hay que tener una gran paciencia y no poca habilidad para acercárseles a tiro.

En la mañana clara, y sobre los *muros* verdes de la salina, que forman los marcos cuadrados

de las *piezas*, el cazador se arrastra ocultándose trás la *zapina*, e hiriéndose a veces con las agudas púas de los espárragos silvestres.

Los cuadros se suceden formando las casillas infinitas de un tablero de ajedrez, reflejando en el agua opaca y densa, como cristal cuajado, todas las tintas suaves del amanecer. Y en estos fondos claros, rosas, celestes, morados, verdes y anaranjados, en esos cuadrados innumerables que forman la caja de pinturas de un Dios para pintar con ella la aguada prodigiosa del cielo, se destacan los pájaros en negro fuertemente, como trazados con tinta china, nadando en las aguas muertas tan lentamente, que parecen inmóviles.

El cazador se acerca cuanto puede, dispara el primer tiro, y luego, cuando se levantan trazando en el cielo tornasolado el dibujo de un biombo japonés, el otro, si lo tiene la escopeta, de abajo arriba, que es el que demuestra la habilidad del cazador.

En el agua quedan seis, ocho, y hasta doce *archiveves*, que el perro trae nadando, procurando no sentar las patas en el blando limo de las *piezas*, que lo absorbería. Y la cacería está hecha, sinó se quiere andar ocho o diez kilómetros por el laberinto intrincadísimo de las salinas, para encontrar otro *bandujo*.

Fácil la cacería, pero llena de emociones y de encantos. En la llana extensión del paisaje las salinas ajedrezadas con los mil colores de sus «*piezas*», las casitas blancas de los capataces aisladas en diminutas penínsulas y los grises montones de sal elevándose, como pirámides polvorientas, de las aguas tranquilas, son un sedante y un descanso.

Los negros *laúdes* salineros, panzudos y calmosos, que se deslizan sin ruido por los anchos canales, rozando con sus velas las orillas, están hechos para casar con el paisaje. El *laúd* corta el agua con un murmullo tan suave, que el glú-glú de la corriente lo domina; la actividad del Arsenal se manifiesta apenas por algunos martillazos, y San Fernando, emperezado en la blanda quietud de la mañana, parece—tan blanco,—una concreción de la sal de sus salinas bajo la cegadora luz del Sol.

El «pinar de Villanueva» ofrecía otro género de atractivos:

En primer lugar era un bosque, y esto ya es algo muy apreciable. Tenía también sus grupos de pinos, que no por estar desmochados por el hacha de los leñadores furtivos dejaban de ofrecer rincones apacibles y gratos, y piñones muy sabrosos después de tostados. Lo frecuentaba la guardia-civil, que podía exigir licencia de armas y las escopetas corrían peligro,—deliciosa sazón de estas correrías;—luego el pinar, que era tan grande que jamás pudieron llegar hasta sus límites extremos, contenía—¡oh suprema atracción y simulacro de las africanas cacerías!—zorras y lobos según se afirmaba; y en fin, había el madroñal y el molino.

El madroñal daba unos riquísimos madroños, que producen una amable borrachera comidos con exceso. El molino, abandonado hacía muchos años, conservaba los robustos paredones, y el caz estrecho sobre un arroyuelo murmurante,

invadido por las hierbas parásitas que teñían de verde sus aguas viscosas, sobre las que volaban los mosquitos en nubes densas.

El molino atraía a los muchachos más que el bosque, con su apariencia pintoresca de apeadero o guarida, y el caz sombrío con su arroyo murmurador al fondo.

Paco, que descendía de carlistas, presentía el descanso de las partidas del «Señor», constantemente perseguidas y acosadas; Joaquín improvisaba una merienda, y procedía metódicamente al reparto, refrescando el vino, si lo había, en el arroyo, desatando bolsas y nudos con sus manos pacientes y diestras, encontrando agradable el lugar porque lo libraba del viento y del Sol; Ramón buscaba al molino reminiscencias de morabito, transformaba en palmera un pino largo y delgado que balanceaba su copa en lo alto, y cerrando los ojos, hallaba al zumbar de los mosquitos en el caz y al chirriar de las cigarras rumores de las selvas africanas; Ventura y Leandro se sentían bandidos simplemente; caballistas a la manera de José María el *Tempranillo* y los siete *Niños de Ecija*, sus héroes dilectos.

Y eran los que más se acercaban a la realidad en sus ensueños. Ciertamente, bandidos parecían. Las «fieras» del pinar les habían hecho extremar las precauciones, y los revólveres y las pistolas *Lefauchaux*, que por el pueblo se escondían prudentemente en los bolsillos, aparecían asomando los negros culatines por los cinturones, junto a los mangos de los cuchillos de monte, y aún de los puñales.

Por entonces se afirmó que el célebre Vi-

villo había pernoctado en el «pinar de Villanueva». No lo aseguraríamos, pero vistos a distancia por algún pastor temeroso, no dejaba de existir la suficiente semejanza para motivar el engaño.

Generalmente las cacerías en Villanueva eran menos afortunadas que en las salinas. La distancia los forzaba al reposo, y el molino los retenía hasta que la tarde refrescaba, y volvían a pié buscando los rincones sombríos, con la escopeta pronta a disparar, y acechando en las sombras del matorral los puntos luminosos delatores.....

Estas excursiones las juzgaban ellos simples entretenimientos de las grandes etapas que habrían de hacer algún día. Entretanto se iban reuniendo los efectos de la expedición, entre los que había cosas muy heterogéneas.

Ventura aportó una espada de su abuelo el General y una escopeta de pistón, y ofreció los gemelos, el revólver y el sable de su padre. Paco dos grandes conchas de *careys* que servirían de escudos, lanzas de los Bubis del Muni, un salacoff y unas polainas. Carlos prometió llevar su instrumental *por entonces* empeñado en Cádiz—este «por entonces» duró tanto como sus estudios.—Joaquín, Emilio y Luis trajeron una porción de chismes. Ramón se había propuesto firmemente cargar con todas las armas de su padre, y Pedro ponía su persona, admirable adquisición para los expedicionarios, que podrían transformarlo en negro bozal cuando hiciese falta, sin necesidad de aplastarle la nariz, abultarle los labios o teñirle el cutis; que a todo

ello había proveído amablemente la madre Naturaleza, dándole una fisonomía africana que no había más que pedir.

Ramón se había encargado de dirigir la expedición, y consultaba constantemente, en la Biblioteca Municipal, las rutas de los grandes viajeros. Ventura, Pedro y Paco, serían los cazadores, Carlos el Naturalista, Joaquín el dibujante, y Leandro el encargado de la Artillería. Les faltaba un marino y lo buscaban afanosamente.

Y esta dificultad fué la que los perdió. Buscaban un aliado y encontraron un traidor. El infame descubrió el secreto tan guardado durante muchos meses, y lo propagó a los cuatro vientos, descendiendo hasta los detalles más delicados, que se hacían grotescos expuestos en las tertulias de los ignaros *corrios* (*) del Círculo.

Fuó una *juerga* cuando Ramón llegó por la tarde. Sus caros proyectos sufrieron la acometida de estos burlones, y los intrépidos conquistadores, dispuestos a luchar contra todos los fieros pobladores del «Continente misterioso», flaquearon cobardemente ante estos mosquitos zumbones e incansables.

Solo Ramón mantuvo su fé, impassible y enérgico, en presencia del formidable Tribunal.

Tuvo frases soberbias y despectivas; ironías que se escapaban de sus labios como agudas saetas, y se hundían impotentes en la guata espesa de los cerebros. Comparaciones atrevidas entre las llagas y los males secretos de la Patria y otros males y llagas íntimas de los *corrios*....

(*) *Corrio*, corrido, vicioso muy curtido en el vicio.

Pero se encontró] solo. Sus amigos negaban toda participación en la empresa, temiéndole al tremendo ridículo; y el mismo Ventura, su fiel escudero, lo negó tres veces, como San Pedro a Cristo.





XIV

Los estudios isleños de Ramón culminaron en un título sonoro y banal: Bachiller, que es punto de partida para unos, y ancla para otros, que los mantiene sujetos a él y expuestos a la corriente impetuosa de la vida.

En San Fernando los Bachilleres que no continúan sus carreras acaban fatalmente en el Arsenal, Asilo piadoso que los acoge en las listas de obreros de sus talleres, y los emplea en sus oficinas de escribientes, agarrados al Presupuesto como niños entecos amamantados en las ubres generosas de la Patria; eternos hidalgos de gotera y Licenciados sopistas, manteniendo, con jornales de peón, la químera de una posición insostenible, que acusan el lustre de los codos y rodilleras, y la albura dudosa de unos cuellos roídos por las carcomas del tiempo y la miseria.

En realidad, quizás tengan razón, en San Fernando, los que encaminan a sus hijos por la llana carretera que formaron otros cientos y miles de muchachos. Esos se salvan y ponen a seguro el pan suyo y el de sus futuras familias. Problema este del pan que constituye, para ciertos limitados espíritus, el más transcendental de todos los enigmas de la vida.

Claro está que con este sistema se suprimen los luchadores. La carrera emprendida por esas vías inflexibles o el destino a jornal, matan en flor las ambiciones y los arrestos. La juventud vive así una existencia artificial incubada en ese medio, que, por evitarle esfuerzos, los anula.

El Ayuntamiento tiene también su sección incubadora de esos *pollos* desmedrados; y cualquier industria que se establezca allí, habrá de tenerla forzosamente.

Lo curioso es que estos jóvenes son los más cultos generalmente, cosa que, aunque parezca extraña, es muy natural. Enfocados los estudios en una dirección determinada, los que dispersan su atención dedicándose a más gratas y variadas disciplinas quedan, lógicamente, rezagados, por serles materialmente imposible sostener la competencia con los otros, lanzados por una vía recta y llana, con la velocidad y la trayectoria de una bala. Y con los más generosamente dotados, que podrían, asegurando previamente esa conquista del pan, cultivar otros campos más fecundos, acaban la pobreza o la desgracia.

Entretanto el comercio local está en manos de los «montañeses»; las casas más fuertes de tejidos son gaditanas; y la sal que es la gran riqueza, se vende en bruto al extranjero, extraída por

procedimientos rutinarios, y transportadas en los «laúdes» de tan tardo caminar, que parecen, más que navegar, deslizarse, suavemente, en fricción, por el cristal de los caños.

¡Tierra bella y amable! Ciudad acojedora, y en su aturdida frivolidad, buena; alegre en la apariencia, y con un fondo—tan profundo—de melancolía....

Tú necesitas luchar, entrar en las lides de la existencia moderna y febril. Demasiado tiempo has estado al márgen de la vida, encerrada, como en ampolla milagrosa, bajo el domo azul de tu cielo incomparable.

Ramón, que había adivinado confusamente el enigma de esta Ciudad en sus noches evocadoras, acabó de descifrarlo en un alma de mujer: Marta.

Terminado el grado debía marchar a continuar sus estudios en Madrid, el año siguiente. Y era ya Octubre y aún no había encontrado en él la suficiente decisión para dominar los obstáculos acumulados por él mismo en sus dos años de rondas incesantes. Se había forjado esta ocasión entre imposibles, y le era materialmente imposible encontrarla fácil y hacedera.

Por extrañas circunstancias, Marta se le ofrecía diariamente en el paseo y en la calle, y la encontraba a cada paso como nunca. Unas parientas llegadas de un pueblecillo del interior la obligaban a salir acompañándolas, y Ramón sufría la tentación de su presencia fácil, y de las ocasiones propicias cada instante.

En cada uno de esos encuentros la veía venir

y marchaba decidido en línea recta. ¡Ahorra! Emparejaban, y la misma velocidad adquirida — ¿cómo parar en firme ante ella?— lo impulsaba haciéndolo fracasar una vez, y otra, y cien más, en el empeño. Y los días y los meses pasaban.....

Hasta que fué, al fin, la Noche, su amiga y confidente, la que preparó el encuentro, con la ayuda de la casualidad.

Leandro, uno de sus amigos, tuvo amores con una de las primas forasteras de Marta, y le habló de ésta en términos elogiosos, sin nombrarla. Y Ramón, creyendo ya a Marta imposible para él, fué a esta nueva aventura como a un baile o. al paseo: por matar el tiempo.

Leandro ponderaba la conquista:

—Es una chica muy mona, y le ha dado *calabazas* a Miguel, a Pedro, y a López y Ruiz, que son cadetes, ya ves. Tiene unas despachaderas magníficas. A ver si tú dejas bien sentado el pabellón.....

Así hablaba Leandro, en un monólogo ininterrumpido, incitando a Ramón, que atendía displicente y distraído la charla del amigo.

Las muchachas esperaban paseando ante la puerta, en lo obscuro de la calle, partida, mitad en sombra y mitad en luz, por la luna llena. Ramón, miope, no vió sino los dos bultos blancos de espaldas, y se acercó con aquella su decisión para estas empresas con cualquiera otra muchacha.

—Señorita, sería Vd. tan amable.....

La luna bañó en luz la otra luna blanca de su cara..... Pero ya Ramón había roto el encanto, y los obstáculos que le parecían imposibles de escalar los allanaba el desbordar impetuoso de la

pasión contenida tanto tiempo, en una cascada de palabras que aflúan a los labios sin esfuerzo.

Leandro y su novia iban por la sombra, ocupando la acera, que deja entre los *cierros* rincónadas propicias. Ramón y Marta a plena luz blanca, que la bañaba en idealidad. Él la encontraba bella como nunca.

El rosa de su carne, que animaba su rostro de estatua, se esfumaba a la luz lunar en una blancura de alabastro. Los ojos verdes eran gemas en el cerco dorado de las pestañas. Y la boca roja, de labios delgados, parecía una aplicación de esmalte sobre el alabastro de la cara.

Los cuerpos conservaron las distancias sociales. Las palabras de ella fueron banales, convencionales, influídas de esa vaguedad que las mujeres ponen en ellas, obligadas por la férrea disciplina a que se las somete desde niñas. Pero, ¡qué júbilo en las almas!.... Los ojos verdes y los ojos pardos fundieron sus miradas, y Ramón se bañaba voluptuosamente en las aguas serenas, como en un lago de esmeraldas.



XV

Fué un Invierno que no tuvo para Ramón vientos ni lluvias. Envuelto en la capa, la cabeza embutida entre las rejas del *cierro*, recibía en plena cara la caricia del perfume inconfundible de Marta, y el grato rescoldo de su cuerpo.

Fuera podía llover, correr el agua en canales diminutas por sus pies ateridos, o gotear de los rígidos pliegues del paño acartonándolo. Pasar las ráfagas impetuosas de agua, como madejas sueltas de cristal a la luz del farol municipal cercano, haciendo flamear la capa furiosamente. Ramón se mantenía sujeto a la reja como por lazos invisibles, viviendo de Marta, como si estuviera él también—¡qué sueño!—encerrado entre las paredes de cristal.

Hasta hacía calor allí, un calor natural, no de estufa, de nido. Y al tender sus manos ateridas, sentía como iba esta tibieza penetrándole hasta

el codo, hasta el pecho, hasta el cerebro.... Las manos tropezaban a veces en la sombra, y Marta se apartaba; él entonces la llamaba otra vez, y ella acudía humilde, esclava, con esa docilidad y servidumbre que las mujeres andaluzas ponen en el amor, como un resto de la pasada esclavitud de los harenes.

Ramón la amaba en cuerpo y alma con pasión irresistible. Era adoración y lujuria; respeto y deseo. Se hubiera postrado ante ella, contemplándola, como un creyente ante una Virgen, y la hubiera poseído como un sátiro a una ninfa. Con amor de niño que busca en la mujer la madre, y con amor de hombre, de varón fuerte, que busca en la mujer la hembra.

La deseaba, ¿cómo nó?—Dafnis deseó a Cloe también;—y como la deseaba la sorprendía, la oprimía, la besaba, extendiendo los brazos ansiosos cuando ella, súbitamente alarmada, se le escapaba, empleando, inconscientemente, las mismas armas ya usadas en otras empresas galantes, pero ennoblecidas por el amor que las hacía más fuertes y mejor templadas.

Marta se entregaba sin grandes resistencias, subiendo la escala del placer, en sus brazos, sin esfuerzo. Cuando llegó arriba él pidió más: lo supremo. Y Marta contempló el precipicio que se abría ante ella, lo midió, y se lanzó. . . .

Una noche de Diciembre Ramón llegó a deshora a las tapias del jardín. Ella lo esperaba.

Lucía la Luna llena como la otra noche de su encuentro y en un rincón del jardín había un viejo pajar, con las tablas del techo rotas y el blando diván, color de oro, de la paja extendida.

Él la enlazó el talle y la recostó blandamente. Marta impasible se tendió sobre la paja muelle y se sofaldó, y cuando Ramón la tuvo en sus brazos, pudo sorprender en la cara bañada en luna, su serenidad de virgen primero, el dolor después del acto cruento, y una plena placidez luego, que era como la satisfacción del sacrificio cumplido, sin mezcla del placer no gozado.

Desde este momento Ramón no volvió a soñar ni a desear por mucho tiempo. Marta llenaba toda su vida corporal y espiritual. Sus años de estudio en Madrid fueron consagrados fervorosamente al estudio, en carrera loca por el llano camino trillado, como los demás, pero por alcanzar a Marta, no al pan, por tener a Marta toda suya ante los hombres, donde todos la vieran a su lado.

Esa vida de crápula de los estudiantes provincianos en la Corte, lo fué para él de severa continencia. Solo una vez, impulsado por ese falso concepto social que empuja a los hombres al vicio y los obliga, como a la mujer a la virtud, cayó en los brazos de una meretriz, y tuvo para su falta la aguda penitencia de un remordimiento, hasta que la confesó a Marta, que, bondadosa, supo perdonar.

Luego Marta, ya esposa, se le hizo infinitamente más querida que cuando la juzgaba imposible. La mujer real se sobrepuso, obscureciéndola, a la mujer ideal. Ramón, nutrido en lecturas románticas, no sabía las sutiles delicadezas con que la mujer va sembrando y bordeando, tal que con un arriete de diminutas florecillas, el llano camino de la vida. La isleña se le ofrecía ahora en su aspecto íntimo, po-

niendo esas vagas ligerezas de sus risas como aplicaciones de tul sobre el rojo demasiado fuerte de una tela, después de sus raptos de pasión.

El deseo satisfecho produce el cansancio y el hastío. Y entonces la mujer sensual, la andaluza ardiente, elástica, armónica como un arpa, hasta dar la nota más aguda en la escala del placer, sabía hallar en los tonos de su registro polifónico inagotable la nota suave de sus caricias castas, o la otra nota argentina de sus risas.

¡Ah, isleña, isleña, mujer admirable!... Frívola en la calle y en la Alameda, ardiente en el *cierro*, incansable en el placer, casera en el hogar, consoladora del dolor. Mujer fuerte y flexible a un tiempo mismo. Tú sabes que en una misma boca,—como en un búcaro,—pueden florecer besos y risas, gritos de deseo y palabras suaves de consolación.

Tus brazos enlazan y acojen. Tus senos poseen la sensibilidad exquisita del goce, y la fuente fecunda de la maternidad. Tu vientre tiene curvas sinuosas de danzarina en el espasmo, curva augusta y rotunda en la preñez. Y en tus ojos hay húmedas miradas saturadas de pasión, y lágrimas para todos los dolores de la vida.

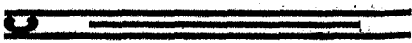
Ramón había contemplado, al fin, un alma de mujer desnuda, completamente desnuda, ante sus ojos. En esa alma de mujer isleña descifró el enigma de la Ciudad amable que ríe de día en sus calles y plazas llenas de Sol, y sabe amar intensamente en sus noches líricas y evocadoras. Y comprendió porqué los isleños no se preocupan de los problemas de esta época febril, ni sienten la ambición de los negocios, las pasiones

políticas, ni las inquietudes del Arte. Porque estas mujeres saben concentrar tan intensamente todas las atracciones y aspectos de la vida en ellas, que ellas bastan para colmar y agotar toda una vida.



Ramón vivió esa vida quince años. Marta y su Arte le bastaban. Marta llenaba su existencia real, su Arte la otra existencia ensoñada que todo hombre vive, desde los mas primitivos,—entre terrores,—hasta los mas civilizados—entre placeres.—

Su casa era un santuario consagrado por las manos de Marta, que transformaban los mas nimios detalles del hogar en ex-votos. Y salía a la calle tan saturado de su perfume, que creyéndola con él en todas partes, invisible y protectora, las mujeres y los vicios pasaban a su lado como sombras.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008

LA BATALLA



XVI

Mas hé aquí que, de pronto, vé Ramón roto el ritmo de su vida por la alucinación de un momento, que establece una absurda rivalidad entre la mujer de hoy y la de ayer.

La vida ilusa asalta la vida real. Los sueños carnales, dominados y refrenados por la posesión de la mujer amada, los sueños, impetuosos como potros cerriles, furiosos como olas, avanzan arrasándolo todo.

El siente la marea crecer, subir sin descanso. Sus noches están pobladas de fantasmas, y en aquellos la Marta de hoy y la Marta de ayer luchan como la luz y la sombra en una inmensa pista, redonda y pálida, como el halo de una linterna gigantesca.

La Marta de hoy, blanca, magestuosa, mollar, espléndida, es, en el centro del halo luminoso, todo luz. La Marta de ayer se pierde en la som-

bra del borde, y se muestra aquí y allá, en fragmentos, que se destacan un momento y desaparecen rápidamente.

Ramón busca en sus recuerdos estos bruscos eclipses, y los encuentra. Es la novia del *cierro*, desnuda, por sus antojos, perdida en la sombra del nido cerrado, y mostrando, a la luz del farol municipal que se filtra por la unión de los *visillos*, ligas de oro sobre la carne rosa.

Las dos Martas luchan, pero sin grandes esfuerzos aparentes. No hay odio en ellas, ni apenas rivalidad, sino emulación. Ambas parecen poner todo su empeño en anticiparse a los deseos del amado ofreciéndosele. Y Ramón, perplejo, se desespera, porque no sabe, ciertamente, cual elegir.

La linterna, implacable, sigue enfocando su halo de luz blanca y fría—espectral—; las dos mujeres ofreciéndose; él, ansioso, pretendiendo fundirlas en el mismo abrazo, estrecharlas a las dos sobre el ancho pecho: Y ellas distanciándose, desdoblándose en dos personalidades bien distintas, no yá en el cuerpo solo, sino en el alma también, que se asoma a los ojos de la Marta niña,—de un verde profundo de mar,—como una esperanza, y a los ojos de la Marta mujer, de un verde mas claro,—de lago, de estanque,—como un descanso.

Anhelos y reposos que forman la vida de Ramón ahora. Anhelos angustiosos y frenéticos; reposos inmensos que duran horas, desplomado, inerte, en el diván de su despacho.

* * *

Entretanto, los bocetos del palacio, poco avanzan. En el centro de la soberbia balaustrada de bronces y mármoles, y rodeado por un aéreo jardín formado en grandes arriates—de rosas, de jazmines y leves companillas azules,—Ramón quiere levantar un edificio ante cuya traza duda mucho tiempo.

El anhela—ese eterno anhelo suyo,—algo vago y ligero, un calado de encajes de piedra sobre esbeltas columnas árabes, con una cúpula de cristal azul que se confundiera con el cielo, o unas finas agujas góticas que desafiaran atrevidas a las nubes. Algo tan vagamente immaterial como los sueños.....

Y no halla el modo de enlazar el ayer del palacio—la cómoda ventruda y retallada de apariencia fastuosa, acojedora y hospitalaria,—con la exaltación de la arquitectura gótica y los atrevimientos de la árabe.

Le hace falta algo que enlace estas épocas tan distantes y no lo encuentra. La obra que parece ofrecérsele completa, de pronto, en conjunto, se le vá desplazando en los detalles, y distanciándose éstos cada vez más hasta hacerse hostiles, imposibles de acoplar, disparatados, como las dos mujeres de sus sueños.

Como las dos mujeres de sus sueños..... Este pensamiento se le clava en la frente como una saeta, y queda allí vibrando. Su Arte se confunde ahora con su amor, y el Artista comprende claramente, aplicándolo a su Arte, lo que el hombre no habría comprendido jamás aplicándolo a sus sueños. Él trata de enlazar dos arquitecturas tan distintas, que tienen, lógicamente, que repelerse.

Sería preciso elevar sobre la base pesada y cuadrada del siglo XVIII, otro edificio nuevo que sinó lo igualara en latitud, lo superara en altura.

Si en el palacio de los Dux se aunan tan prodigiosamente las arcadas del piso bajo con la masa imponente de los otros, es porque el artificio de esa maravilla—lo que parece feble y frágil soportando lo que se ofrece macizo y pesado,—es más fuerte que el contraste, mejor dicho, es, precisamente, el encanto que abstrae al observador.

Pero a él se le presenta el problema contrario. Es natural que una mole tal soporte otra: se la comprende, ya hecha pedestal, con fortaleza suficiente para sostener un monumento gigantesco.

Y hé aquí que sobre ese pedestal enorme vá a poner él un kiosco, un juguete árabe o una torrecilla gótica.... Absurdo. Cuando se dispone de un basamento así hay que erigir sobre él algo monstruoso que esté en relación con aquél. Ligero, bueno; pero entonces esta ligereza ha de compensarla la altura.

Elevar sobre el dado de piedra gris una Eiffel de mármol y bronce sería hermoso y grande, pero el Arquitecto tiene señalado un límite, uno solo, pero del que no puede pasar: el gran señor propietario no quiere hacer un alarde inútil de soberbia. Sus instrucciones han sido pocas, pero severas y firmes: utilidad, modestia, armonía. Nada de esto está de acuerdo con esa nueva columna de Julio que el basamento exige imperiosamente.

La realidad se impone. Y Ramón recuerda en

este momento el único fracaso de su vida en esta Ciudad. La idea nueva y atrevida surgiendo en un momento de inspiración, el proyecto trazado en unas semanas de fiebre, y la postergación, la derrota vergonzosa ante el pastel amañado de un compañero, que, menos inteligente o más listo, se sujetó estrictamente a las condiciones del concurso.

El dibujo ocupaba el frente del despacho. Era una plaza cuadrada, enlosada, y abierta al mar, con jardinillos y árboles copudos en el centro; y en uno de sus costados la ermita humilde, de pescadores, que se trataba de sustituir.

Paralelos los dos planos, resaltaba el contraste. Ramón había imaginado, para aprovechar el espacio, un basamento circular sobrepuesto por una cruz griega, que formaría las capillas laterales y una ancha nave.

En el centro de la cruz y descansando en las cuatro robustas columnas del crucero, la torre octógona de un faro de primer orden se alzaba dominando todas las de la Ciudad con su linterna; al pié del aparato y de la luz que lanzaría sus destellos en la noche, las campanas; y en lo mas alto de la cúpula, de bronce dorado, una estatua de la Fé que ilumina las almas, encaminándolas por los mares borrascosos de la vida.

Era una idea de creyente, de iluminado, y Ramón había sufrido, desarrollándola, una crisis de misticismo.

Un pequeño ancón tendía, como una madre sus brazos amorosos, dos largos malecones sobre el mar, y en sus extremos escollerados grupos alegóricos de viejos marineros, niños y mujeres,—en bronce,—se agrupaban al pié de las

dos balizas—verde y roja—que señalaban la entrada del ancón.

En el centro, el faro lanzaba su luz blanca y pura de eclipses muy rápidos, como relámpagos; y a este triángulo luminoso daba el autor también un alto sentido espiritual.

Rechazado, naturalmente. La magnitud de la obra era un obstáculo invencible. Resultaba, aunque parezca exagerado, *más grande que la Ciudad*, y desde luego fuera de su medida. Una capital de segundo orden no podía permitirse esos lujos estéticos. El puerto comercial exigía todo el espacio y los recursos disponibles.

Las gentes sencillas, que tienen maravillosas intuiciones, se quedaban estáticas ante el proyecto, pero los comerciantes y los políticos del poder se opusieron enérgicamente a su aprobación. Se trataba de alcanzar del Gobierno por entonces unos depósitos para mercancías en tránsito. Si la Ciudad se permitía ese derroche, ¿qué se diría en Madrid, y sobre todo *que no alegraría* la Ciudad rival en la soberanía del Archipiélago?

Y esta consideración dominó sobre todas. La vulgaridad directora, la codicia de los intereses y el patriotismo local, mezquino, levantó, una vez más, una muralla ante los altos y nobles ideales.

Estos recuerdos influyeron definitivamente en él. Nó, no se expondría otra vez a ver esterilizados sus esfuerzos e incomprensidas sus ideas. Al dolor de sentir amortajados en el papel sus proyectos, sin llegar a gozar, en la piedra y el metal, de la vida conque él soñó al crearlos.

Y puesto que le era imposible poner sobre el

recio basamento un modelo forjado en la niebla de un ensueño, sinó se alzaba en una noble ascensión hasta las nubes, y esto imposible también, había que volver a empezar para poder armonizar el pasado con el presente, el ayer con el hoy; dejar el futuro envuelto en lo desconocido, y asentar sobre la ostentosa comodidad y holgura del siglo XVIII, la comfortable del siglo XX.

Esto era lo práctico y lo lógico. Y a pleno Sol, que entraba por las amplias ventanas reflejándose en las paredes estucadas; en el despacho saturado del perfume de una mujer amante y previsora, y después de comer gustosamente en tan amable compañía, lo práctico y lo lógico se impone siempre.



XVII

Marta era una de esas raras mujeres que Daudet dejó sin pintar en sus «Mujeres de artistas», porque tenía la fortuna de poseer el original.

En los primeros meses de casada su educación, atrozmente burguesa, la hizo caer en lamentables extravíos.

Quiso absorber a su marido en el encanto de su posesión. Ser única en sus preferencias. Dominar en el cerebro del artista como dominaba en sus sentidos. Poner frente a frente a la mujer de carne y a la mujer de mármol o de bronce. Y sintió unos celos ridículos de su Arte, y principalmente de sus modelos.

Pero su buen sentido se impuso al barniz artificioso de la educación torpe y vulgar. Y el mismo sentimiento que la hizo entregarse al hombre amado sin placer y sin temor, en sumisión

voluntaria de mujer libre esclavizándose al amor, la hizo acallar sus prejuicios cuanto pudo adivinar el dualismo existente en el alma de su esposo. Las dos pasiones,—ella y el Arte,—que la llenaban refundiéndose, sin amalgamarse ni estorbarse.

Respecto a las modelos, su victoria de mujer fué absoluta y definitiva. Ella misma se le ofreció, y la alegría delirante de él, su admiración entusiasta como hombre y como artista, la curó para siempre de sus celos absurdos.

Desde entonces fué su modelo única, y en sus formas admirables simbolizaba el arquitecto esos detalles a que el escultor que había en él daba tan capital importancia, y que ponía en sus edificios un cierto aire familiar que los hacía formar escuela sin que su autor se lo propusiese, por la modelo, siempre la misma, y cien veces repetida en todos ellos.

Y así logró tener Marta esa participación con que soñaba, esa colaboración de la mujer en la obra del Artista, que es la única imposición que puede ejercer el amor en el Arte. Imposición blanda y suave de las formas femeninas, o del alma, que es una confirmación en las creencias y en el cariño del amado.

Imposición amable bien diferente de las otras imposiciones del amor de ciertas hembras, que tratan de reinar, despóticas, sobre los pensamientos del hombre; de sujetar al magnetismo de la carne las ideas; de clavar sus uñas celosas y vengativas en la piedra y el metal inanimados, porque creen que le roban al marido que es solo snyo; de querer vencer al artista en el amante; de sojuzgar en el hombre, valiéndose de los

sentidos y los instintos del bruto que en él perduran, lo que tiene de Dios.

Ramón, dichoso, no sufrió esos dolores incruentos y terribles. Marta se asimiló su espíritu bien pronto, y supo diferenciar lo que había en él de superior y lo vulgar, lo que separaba al Artista del hombre igual a los demás—un tanto absurdo y ridículo también; un mucho abandonado en el vestir y en las maneras, distraído y descuidado.—Modo este de ser especial de los artistas enamorados de su Arte, que los ponen, a veces, en situaciones poco airoas, y que Marta evitaba cuidando de él como de un niño pequeño muy suyo,—en eso sí,—muy hijo de su carne y de su alma.

Ella sabía callar a tiempo que es dón peregrino. Dispensar la sordera involuntaria del esposo, encerrado en el mundo interior de sus ensueños. Su ceguera incomprensible, que le pone ante los ojos una venda tupida, donde solo vé, reflejadas por la linterna del cerebro, las figuras de su obra. La fiebre de la inspiración que seca los labios, tan húmedos al besar, y dá a la voz suave y cariñosa inflexiones roncas de enfado o de fastidio al ser interrumpido: gruñidos de la bestia brava que a zarpazos geniales va labrando y creando, al sentirse interrumpida y molesta por el zumbido de una mosca inoportuna.

Marta quiso ser siempre mariposa. Mariposa azul de alas de oro que acaricia la frente sudorosa. Mariposa-abeja que prepara la colmena y la miel.

Cuando Ramón trabajaba, ella sabía abrir las puertas suavemente para que no rechinasen.

Moverse sin ruido. Andar deslizándose como una sombra. Impedir esos sonidos discordes que rompen el encanto de la inspiración, que tienen también su música secreta, su escondida melodía que escuchan los sentidos atentos, y que se interrumpe por una nota brusca.

Las genialidades de Ramón pensativo no la sorprendían ni lastimaban como al principio. Procuraba evitarlas por él, no por ella; y en vez de acusarlo grosero, se acusaba torpe.

Esta compenetración de Marta con su esposo la hizo tardar, mucho más que otra mujer cualquiera, en comprender lo que había de anormal en la conducta de aquél.

Las preocupaciones de Arte se parecen a las preocupaciones de Amor como dos hermanos gemelos;—como tal vez lo son, nacidos ambos de una madre común: la Belleza;—y es tanto el parecido, que hasta los que compran el Arte con su dinero, por no poder crearlo, sienten unos celos extraños de sus tesoros, cual si temieran que se los arrebaten; cual si el gocé puro que proporciona el Arte, se transformara en ellos en un afán de posesión absoluta análogo al que inspira la mujer.

Marta sabía cuanto preocupaban al Arquitecto las obras del palacio. En la Ciudad burguesa abundaban esas casas pretenciosas de un lujo chillón de *parvenús*, con muchos balcones de hierros plateados, muchos pisos y muchas molduras. Sí, se ganaba dinero en la Ciudad. Pero su Arte, que a Ramón importaba sobre todas las cosas, languidecía en el ambiente mercantil y adocenado.

Su marido estaba, seguramente, absorto ante

uno de estos detalles a que él concedía tanta trascendencia..... Y en esta confianza pasaba los días, las semanas, los meses. ¿No había visto al excéptico que solo creía en su Arte, asistir en las Iglesias a incontables misas, y observar las tallas de Luján, el genial imaginero, con un recogimiento de creyente? ¿No lo había acompañado ella misma a las chozas de los pescadores, a seguir a las pescadoras para cojer el ritmo de su andar y el vuelo de sus zagalejos al viento, y aún lo había sorprendido en éxtasis ante unos brazos morenos, unas piernas al descubierto, y hasta unos senos mal velados?.....

Precisamente, en esta extraña crisis, Ramón no salía de casa. Tendido en el diván de su despacho pasaba largas horas en un silencio, que Marta procuraba no interrumpir.

Y esta exquisita prudencia, esta admirable abnegación, fué la que más contribuyó a fijar la imagen fugitiva que escapaba en los sueños con la temblorosa imprecisión del recuerdo, y que aquí se le ofrecía en el retrato tal como fué, *implacablemente reproducida por los pinceles serviles del copista que no sabía idealizar, y que la hacía así infinitamente más atrayente por la estupenda impresión de realidad.*

La seriedad de Marta en el retrato le hacía recordar la primera vez que la vió, armada, como Minerva, de las finas armas de su ironía, combatir tan gallardamente en su favor.

Sus ojos tenían la misma mirada cordial con que supo arrancarlo al cerco peligroso de burles en su tristísima iniciación en el mundo de los imbéciles, que forman tan aplastantes mayorías.

En su cuerpo había aquel mismo desarrollo precoz. Y en su abandono, grave, *como de quien se presta a cumplir un tremendo deber*, reproducía el gesto de la noche aquella del jardín, al inclinarse sobre el oro del pajar donde la poseyó sin pasión ni estremecimientos, en la plena posesión de sí misma que la hizo entregarse obedeciendo aquel singular razonamiento que ella le explicó después:

—*Si yo solo te amaba a tí, y esa es la prueba decisiva del Amor, ¿cómo negártela? ¿Para quién iba a guardar mi pureza, si tú me abandonabas, no pudiendo querer a otro yá?....*

Sí, lo atraía el retrato; lo atraía e influía en Ramón infinitamente mas que la otra imagen confusa de los sueños. Marta niña está allí como la soñó tantas veces en los años primeros de su amor, de su renacimiento varonil tras la dura prueba de la carne exhausta consumida en las llamas de Carmen la ardorosa, y en el tremendo abrazo letal de María-Juana, la insaciable. Es ella, la aún no poseída, la angustiosamente perseguida, rondada y suspirada.

Es la única pasión romántica de su vida, tras los tormentos de la carne exprimida por el deseo.

El amor cerebral que exalta e idealiza colocando en su altar, más alto que las brasas ardientes de los sentidos—cuya hoguera es sacrificio también pero que ennegrece y mancha,—la imagen casta y pura; poniéndola entre los Cielos y la Tierra como una aparición.

Como una aparición y tan alta que yá el contemplarla es milagro. Tan alta que parezca imposible alcanzarla y este imposible haga surgir

en el hombre esa aspiración secreta de su alma a perderse en el espacio, a lanzarse a cumbres desconocidas, a escalar los Olimpos que los gigantes pretendieron invadir amontonando Osas y Peliones. Tan alta que solo los sueños,—esas aves de la noche que tienen sus nidos en las células cerebrales de los hombres como en una encantada caverna de marfil,—los sueños con sus alas prodigiosas rojas, verdes, negras, azuladas..... pueden llegar hasta ella.

....Y Ramón se ha sorprendido muchas veces —espantado— con las manos crispadas, enclavijadas, suplicantes, frente al retrato, pidiendo, a no sabe que Dioses fabulosos, el milagro de una nueva Galatea.



XIX

Sí, ha pasado mucho tiempo antes de que Marta pueda comprender el peligro que amenaza su felicidad.

Pero ya lo sabe; ya se ha dado cuenta, confundidamente, del enemigo que acecha en la sombra, y con su valor de mujer fuerte, con su serenidad de mujer inteligente, se dispone a combatirlo.

Claro está que no podría explicar en qué lugar se esconde y mucho menos quién es. No adivina, porque adivinarlo es imposible. Pero presente.

Le ha bastado un detalle, uno solo, y ha sido suficiente: Ramón, por primera vez, ha dejado de exaltarse ante su cuerpo desnudo. Ella ha abierto ante él su bata, y el cuerpo blanco, destacándose sobre el rojo de la tela, no ha despertado su virilidad.

Y ha comprendido que entre los dos había *al-*

go; algo que ella cree sentir en el aire, entre sus manos crispadas, como la carne palpitante de una rival, de una enemiga; y que está allí, a dos pasos, seria y grave, en su inmovilidad, en el retrato.

Temible la enemiga. Ramón en el placer decae, se agota rápidamente, entregándose torpemente y con esfuerzo.

El ímpetu de la pasión parece extinguido en él. Y un síntoma espantoso: la boca calla como falta de palabras, y los gritos no tienen expresión.

Son los gruñidos de la bestia, no las ternuras del hombre. Son la explosión del deseo satisfecho, no la gratitud del Amor. Hablan los sentidos, y como tales, groseramente. El cerebro está ausente, oficiando en otros altares remotos. Y el sacrificio tiene el humo espeso de la grasa, el *huesmo* animal que sofoca.

Sí, el cerebro está muy lejos, y la carne, que sufrió tan rudos roces al formarse viril,—desgastándose,—no influenciada por aquél, siente la flaqueza de su agotamiento, y el placer se hace una función mecánica, casi un trabajo.

Marta usa todo género de artificios para atraer ese cerebro volandero y peregrino; esa astucia de la andaluza,—que no tuvo que emplear, pero que conoce como una tradición que puede recordarse sin esfuerzo,—para atraer al novio otra vez a la ventana.

Perfumes; telas, que son tan hábiles terceras de amor; actitudes y gestos al espejo, mimos y caricias, fueron lentamente prodigados. Lentamente para estudiar los resultados; prodigados al verlos sin provecho. Ramón no sacudía su

modorra, más, *no se sorprendía*; indiferencia que en el amor es definitiva y concluyente.

Pero aunque Marta lo comprendía así, no se desarimaba ni cedía. Pertenece a esa raza de mujeres que son *heroínas del amor* como algunos hombres del deber. Ante los obstáculos su pasión crecía. Luchaba tanto por ella como por él, y la madre que había en su espíritu, aunque no hubiese fecundado en sus entrañas, se manifestaba al propio tiempo que la mujer amante para salvar a Ramón,—su niño grande y descuidado,—del tremendo peligro desconocido.

Pero había que saber dónde estaba, cómo era, y aquí tropezaba con lo imposible. No se adivina una ilusión ni un sueño. Y si Ramón hubiese hablado dormido, sus labios habrían dicho ¡Marta!, como siempre

Pero como ella no podía suponer esto, ni sospechar lo extraordinario de su caso, vigilaba sus sueños también. En la vida de la mujer que ama, el hombre es la única preocupación; nada la estorba ni la contraría. Es él, solo él, el que ocupa sus momentos todos.

Y si ese él es el esposo, entonces ya no es pasión, sino culto, idolatría, fanatismo, que va pacientemente, humildemente, buceando en los pensamientos del amado, en sus deseos y caprichos, en sus sentidos; en aquellos rincones del cerebro donde nacen las ideas, y se hacen luz en la mirada antes de hacerse palabras en los labios, y hasta en el gesto, maquinal, que es intento, no acción.

Exploración de un alma, posesión de un cuerpo con todos sus resortes complicados, que hace a la mujer amante conocer, como ningún sabio

lo ha conocido jamás, ese libro atrayente y misterioso que se llama «un hombre».

El libro de Ramón era tan fácil que su mujer se lo sabía de memoria. Los artistas són casi siempre así. Las penumbras de su alma las monopoliza el Arte que las exige todas:—las creaciones surgen ordinariamente en esa vaga claridad—el resto se ofrece a plena luz.

Por eso el misterio resultaba aún más extraño. ¿Qué podría ser? Una pasión, una mujer, esto era indudable, pero, ¿cuál, quién?

Ramón no salía del despacho. En la casa de enfrente vivían unas señoras viejas. El no se asomaba al balcón. Y al atardecer, cuando parecía más abstraído y *más ausente*, era cuando más hundido en la sombra y lejos del balcón estaba.

Marta vigilaba las criadas, los papeles,—el secante sobre todo,—el barro del zapato, el polvo y las arrugas del traje,—tan delatorias,—si salía. Y, con gran cuidado, los perfumes, el olor inconfundible que parece destacarse entre los demás, el olor de la rival, de la enemiga.

Nada. Solo recogía las gratas emanaciones que la eran familiares. Ramón no usaba extractos ni lociones. Un jabón de almendras amargas para las manos, otro, casi inodoro, para afeitarse. Cualquier perfume extraño se habría destacado fuertemente, inevitablemente.

Pero estos fracasos solo hacían extremar su vigilancia y hacerla acumular nuevas armas para el combate.

Sus ropas tenían ahora, como nunca, escondidos encantos y sutiles sorpresas. Calados, lazos y encajes, que eran trampas para aprehender al paso las miradas distraídas.

Sedas suaves y transparentes, que movían la curiosidad a adivinar la carne escondida que parecía ofrecerse. Fuertes colores provocativos, como gritos de llamada, sobre el desmayo de los tonos blandos y desvaídos. Y perfumes sutiles que variaba con frecuencia buscando, en su gama infinita, el olor de la otra, ese olor que se auna en los recuerdos con una mujer y un lugar determinados, que perdura en ellos, y que tal vez despertarían, en la obscuridad y en el silencio de la alcoba, la ilusión y el entusiasmo por «la otra», que ella, hallado el perfume, hallaría seguramente también.

Pero Marta-niña no usaba perfumes cuando Ramón la vió por primera vez, o si los usaba, se perdían en el que flotaba en el aire producido por el conjunto de todos los de las muchachas, reunidas en un espacio relativamente pequeño.

Y en cuanto a la Marta novia poseída se ofrecía en sus recuerdos con el único olor que la Química no ha producido todavía: el perfume intenso del jardín en la noche nupcial....



XX

Todas las noches, Marta, al parecer indiferente, se bañaba en su alcoba y se mudaba ante el espejo de la peinadora, que ocupaba el fondo, mientras Ramón conservaba su taciturna actitud en el diván.

En el silencio resonaba el choque del cuerpo al hundirse, la caricia del agua, el chapoteo suave sobre las carnes prietas, que recibían las livianas olas como rocas de mármol pulidas por su roce, el gotear del cuerpo al erguirse, los chorros fuertes de la ducha cayendo sobre el cabello blando, como en un haz de hierbas olorosas, y los agudos chillidos que arranca la impresión de frío, aguda, en la piel sensible de la mujer.

Todas esas notas que forman la música del baño femenino, en que la concha de mármol es arpa, los nervios tensos, heridos por la peina de cristal del agua, són cuerdas, y las gotas ponen

resonancias de azofar resbalando en alabastros.

Esta noche Marta se lava al mismo tiempo.

La esponja dorada vá engarzando en la carne rosa las pompas de jabón, como enormes ópalos irisados por la luz. En las combas de los senos, se forman blancas espumas, y el agua se hace opalescente en torno a ellos, cual si se vertieran las sagradas fuentes de la vida. Del baño surge un olor fuerte de carne limpia, mezclado a un suave perfume a sándalo.

Estos perfumes se dilatan por el despacho, y al salir del baño Marta, se hacen mas intensos.

Ahora está en pié y desnuda ante las lunas del armario, y observando a Ramón por la peñadora. Tiene él en este instante los ojos agrandados por la ilusión y el deseo, los labios temblorosos y anhelantes; las manos afanosas; la respiración breve, cortada, ruidosa ¡Y no mira hacia ella!.... Mira al fondo del despacho, a la pared entre las ventanas. Indudablemente, el peligro, la rival, la enemiga, está allí.

Marta se curva en una actitud de escucha, de espera, de acecho, adelantando una pierna que mantiene en flexión, avanzando los senos valientes como espolones de naves de guerra, y tendiendo los brazos amenazadores y suplicantes a un tiempo.

Su cuerpo se refleja sobre una de las lunas del armario, y al asomar la cabeza ansiosamente a la otra, sorprende allí a la rival tendida, lánguidamente, en su actitud indolente de gran señora displicente y desdeñosa, impassible, sin desgastes ni arrugas; con la misma expresión y el mismo gesto que no cambian, pero que no desmerecen tampoco: eternamente joven, eternamente bella.

Ramón tiene fijos en ella los ojos con un afán codicioso y pueril. El niño grande se manifiesta en él soñando con juguetes imposibles: pidiendo la luna para jugar al balón en el campo azul del cielo, o queriendo formar con las estrellas un haz de blancas margaritas.

Buscando en la cueva de un mendigo tesoros fabulosos; pretendiendo renovar las aventuras de la raza; acumulando en torno de un amor vulgar obstáculos formidables, para hallar en él el encanto de una empresa imposible; retrocediendo, en fin, en la historia de una pasión ya autumnal hasta la primavera, y pretendiendo gustar otra vez los frutos aún sin sazonar, los capullos aún sin abrir, la virginidad de la selva florida ya explorada hasta en sus rincones más escondidos; hacer retroceder al Tiempo, y amar, después de la mujer poseída, la niña aún deseada.

Marta madre contiene a Marta mujer. La pierna en flexión se recoje, los brazos penden abatidos, y los senos intrépidos caen—maternales—aplastándose contra el pecho.

Actitud de vencida, de aniquilada, que dura unos largos minutos.

Pero la mujer, enérgica, reacciona. El enemigo es ciertamente formidable y las armas de la coquetería no pueden nada contra él. ¿Cómo ha de luchar el cuerpo contra el alma; la carne con la ilusión; la mujer viva con la mujer ensoñada?

La realidad siempre ofrece desengaños. Es lucha de espíritus la que ha de emprender, y ha de poner el suyo tan en alto,—tan en tensión,—que pueda superar hasta al más atrevido, hasta

el de este impenitente soñador acostumbrado a perderse entre las nubes,

Y busca en el perchero una bata obscura, sin adornos, casera y cómoda, y se la pone. Se calza unas chinelas en los piés desnudos y deja suelto el cabello.

Luego abre el grifo de salida del baño, y el agua, en un gran embudo de cristal opaco, se vá hundiendo en el agujero exhalando, como una copa, sus perfumes: el sándalo sutil y el otro fuerte y sensual..... Y en esa traza penitente y fantasmal se acerca al amado, y, suavemente, lo acaricia como a un niño.....

—————

No quiere iniciar la confidencia ni provocarla, porque sabe que él, tan franco, tiene que mostrarse reservado para ella.

Sabe también que un ataque brusco lo haría descubrirse, pero después de este ataque lo perdería definitivamente. El soñador encontraría a su pasión la lucha contra un obstáculo, y este atractivo le añadiría nuevos encantos.

Ramón es un imaginativo, un romántico, pero activo, impetuoso, emprendedor. Sabe luchar, pero no sabe esperar. La pasividad adormece sus energías, y sintiéndose capaz de vencer lo imposible, unos meses de inacción lo acaban y lo vencen. Como la pólvora, su voluntad, rompe los obstáculos más fuertes, y arde al aire libre en una llamarada rápida, que se acaba en un instante sin ruido y sin efecto.

Marta, ya tomada su resolución, se sienta junto a él en un sillón y lee procurando poner en la lectura toda la atención que puede en esos mo-

mentos de infinita turbación y desconsuelo.

Hay que hacer influir al Tiempo topoderoso, que vá destruyendo y consumiendo. Al tiempo que apaga los astros y los transforma en esferas opacas y en mundos muertos; que convierte las tradiciones en leyendas y las leyendas en cuentos, y que no retrocede jamás.....

.....Es preciso que la pólvora se quemé sola y libremente.....



XXI

Marta se ha impuesto un descanso en el placer: yá no provoca a Ramón.

Se viste y se desnuda a solas en la alcoba, de día, cuando el está trabajando en su despacho. Elije las batas caseras sin adornos, y aunque sigue envolviendo su cuerpo en las mas finas telas íntimas y prodigándole exquisitos cuidados, su tocado exterior es serio, austero, casi monacal.

Ella comprende que su marido necesita descanso;—el descanso produce a la larga hastío.—Un descanso en los sentidos para que el cerebro repose y se fortalezca. El cerebro fuerte es enemigo de las fantasías y puede ser un buen aliado.

Al efecto procura formar en torno al soñador un ambiente propicio a ese reposo, que, cuanto mayor sea, mas pronto ha de cansarlo. Y le guata la voluntad para el trabajo rodeándolo de solícitos cuidados, reforzando el menú con bo-

cados sabrosos y nutritivos; sumiéndolo, en fin, en el amodorramiento de esa vida muelle.

Al hacer esto no tiene un plan; se deja llevar por sus impulsos. Y aunque algunas veces la sangre meridional se rebela, al verlo abstraído en vaga contemplación ante el retrato, contiene sus furores la sabia prudencia femenina heredada de la otra astucia del harem para conquistar al señor.

Luego pasan los días y llega a apasionarse en esta lucha incruenta, pero terrible, por su amor que se le escapa. Sus armas se ván aguzando y templando en la esfera. Los sentidos influyen también tumultuosamente, y el contenérlos y domarlos es para la apasionada un sutil placer vengativo que calma sus sufrimientos. Se siente tan segura de hacerlo feliz en esos instantes, que casi lo compadece por ignorarlo.

Ramón, entretanto, poseído por ese inmenso egoismo del hombre que no se preocupa aún amando tiernamente, de los sufrimientos femeninos, vá sintiendo renacer en él una fuerza nueva y desconocida. Descansada y bien alimentada, la carne exige imperiosamente el empleo del sobrante de sus energías. La materia se impone al espíritu.

Es verano y las calles silenciosas se animan a la vuelta del paseo todas las noches. Por las ventanas abiertas entra, a ráfagas, con el rumor del mar, el de las gentes. El fresco de la noche entra también reanimando el afán del trabajo y despertando la inspiración dormida.

No ha empezado aún las reformas del palacio;

el modelo de la balaustrada enviado a Barcelona se está allí forjando y esculpiendo, y no tiene nada preparado. El formidable trabajador se ha sumido en sus sueños, y en la molicie meses enteros. Destruídos los primeros planos, vá formando los nuevos poco a poco.

Yá tiene esbozado el proyecto:

El piso superior ha de ser cuadrado, de mármol blanco, y con un alto zócalo de piedra gris, para que resalte ante él la balaustrada.

Al frente, en el centro de la fachada, una gran puerta flanqueada por columnas de orden compuesto que rodean todo el piso con una amplia galería. Las enredaderas de un jardín separan la galería de la balaustrada, haciendo destacarse las líneas puras y blancas del pabellón, que no exigen detalles complementarios.

Es una obra de Arquitecto. La misma balaustrada magnífica puede pasar por un simple elemento decorativo. Solo el frontiscipio; mejor dicho, su coronamiento, le preocupa.

Aquel frontiscipio triangular, muy alargado, necesita algo que se eleve y resalte, en la limpieza del cielo azul de las islas, sobre la masa enorme del piso de mármol; algo que rompa la frialdad del edificio.

Y Ramón se desespera ante el obstáculo. Le falta la continuidad de la inspiración, la fiebre que le hacía bosquejar en los cuatro apuntes rápidos y nerviosos de un momento, las magnificencias de un palacio o la majestad de un templo.

Le falta el fuego consumido estérilmente en los ensueños locos de sus amores imposibles y absurdos. Absurdos e imposibles seguramente.

para el hombre descansado y bien nutrido, cuya médula vá recuperando su artigua fortaleza.

Yá el Arquitecto no piensa en sus esbeltos minaretes ni en las góticas agujas punzando el cielo azul; el piso de mármol es soberbio, y sobre todo, cómodo.

Cómodo, aunque no con aquella comodidad derrochadora del siglo XVIII. Es íntimo, capaz, y muy moderno, muy inglés, con las paredes estucadas, el suelo de madera taraceada, y los propicios rincones que permiten aislarse y dormir discretamente la siesta en un blando diván.

Lujo casero y confortable, ideal de reposo de un hombre perseguido por sus locos desvaríos como por furias infernales. Reflejo del alma del artista en esa época, ya recobrado y fuerte con la sana energía del convaleciente, después de esta crisis romántica que podría relacionar,—si pensara en ello,—con la otra sufrida en su pasión por Marta tras el tremendo agotamiento de su iniciación sexual entre María-Juana y Carmen.

Agotamiento de la materia por la esposa enamorada e insaciable, como entonces por las otras dos insaciables amorosas.

* * *

Marta, entretanto, espera. Ha ido estudiando en él, todas esas transformaciones, graduando los efectos de su obra a medida que vá tocando los resultados; temblando, rezando, dudando y creyendo.

Ahora comprende que tiene de su parte al Arte, aliado formidable. Ramón trabaja, no tan asiduamente como antes, pero trabaja. La co-

riente de su vida vuelve a sus antiguos cauces.

Y ella, que conoce a su marido tan íntimamente, no ignora aquella crisis romántica de su juventud. La ciencia de un Doctor amigo, consultada en una leve enfermedad de su marido, —pesadillas y neuralgias muy fuertes y repetidas,—le dió la clave de esta otra: excesos sexuales.....

Ella sabe que su hora no ha sonado todavía. Es preciso que él la desee intensamente, y ella se muestre inapetente para excitarlo más; para que el deseo fecundo y bravío de la mujer real domine y arrastre el otro deseo enfermizo de la mujer ensoñada; para que la vida triunfe de la ilusión, y la carne del espíritu.



XXII

No ha abusado Marta nunca de esas *ganzúas del deseo*, con que ciertas mujeres fuerzan las cajas de sus maridos; sistema que transforma la entrega sumisa, yá que no voluntaria, tal como debe ser, en compra igual a cualquier otra, y a la esposa en meretriz.

Ella no puso nunca precio a sus caricias, ¿Cómo hacerlo, si recibía tanto como daba? El amor femenino es entrega, cesión, sumisión.

Amor que pone condiciones no es amor, sino cálculo; mujer que levanta murallas ante el Amor, que hace de su cuerpo plaza que solo se rinde en razón de ciertas *capitulaciones*,—frase justa como otra ninguna aplicada a los contratos matrimoniales,—no ama, especula, negocia con su cuerpo fríamente, evaluándose en una suma incalculable. En una suma que se cuenta, más que en dinero, en esas otras monedas corrientes

que se llaman posición social, honor, estimación, respetabilidad.

El motivo de ciertos desencantos femeninos,— que duran toda la vida,— en la noche de bodas, tiene su origen, obscuro y misterioso como todos los orígenes, en esa compra simulada.

El hombre sabe que aquella mujer es *suya*. Y este pronombre posesivo, aplicado antes de la posesión, es como un título de propiedad extendido sobre ella.

Como es *suya*, la trata como legítima *cosa propia*, destinada al recreo de su dueño; y de ahí esa iniciación brutal en una noche, que es para ella un suplicio, un tormento del que, casi siempre, conservan un recuerdo punzante y desagradable.

Cierto que algunos hombres,— muy pocos,— atenúan delicadamente sus derechos con una amable galantería, que prolonga por unos días la iniciación. También esos hombres ante una horizontal cualquiera tendrían parecidos miramientos para no dejar ver sus derechos de comprador. Son delicadezas dedicadas a la mujer por ser mujer, no por ser esposa.

¡Cuan diferente la otra iniciación, larga y porfiada, del Amor sin contrato! La mujer está en plena posesión de todos sus derechos, tiene su virtud por escudo, y unos astutos auxiliares en la Sociedad que se llaman «el que dirán», «el buen parecer», «la calumnia», que es, así evocada, un mote puesto a la verdad sabida; «el escándalo», tremenda depreciación de la mujer-mercancía en el mercado matrimonial, y otros *bluff* que hacen subir o bajar las cotizaciones.

El hombre lucha sin otra arma que el Amor.

El combate es tremendo. La Virtud—feble—no resiste sus duros golpes y se resquebraja, pero los cautos auxiliares ponen trabas innumerables a los encuentros.

Como los parthos combaten huyendo, y sus flechas envenenadas hieren, no al hombre esforzado, sino a la mujer débil. Muchas veces la lucha cesa por esta hábil stratagema. El hombre, generoso, siente en la carne amada el dolor de estas heridas, y se rinde, no a la mujer, sino a la Sociedad, a las costumbres, a la rutina social.

Otras veces el Amor, rápido y certero, brutal también, infiere a la mujer una herida decisiva. Es la posesión violenta, casi forzada, aprovechando la debilidad de un instante. Y esto, mas que torneo de amor, es sorpresa de guerra, astucia indigna de un paladín hidalgo; robo de la joya preciosa a un descuido; estafa vulgar de un contrato de matrimonio, con todas las agravantes.

La herida del Amor debe ser hecha frente a frente, en combate leal, y poniendo previamente el dulce anestésico de las caricias.

Es caída que debe efectuarse deslizándose sin bruscas sacudidas.

La iniciación ha de descender lentamente por la columna dorsal, con un descenso suave, desciñendo las telas a su paso. Desnudando con cuidados infinitos, no desgarrando torpemente.

El beso primero es un broche tan fuerte, que al unir los labios del hombre y la mujer los envuelve a los dos en la misma túnica. Pueden estar vestidos para los demás, pero en realidad están desnudos bajo ese manto, cuya sensación es

tan viva, para ellos solos, que se difunde en un grato calor por las venas.

La mano hábil debe entonces intervenir. Su misión es más ruda. Lo que se le opone no es la carne sino las telas, y las telas femeninas tienen escondidas resistencias: Botones que son cerrojos; nudos más complicados que el cofre de Odiseo; alfileres vigilantes como centinelas con agudas lanzas, prontos a rechazar los dedos invasores.

Y mientras, la palabra, que es para él pudor un veneno más mortífero que el del Rey Claudio el Fratricida; la palabra que se desliza como una serpiente y roba la atención del cerebro; la palabra que es música que adormece al dragón de la Virtud con el encanto de sus armonías.

Todas las iniciaciones empiezan por la palabra. Ella posee el don de convencer; los hechos son siempre brutales. La palabra es alfombra que vá guatando las asperezas de la caída. La mujer que no quiere escuchar se defiende mejor que la que huye de las manos atrevidas. La palabra atrae.

Cuando influye el Amor bastan la palabra y el beso. Los antiguos creían que el alma se escapaba, después de la muerte, por la boca, como un ligero vapor. Ciertamente, el beso del hombre hace subir a los labios el alma de la mujer que ama. Y la mujer se siente desvanecer, morir, con la más dulce muerte.

Las manos sólo son el complemento. Cuando ellas se utilizan quien se defiende no es la mujer yá; la mujer que ama se dá al hombre en el primer beso; son las telas y las preocupaciones; las

barreras que la Sociedad ha acumulado en torno a la mujer.

Las telas y las preocupaciones, insensibles e inmutables como tales cosas artificiales, se defienden mucho más tiempo, y a veces son tan fuertes que impiden la posesión completa. Pero si la mujer ama, salta por encima de todos esos obstáculos.

Contra las preocupaciones, que sólo tienen una existencia ficticia, bastan las palabras. Ellas son también palabras.... Contra las telas, más reales, las manos batallan mucho tiempo.

Una preocupación las refuerza, y este refuerzo moral añadido a la otra resistencia material, las hace contener vigorosamente los ataques.

Mujer existe que permite la violación de su virginidad antes que la de sus formas por los ojos del hombre. Preocupación la más absurda de todas, que conserva los velos artificiales después de desgarrados los naturales.

Pero esta preocupación es tan fuerte, que perdura hasta después del matrimonio. Y no sabemos a quién compadecer más: si a la mujer que conserva esos ridículos pudores, o al marido que no ha sabido vencerlos.

Y ahora, una observación:

Este Capítulo no es, como algunos entenderán quizás porque la estupidez humana es inmensa y profunda como el mar, un ensayo del *Manual de la perfecta iniciación*.

Todo lo contrario. Es una protesta contra las iniciaciones violentas, antes o después del matrimonio; y, una vez iniciada la mujer, contra la posesión o el placer sin su consentimiento, explorados previamente su voluntad y sus deseos

para pócser una mujer apasionada, no un insensible instrumento de placer.

Nada impide al novio que inicia ser el marido después, (*) y dar al Amor y a la Sociedad lo que a cada uno corresponde: al uno que es Dios—lo espontáneo—lo que es de Dios; y a la otra—que es tiranía, yugo y servidumbre,—lo del César.

(*) En las actuales condiciones sociales, no hacerlo sería canallezco. Por eso lo que debe reformarse es el concepto social, no la entrega espontánea ni el impulso amoroso de la iniciación, que son eternos.



XXIII

Marta, que se había entregado toda entera sin reservas, no iba ahora a poner condiciones a su marido. Si excitaba sus deseos era para ser la más fuerte en su lucha contra el fantasma de sus recuerdos. Puesto que el apetito era de carne, había que dar a la carne su sazón. Si hubiera sido de reposos o cuidados, también habría sabido transformarse, como otras veces, en madre o enfermera.

Pero el que despertaba no era el niño sino el hombre; ella lo comprendía, y sentía los agudos estremecimientos de su carne expectante, generosa, pródiga de caricias, que son las flores del alma, como un vaso que se derrama.

Marta sabía hablar; poner en las escenas mudas del amor esos bocadillos excitantes. Decir esas frases incoherentes que se desgranán como un collar, cuyo hilo invisible es una suave armo-

nía del que esas palabras son las notas sueltas. Notas que dán el tono del deseo, yá graves, yá agudas, siguiendo el ritmo.

Y esas palabras eran, precisamente, las que retardaban el momento. Cuando Ramón la acariciaba, con unas caricias torpes en las que se adivinaba el deseo, ella hablaba tan fuera de tono sobre esa música, y de tales distantes cosas,— ¡ah, esa distancia de las cosas importantes de la vida, de la importancia de las cosas del Amor!—, que lo calmaba y reducía sometiéndolo al ambiente frío de la existencia cotidiana.

Si ella no hubiese sabido hablar al compás de la pasión, no habría tenido esta fuerza. Los gestos torpes del deseo solo pueden contenerlos los gestos despectivos o los gestos ofensivos. Y entre marido y mujer, si se aman, estos gestos son injurias.

En cambio la palabra, mágica, caía, como un chorro de agua limpia, fluyendo, sin esfuerzo, con su música tranquila, sobre las hogueras del varón, apagándolas. Ella no tenía la culpa, ni lo rechazaba; es que no lo comprendía...! Y hay cosas tan difíciles de explicar!.. Cuesta tanto reanudar un diálogo después de un silencio de varios meses!....

Yá otra vez, cuando estuvo enfermo con sus neuralgias, ocurrió una de estas interrupciones. Y a aquél,—siempre enamorado, y como tal tímido,—hubo de costarle un gran esfuerzo hacerse comprender. Estaba tan acostumbrado al tácito acuerdo instantáneo, a la rápida comprensión, que se hacía torpe como un niño que balbucea sus primeros deseos.

Más ella quería ahora, precisamente, sentirse

asediada y conquistada, para que él pusiera en este empeño todas sus energías, e hiciera de esta lucha pueril una lucha real; para que el soñador de imposibles encontrara el obstáculo y se encarnizara contra él.

El obstáculo parecía leve: la amada, que comprendiéndolo enfermo,— el inocentísimo no podía explicarse que ella pensara de otro modo en su inocencia,— se abstenía de provocarlo.

Nada. Para otro marido cualquiera, cuestión a resolver en dos palabras.

Pero ella lo conocía bien, y sabía cómo primero pensaría decir esas dos palabras sencillamente; cómo después su imaginación fecunda le daría otra fórmula más delicada, menos franca y brutal; y las dos frases se transformarían en discurso y el discurso se le antojaría ridículo y pretencioso; y la imaginación iría así engrosando y abultando las dos palabras primeras, hasta convertirlas en una montaña inaccesible.

Y entonces, al tropezar con esa muralla, el soñador lucharía intrépidamente. Trataría de agujerarla con un túnel tenebroso que llegara hasta las mismas entrañas de la Tierra, o de salvarla en un vuelo audaz hasta las nubes. Se creería Hércules o Ícaro. Y concluiría por sentirse desgraciado, muy desgraciado, y niño otra vez. romántico y desesperado, como cuando formaba lagunas con sus lágrimas.

Pero Hércules, Ícaro, o niño, sería a ella sola a quien amaría; a la Marta de treinta años, a la mujer deseada y a la madre consoladora y dulce que lo acojería. Ella ocuparía todo su pensamiento, todas sus horas, todos sus sueños. Sería la imposible. Y para todos los soñadores de este

mundo, el ser imposible añade a la mujer nuevos encantos.

Divagación de Marta.

—¿Porqué ha de ser así Ramón, Dios mío? El me quiere sobre todas las cosas; daría su vida por mí, lo sé, y sin embargo....

—Me tiene ahora, en estos días en que me cree imposible, el mismo amor que cuando me conoció niña. Un amor que era adoración, respeto, humildad, servidumbre.

—No se atrevía a hablarme. Me rondó todas las noches durante mucho tiempo, y aunque sabía que yo estaba en mi *cierro*, porque me oía, no se acercaba.

Hasta hace unos meses (suspira) me poseía sencillamente, como algo muy natural que no exige ceremonias. Sus caricias eran francas, y sus ataques constantes. He tenido que ponerles botones y cintas a mis batas y enaguas tantas veces.... Ahora, en cambio, todas están bien provistas.

(Pausa).

—Me cogía así con tanta fuerza, me levantaba en alto y me daba en la carne viva unas palmas tan recias, tan tremendas.... (Un leve estremecimiento de las carnes macizas expresa el temor o la nostalgia—¿quien sabe?—de aquellos golpes). Me dejaba los muslos acardenalados.

—Luego aquel correr y jugar, aquel atrope-

llar sillas y muebles.....

—Y esto ha durado quince años, casi sin interrupción.

—Cuando para él era la novia imposible que se había forjado a su capricho, me adoraba. Me miraba como a una Virgen en su altar.

—Y así estuvo dos años.....

El autor, a Marta:

—Mujer, computa esas dos fechas.

EL TRIUNFO DE LA CARNE



XXIV

Este día Marta y Ramón fueron al Puerto, y han paseado un largo rato, silenciosos, por la playa de Las Canteras.

Hace una tarde desapacible, con grandes nubarrones hacia el mar, que envuelven entre sus masas decorativas las montañas de la Isleta.

A ratos se abre una brecha, y el Faro, blanco y gris, tiene una apariencia mística cercado por las nubes más altas y cubiertas las faldas de la montaña por la densa cascada de niebla que se desliza por las faldas de «Las Coloradas», como en una cañada las nieves.

«El Vigía» queda oculto por las casas de la playa, y el Faro parece aún más alto, como compitiendo en magestad con «Las cumbres» de la Isla, que recortan limpiamente sus dos lomos, y la ermita fantástica del «Nublo» sobre el cielo azul obscuro.

Sopla el viento del Sur hace tres días, y el calor sofocante que trae de las cercanas costas africanas dá a este Otoño ardores de Verano. Un grillo, engañado, lanza su *crí-crí*, y la nota áspera, como arrancada a una cuerda demasiado seca, se acuerda maravillosamente con el ronco zumbar del viento.

Todo es triste en la playa. En la arena han encallado unos restos que parecen despojos de un naufragio. Las casetas de baño tienen las tablas hendidas, y los niños caquécicos del Asilo de San José asoman sus caritas pálidas trás los cristales, para ver unas tremendas langostas amarillas que han caído en la galería. En torno a la costa acantilada bate sus olas el mar formando una espuma sucia, manchada por la ceniza impalpable que cae de lo alto.

Ramón siente esta sequedad en los labios, febriles grieteados, en la garganta, en el pecho. ...

....Tiene sed, una sed ardentísima que no es solo de agua. Los cabellos se le arremolinan en la frente descubierta, y las manos se agitan nerviosamente. Marta, temerosa, se estrecha contra él. Y del cielo cae, como una lágrima, una gota ancha y pesada, que se hunde en la arena profundamente.

Llueve. Las gotas se multiplican y caen muy juntas, recortando en el cemento de la acera negros discos. Una mujer, con esa súbita confianza que inspira un bien común, les habla al paso:

—Esto que cae es plata.

Y plata parecen, por lo rígidos, los chorros del agua recia. El traje de paño de Marta se va cordureciendo como un fieltro, y las plumas del

sombrero caen desmayadas y lacias hacia adelante.

Toman el tranvía al asalto, y van apretujados en la plataforma, demasiado estrecha, viendo desfilan los hoteles de la carretera bajo la lluvia, que arrastra la *tierra colorada* traída por el viento de los arenales africanos, y mancha las fachadas con sus feos chafarrinones.

Cuando llegan a casa Marta se vé en las lunas de su alcoba en una apariencia a la vez cómica y severa: la apariencia de un gran insecto de largas antenas encerrado en su negro caparazón, acorazado como una armadura invulnerable.

Y Ramón, que ha sorprendido la indudable semejanza al mismo tiempo, cae en el diván desplomado.

* * *

Marta, que comprende que es llegada la hora, su hora, tanto tiempo esperada, se desnuda primero rápidamente, para evitar la sensación enojosa de las telas húmedas, luego más despacio y sabiamente, alternando los recogidos ademanes con los grandes atrevimientos; coqueteando con el frío y la humedad como con dos impalpables abanicos.

Tiene Ramón cincelada en bronce una copia amplificada de la famosa copa de Hildesheim. En esta copa, Ramón, que no quiere desgarrar las cartas porque las adivina un alma, quema de tiempo en tiempo sus papeles, y Marta sus perfumes.

Esta noche ha puesto sobre las brasas rojas

unas pastillas de su perfume favorito: sándalo. Quiere saturar la estancia de ella, que solo ella exista para él, y envía entre las volutas de humo sus efluvios al amado, perdido entre las sombras del despacho.

En el tocador y en la alcoba todo es luz; luz suave, azul, tamizada por los globos de cristal. Y en esa luz azul, y diluida en el vapor suave del perfume, se va desnudando lentamente.

Ramón contempla, desde la obscuridad, este rincón azulado, como los condenados deben contemplar el cielo. Esta vez sus ojos brillan solo por la mujer de treinta años; los labios suspiran por ella, los brazos se tienden hacia ella.

Y ella, que lo comprende, gradúa los efectos. Ahora se ha escondido tras el biombo para cambiarse las medias, y siempre escondida, se despoja del corsé arrugado por la humedad, y de la camisa arrugada por el corsé.... ¡Y de pronto, en el círculo azul, más obscuro bajo la lámpara, aparece desnuda y blanca, con el brasero humeante a sus piés, como una diosa!....

Ramón se incorpora lentamente en el diván; sus ojos tienen una extraña luminosidad; sus brazos se tienden anhelantes; pero aún no ha sido visto, aún puede retroceder.... Ella comprende este instante de vacilación del niño grande, del eterno forjador de imposibles;—del refinado tal vez, que alarga las horas de espera, que son las más sabrosas....

Pero este instante puede prolongarse en otros instantes infinitos que formarán horas y días,—quizás años,— como una vena líquida, con sus modos iguales de tedio y sus hinchazones tremendas de dolor.... Marta se decide bruscamente....

Y lánguida, fingiéndose abrumada por el cansancio o rendida por el grato calorcillo acojedor de la alcoba, se tiende sobre el gran lecho tallado, en cuya colcha roja, casi negra a la luz azul, sus carnes blancas se destacan pujantes, ofreciéndose....

* * *

Ramón no vacila más. El impulso es tremendo, brutal, arrollador.... Y Marta lo saluda con un grito sensual de posesa, de enloquecida y apasionada: ¡Mi hombre!....



XXV

Esta vez sí, ha sido hombre no más—hombre—y el primitivo ha derrotado en él al civilizado, el varón vigoroso y fuerte al soñador. Y recibe las caricias de Marta como un león los halagos de su hembra.

Ella lo comprende tan dueño de sí mismo, tan poderoso, tan su igual, que no duda desafiar a los fantasmas, a las creaciones fabulosas de su fantasía; a ese mundo extraño oculto en un pliegue del alma del esposo, desconocido para ella.

Y sentada en el amplio diván, provoca la temida confidencia con las frases banales que dicen tanto:

—Lo sé todo.

Y vá haciendo desfilas ante él sus distracciones y ensimismamientos; sus crueles indiferen-

cias y sus inconscientes desdenes; las escenas grotescas—tan dolorosas para ella—de esa pasión por un cuadro, por una pinturâ, *«que ni siquiera tiene el mérito de la obra de Arte»*—¡la muy sabia!.... por una sombra cuyos contornos se habrán perdido en el Tiempo, yá que él no advierte sinó lo fugitivo y deleznable, pero que aún vive ardiendo en amor por él, como entonces, y aún más que entonces, purificada por el dolor de estos meses.....

Ramón oye, estupefacto, el relato de esta epopeya silenciosa de la mujer fuerte y buena; del martirio de esta alma sumida en su amargura sin un grito ni una queja; del filo agudo de su indiferencia segando implacablemente las flores mas bellas de su jardín espiritual; del momento aquel de dolor inenarrable, y de consuelo a un tiempo, en que adivinó a la rival presentida en ella misma.

Y el hombre sano se manifiesta. El hombre curado de espantos milenarios por la mujer audaz; el eterno Adán tomando de sus manos la manzana que dá las enfermedades, los trabajos y la Muerte, y con ellos la Vida que es luz y sombra, dichas y dolores, goces y sufrimientos.

El varón se alza dispuesto a defender a su hembra contra las garras y los dientes del misterio, que han labrado en su alma y en su carne surcos sangrientos.

En el despacho se hace la luz. Ramón quiere luchar frente a frente con la Quimera. Y paso a paso, avanza hacia el retrato.

Un momento, parado, lo contempla con los mismos ojos que le ofrendaron tanto amor, y en los que solo hay ahora resolución y fortaleza; y

con un solo esfuerzo de los brazos, lo raja de arriba abajo con una profunda herida en biés, que separa del cuello esbelto la bella cabeza ensoñadora.

Rasga después la tela en trozos más menudos, a cuchilladas, y los arroja a la ancha copa de bronce, cuyas brasas parecen reanimarse, prendiéndolos, con rojizas volutas de hunco y llamas que sé enroscan en espiral como serpientes.

Caen más trozos, en tropel, descendiendo pausadamente en el aire denso como hojas desprendidas verdes y amarillas, arrugadas y mustias; se abren los grandes como alas, protegiendo las llamas que han de devorarlas; se retuercen otros cual si presintieran el suplicio; en turbión los últimos, más menudos, como un remedo de la lluvia que cae fuera, golpeando furiosamente en los cristales.

La ancha copa lanza a intervalos unas raras llamaradas de colores distintos.

Ramón ha apagado la luz otra vez, para estudiar en Marta los efectos de esta magia hondamente evocadora.

Las llamas tienen azules de cobalto, rojos de sangre, y unos pálidos verdes que se disuelven en amarillos suaves y desmayados.

El humo espeso y gris a la claridad, se tiñe de estos colores en la sombra, y a los cambiantes reflejos, la cara lívida de Ramón ofrece una hierática impassibilidad.

Marta desnuda, sentada en el gran sillón y con el brasero ardiente a sus piés, parece la imagen de la diosa Isis tallada en alabastro.

Por la puerta del despacho que dá al corredor

==== LAS DOS MARTAS ====

se escapa lentamente el humo. Y de rato en rato,
Ramón arroja a la copa una pastilla cuadrada,
de sándalo

Faro de la Isleta (Gran Canaria) 2 de Junio de 1920.



Cuentos
de
Amor y de celos





LOS BESOS MUERTOS

A Joaquín España, mi viejo amigo
de la niñez.

I

Hoy, al fin, puedo escribirte yo mismo, y únicamente yo, una carta.... que será muy corta.

Ahora debo decírtelo. Habías adivinado: sí; en aquellas líneas anteriores de mis postales, aunque fueran mis dedos los que dirigían la pluma, otros dedos vigilantes la guiaban sobre el papel. Y unos dedos femeninos ciertamente: los de la hermana Eulalia, encargada de mi departamento—no te alarmes;—aunque, con tu sutilísima percepción, habrás también comprendido que no hay porqué.

Me encuentro infinitamente mejor. Aquella tirantez de la piel no la siento ya, pero la sustituye una sensación nueva y extraña *de lisura* bajo el lienzo que me cubre el rostro; sensación tan real que, a veces, me haría faltar a los mandatos del doctor sinó estuviera tan estrecha-

mente vigilado. A este respecto, la hermana Eulalia, tan complaciente, es de una rigurosa severidad.

Pronto espero salir al jardín a pasear. Y para entonces te prometo una larga carta con mis primeras impresiones en esta modernísima «Ciudad doliente».

Entretanto, recibe estos besos de tu

FRANZ.

II

No, no es posible que puedas formarte idea de esto. Se necesitaría la pluma del Maestro Alighieri.

Los hombres sin manos escribiendo. Los hombres sin piés paseando. Los hombres sin piernas ni brazos trabajando en un torno, haciendo funcionar, con las máquinas acopladas a su cuerpo, otras máquinas, que el torso inteligente—¡aquel torso del Hércules del Belvedere tan pleno de verdad y fortaleza!—dirige y gobierna, aprovechándose así estos despojos.....

Pero lo tremendo, lo obsesionante, son *los hombres sin cara*, los monstruos de la guerra.

¿Recuerdas las descripciones de Hugo en «El hombre que ríe»? ¿Los procedimientos de Conquest, en su quirurgia a la inversa, y de los compra-chicos? Pues son ellos, ¡ellos!, ¡los he visto!....

Como los hombres sin piés pueden andar, los que han perdido las manos escribir, y los torzos humanos trabajar otra vez en su oficio, también estos *hombres*, que han perdido su cara, pueden

efectuar con ella todas las funciones normales: mirar con sus ojos, que por milagro respetó la llamarada de la explosión; oír con sus falsas orejas puestas en lugar de las verdaderas; respirar por el trozo de acero recubierto de goma que ocupa el puesto de la nariz que arrebató la metralla, y cubre ese hueco fatal que pone en la carne, aún viva, la visión macabra *de lo que será después.....* podrá comer con la articulación artificial de su boca y con sus postizos dientes, y quizás el retazo añadido a su lengua le permitirá hablar, cambiar ideas, dejar ver que detrás de esa careta vive aún el mismo hombre que fué, con idénticas pasiones, sentimientos, cariños y odios, un poco agudizados por la tremenda desgracia.

Y yo me pregunto si esas caras así reconstituidas podrán reír. La divina sonrisa que todo lo embellece ¿surgirá de esos labios preparados con caucho, formará sus nidos en esas mejillas de armazón metálica, y extenderá por el complicado mecanismo de esa cara su luz, su alegría, su viveza?.....

La sonrisa es flor de vida y allí no hay más que muerte. Esa armazón, Berta mía, no es más que la eterna apariencia conque el hombre se engaña a sí mismo creyendo acabar, en ilusión, con la Muerte. Los embalsamamientos egipcios tenían el mismo objeto; solamente que, como los tiempos son muy otros, ahora no se trata de conservar una imagen improductiva del que fué, sino de utilizar esas reconstituciones para algo útil. En el fondo estos hombres son autómatas, hombres sin vida, que sufren, encima, el terrible martirio de comprenderse muertos.

Muertos sí; si esos hombres no ríen ¿para qué viven? La vida sin la risa ¿es posible?.... Es esto de la risa algo privativo del hombre; lo único que establece una diferencia real entre él y los animales.

Está probado que aquéllos se entienden, que tienen un lenguaje más o menos rudimentario, que se aman, que procrean, que sienten, que nacen, que luchan, que mueren, que matan....

Pero ninguno ríe; ninguno puede repetir esta divina función de la sonrisa que nos alegra la vida y que es inútil para la vida; sin la cual puede vivirse perfectamente y que, sin embargo, transforma la vida humana, sin ella, en tristeza, en melancolía, que es un anticipo de la muerte.

Y aunque rieran.... Supongamos que la Ciencia haya podido llegar a eso y que estos autómatas animen sus rostros artificiales con la risa; ¿cómo será esa risa? una risa mecánica, sin expresión, que no responde al sentimiento; una risa falsa que se producirá a capricho empujando un botón, y que puede dar origen a mil incidentes tales que todas las tragedias parecerán sainetes a su lado, un gesto involuntario que apriete ese botón cuando un dolor irremediable nuble el alma.... Esa sonrisa mecánica transformando la máscara de un padre que llora a su hijo muerto!

No puedo seguir escribiéndote. Los nervios, más fuertes que mi voluntad, me impiden prolongar estas impresiones.

Siento un afán inmenso de levantar este lienzo blanco, que se me antoja un sudario, y ver lo que hay detrás.

Aquella sensación *de lisura* se acentúa y me atormenta.

En mi cuarto no tengo espejo ni nada que pueda hacer sus veces; ¿por qué? Experimento a veces tan irresistibles ansias de verme, que el enfermero ha tenido que sujetarme las manos casi a viva fuerza.

Tan solo el pensar que mis temores se confirmaran.....

Mándame besos, muchos besos, como yó te los envío.

Los necesito.

FRANZ.

III

Recibo tu carta confortadora y con ella *la impresión de tus labios* en el papel. El círculo de carmín «conque has hecho el sacrificio de pintártelos por una sola vez», tiene tu perfume inconfundible. ¡Y no poder besarlo!

Mañana me pasan a la sala de convalecientes y.... mañana *me verá al fin*. Sabré qué ha hecho de mí la guerra, y si *continúo siendo un hombre*.

Hasta entonces muchos besos, muchos, *aún*.

FRANZ.

IV.

Te envío tus cartas, tus recuerdos, tus retra-

tos..... Todo..... Es horrible, aún más horrible que cuanto yo temía.....

Olvídame.

FRANZ.

V

Descenderé, pues que lo quieres, a esos detalles espantosos. Es preciso que yo ¡Dios mío!, te convenza de lo irremediable.....

Pero como no podré darte una idea, ni aun aproximada, del cambio, ahí vá la fotografía de «mi caso», hecha en la clínica, y que te explicará mi transformación mejor que cuanto yo pudiera hacerlo.

Ya lo ves: mí cara es lisa como un trozo de marfil muy blanco. Los ojos, que han perdido las cejas y las pestañas, parecen las dos cuentas de azabache de una muñeca de trapo; la nariz no existe; la boca, sin labios, deja ver los dientes.

¡Ese soy yó!.....

Ahora, sobre esos restos, puedo formar el nuevo hombre que yó quiera. Tengo a mi disposición un arsenal de modelos donde elegir a mi gusto. Y es singular, en el tormento de mi vivir, este afán de crear que me anima, al escojer mis nuevas facciones y adaptarlas al rostro sin expresión. Comprendo al escultor ahora como nunca. Y ante este bloque amorfo de carne que es mi cara, siento la inspiración de mi nueva personalidad.

Porque será completamente nueva, te lo aseguro. Me he compuesto un semblante enteramen-

te desemejante al que *fué*. Aquel lo recuerdo como algo muy querido que murió. Este otro he de amarlo también, y al cabo del tiempo, quizás me forje la ilusión de que me pertenece, aunque no puede ser más diferente. He puesto en esto un cuidado extremado. Pasarás a mi lado sin conocerme. Y esta máscara estará para siempre entre los dos.

Y no solo en lo físico, si supieras!..... Ayer me sorprendí forjando una bellaquería indignante. Y había en mí un sentimiento confuso y nuevo que me impulsaba: *el hecho de mi irresponsabilidad por no ser yó yá el autor*. ¿Comprendes? ¿Es que el rostro nos imprime la personalidad?

Ya ves que, hasta en lo moral, el cambio es enorme.

Siempre tu amigo..... desconocido.

FRANZ.

VI

Recibo tu extenso telegrama, que te agradezco, pero..... ¿Ves? Tú misma pretendes conservar la ilusión de la realidad perdida. Me pides que escoja el modelo de mi antigua cara. Gracias de todo corazón. Pero, aunque esto fuese posible, no lo haría.

Existen infinitos movimientos y gestos que contribuyen a la expresión. Los sentimientos influyen decisivamente en ella, y los sentimientos son, indudablemente, con ser tan grande el cambio, lo que más ha cambiado en mí.

Yo tenía, entre todos mis orgullos, el secreto

orgullo *de ser yo*, ¿comprendes? Me amaba tal como era con todos mis defectos, que no se me ocultaban; y *mi yo* se ha perdido Me siento otro nuevo, y tan diferente.....

Pero divago. Me cuesta tanto trabajo llegar al fin..... Existe, entre todas, una razón suprema:

Yo sé que, de alma a alma, seguirías amándome. Las almas no tienen rostro y tú sabes que este autómeta tiene un corazón. Un corazón que te ha amado, y que te amará siempre; y como tu piedad es infinita sé que tú seguirías amándome; que tus ojos se *mirarían* en mis ojos, puesto que siguen siendo los mismos y ellos reflejarían las ansias del alma; que sabrían finjirse bajo la cara aquella la otra cara que conocieron, y ver, a través de las facciones inmóviles, el tumultuoso latir del corazón.

Y nuestros cuerpos querrían aproximarse siguiendo a las almas enlazadas; y nuestros brazos se tenderían, y el beso, el beso que es el más sabroso anticipo de la posesión, esos besos de los que siento sed y hambre y ansias, ¿cómo se darán?

Esperemos que te los diera, pero, ¿quién los dará? No serán mis labios hambrientos de los tuyos, aquellos que tantas veces has besado y que he perdido para siempre; serán unos trozos de caucho que producirán el mismo estallido, que succionarán la piel y dejarán su huella en tus mejillas adorables; pero en ese beso habrá ruido, mancha, succión, acciones mecánicas, todo, menos la sensación.

La sensación, que es lo que dá al beso su importancia; la sensación—¿recuerdas?—que morirá entre esos labios artificiales que deberán ser

fríos..... ¡fríos!.....¿comprendes?..... un beso de amor dado con los labios fríos ¿no sabe a beso de muerto?

¡De muerto! Como que lo están. Estos labios mecánicos usurpan el lugar de los otros labios que se fueron para no volver. Pretenden reproducir los otros, que me arrebató la metralla, embalsamarlos, y darles una apariencia de vida, pero no es posible.

Estos labios míos, helados, son como una tumba, como una fosa: La tumba, la fosa, donde yacen, para siempre, muertos, todos los besos que podría darte y recibir de tí en lo que me queda de vida.





El mayor amor y el mayor dolor



Para Simón Benítez, mi amigo.

No, vosotros—Tenorios intrépidos o tímidos románticos, amantes a la luz del Sol, con todos los derechos y ningún favor, o del rayo de Luna, con todos los favores y ningún derecho—no sabéis lo que es el Amor.

Y tampoco sabéis—maridos burlados, novios despedidos y amantes desdeñados,—lo que es el dolor de un desengaño; no, tampoco sabéis lo que es ese dolor.

Para conocer lo que es el Amor es necesario tener diez años como yo tenía, y sentirse amado, intensamente amado, por los veinte años de una mujer con traje largo. ¡Con traje largo!..... ¡Ah!, vosotros no podéis comprender lo que ese traje largo influye en el amor.

No es vanidad, creedlo, porque nadie lo sabe

sino el dichoso que oculta cuidadosamente su dicha; es algo en que hay de todo lo bueno del amor, tan dulce, tan sin hiel.

Yo quisiera poder explicar los deliciosos espasmos que puede experimentar un corazón de diez años al sentirse junto a otro corazón que ha vivido veinte y cubre un traje largo.

Yo quisiera poder expresar, con palabras, a qué desconocida mixtura, formada con miel y con perfumes, sabían sus besos estallantes dados sin miedo, con audaz impudor, ante las gentes, que no podían saber nuestro secreto; aquel secreto de nuestro amor, que ponía en cada beso un sabor picante y sabroso de fruta prohibida....

—¡Ah!, los besos en que las vírgenes sabias se ensayan en los labios infantiles para los otros besos. ...!; que tal vez los provocan....—No, vosotros, hombres, no habéis recibido nunca esos besos tan espontáneos, tan primitivos, tan sinceros, tan públicos....

Ella me quería, no cabía el dudar, ¿podía no quererme tras aquellos besos?.... Ella me quería y yo estaba seguro de ello.

Aquel antipático teniente de caballería, aquel militarote feo que llamaban su prometido, y que me regalaba bombones que yo saboreaba olímpicamente con un aire de marcado desprecio para el rival aborrecido, aquel imbécil, en fin, no me molestaba.

Ella me dió una prueba, una decisiva prueba, que me hacia oír impasible las ternezas con que él pretendía conmovérla.

Fuí así: Yo había observado que los hombres fumaban, y el fumar se me antojó, lógicamente, cosa reservada a los hombres. Pero yo era un

hombre ya, ¿acaso no me amaba ella?; yo debía fumar, pues.

Y fumé. ¡Pero, que mareos, que fatigas, que malestar, Dios mío!.... Solo el verme cerca de ella, entre sus brazos, pudo sacarme de mi modorra. Y únicamente a ella declaré la causa de mimal, del que estaba yo tan orgulloso.

Pero la amada se enfadó mucho, y me prohibió que fumara bajo las mas severas penas:

—Si fumas, me aseguró muy seria, no volveré a besarte. A mí me dan mucho asco los hombres que fuman y la peste del tabaco ¿entiendes?

Y yo entendí, y he ahí, porque confiaba tanto en su cariño. El teniente, aquel teniente fanfarrón y petulante, ¡fumaba como una chimenea!....

No, vosotros no sabeis lo que es el dolor, vosotros no habeis sufrido nunca ese dolor supremo. Para saberlo era preciso que hubieseis visto lo que ví aquella tarde.

Yo andaba de puntillas por la alcoba para que no me sintiesen. Me había puesto todo lo que traía la panoplia que me regaló mi padrino, y con el casco brillante, la coraza con un sol de oro, el sable de lata y la pistola de plomo con su funda de cuero, quería aparecer de pronto, para humillar al necio rival con mi apostura y gallardía.

Iba despacio, muy despacito, cuando oí aquellos besos malditos.

¡Ella lo besaba!.... lo besaba en su boca enorme y malholiente saturada por el humo del tabaco!; lo besaba con besos quedos, sí, sin ruido, sí, ¡pero qué sorbidos, qué aspirados y qué lar-

gos!..... a mí no me había dado nunca besos tan hondos ni tan largos.....

Y ahora decid: ¿Concebís mayor dolor que ese?

¿Concebís mayor tormento que el de veros burlados así, escarnecidos así, ante vuestros propios ojos, y tener por toda arma, para vengar la cruel ofensa, un sable de hojalata que no hie-re y una pistola de plomo que no mata?



EX-VOTO

A Gabriel González Camoyano,
buen escritor y mejor amigo.

I

Aquello era como un sueño, un sueño muy hermoso. Toda la Iglesia-Catedral enorme resplandecía.

De lo alto, las arañas, que parecían suspendidas de las naves sombrías canastillas fastuosas de cristal con flores maravillosas de pedrería, vertían en haces apretados sus rayos multicolores, como si las naves oscuras fuesen nubes de tempestad que se desgajaran en prodigiosas lluvias luminosas. Abajo cabrilleaban los dorados de los uniformes y las preseas de las placas sobre el negro y el azul de los paños. Flameaban los penachos como palmas agitándose levemente, en vaivenes suaves, cual si el huracán sonoro del órgano los hiciese ondear, y en lugar preferente, los blancos trajes de raso de las damas de

honor, ponían un gran hachazo plateado sobre los rojos vivos de sangre de los húsares de la Reina.

—Soñaba, de seguro soñaba.

Y abría los grandes ojos ingenuos de muñeca deporcelana, queriendo abarcar aquellas cosas de una sola ojeada, ansiosamente, para que al desaparecer quedaran grabadas en sus pupilas azules para siempre.

Y veía entonces una vez y otra y otra, como por vez primera trás cada esfuerzo, las caras familiares: su madre, conmovida, llorosa, sin poder encerrarse en la impasibilidad de la etiqueta ante tanta dicha. Su padre, severo, solemne, con aquella rigidez de que se revestía en los días de parada y que él llamaba *la coraza*. Su tía Isabel—la vieja-niña—la infanta eterna a cuya sombra se había criado, y la orgullosa Estefania, la archiduquesa terrible y hermética que, *aún ahora*, trataba de señalarle con los ojos—los tremendos ojos grises—su lugar humildísimo de las fiestas de gala en la otra Corte.

Y aquí, en estas palabras, *la otra Corte*, la realidad se abría paso al fin.

Era otra, muy diferente, la Corte aquella, y muy otras las gentes, los uniformes, las ceremonias, las figuras, el culto. ¡Si hasta parecía diferente el Dios!... El Dios aquel ceñado y ausente que reflejaba su imagen desconocida en las paredes desnudas, no era este Dios joven que sonreía sobre el altar entre la Corte innumerable de ángeles y bienaventurados, con los ojos elevados al cielo y una mano fina y aristocrática sobre el corazón.... ¿Otro el Dios? ¡qué loca, no!, la otra era ella.

II

De la princesita humilde de la parentela pobre de la familia real, sin dote, sin castillos ni dominios,—atenida a la pensión escasa para tantos principitos y de la que era gran ayuda el sueldo del padre general,—el Amor, espléndido como un Mago, había hecho la Reina de un país muy gentil, de un país que tenía un tranquilo presente y un bello pasado, que ponía en la trama de su vivir de ahora, laborioso y modesto, el realce suntuoso de antiguas empresas gloriosas aventureras y conquistadoras.

Florecieron las azucenas cuando el Rey joven la habló por primera vez en su visita al Soberano de la Nación amiga.

Era una tarde suave, y sobre el cespèd, los trajes blancos de las princesitas deportistas las igualaban en su uniformidad, borrando los hondos abismos cortesanos que señalan las distintas jerarquías. Todas allí eran solamente jóvenes sonrosadas y rubias, y así se ofrecieron, en la igualdad de sus blancos uniformes, a los ojos del joven Rey, que pudo ver destacarse de este modo del ramillete de azucenas reales] de pistilos de oro—sin el búcaro de dorados tisúes, y rasos plateados que realzan—la más bella.

Pero a partir de aquel momento feliz, ¡cuántos otros tristísimos! ¡Cuántas humillaciones y amarguras! ¡Cómo la envidia y el desdén, en extraño maridaje, fueron tejiendo a su paso alfombras de espinas!

Es triste la situación de una princesa pobre en

la Corte, sí, muy triste. Es como la de esas burguesitas que contemplan, desde sus ventanas, el paso de la vida por la calle. De la vida, de lujo y esplendor, de las mujeres dichosas a quienes todo sonríe, y de las obrerillas a las que nada importa el que dirán y pueden a su antojo reír y cantar.

Es aún peor porque las princesitas viven doblemente prisioneras y atormentadas; porque sobre los hierros de sus ventanas llevan otros hierros en que están sujetos sus pobres cuerpecitos: los rígidos aceros de la etiqueta.

Y la vida estruendosa y brillante de la Corte no cruza como un río ante ellas, que la contemplarían con nostalgia quizás, pero a seguro; sino que las arrastra con sus olas y espumas de sedas y encajes aturdiéndolas, envolviéndolas, acariciándolas un momento en un baile de corte, para dejarlas ver luego, más descarnadamente, la realidad de su vivir.

Y es que hasta los más altos blasones han sufrido la contaminación de la riqueza, y los leones de gules, los robles de sinople, los campos de azur, y las águilas de sable, como los contraveros, fretes, lozanges y donchados, son vencidos por los áureos rocles que cincela la Fortuna, gran señora, para la nobleza improvisada de sus favorecidos.

III

Una explosión de notas triunfales en el órgano, y un atronar,—que resuena bajo las bóve-

das como un ruido—de la multitud que se apiña fuera de la Catedral.

El Cardenal Primado, de pontifical, y los dos obispos que actúan de acólitos, se inclinan ante el ara, y sobre las *albas*, las tres capas pluviales, recortadas en punta, son tres escudos de oro rendidos ante la blancura de la hostia.

Desde este momento todo se sucede con rapidez vertiginosa, como un sueño otra vez, y solo despierta a la luz del Sol que alumbra la calle ancha, llena del tumulto de la muchedumbre.

Va del brazo de él, de su Rey, de su amor, y al adelantarse hacia la carroza que espera, las alabanzas forman una suave brisa halagadora de murmullos:

—¡Qué bella! ¡Qué linda! ¡Qué joven! ¡Qué buena!....

Durante este paseo triunfal la princesita-Reina es tan dichosa que quisiera que todo el mundo fuera tan feliz como ella—hasta la tía Estefania;—y este deseo de su alma buena cristaliza en una promesa sincera y firme al buen Dios del corazón sangrante:

—Sí, yo he de hacer, en memoria de este día, un ser dichoso; y ese corazón agradecido te lo he de dedicar como un ex-voto.

IV

Pasaron los días y los meses y fluían de las manos reales las mercedes como de un perenne manantial. De alabastro parecían las conchas gentiles de las manos que eran fuentes de bene-

ficios que todo lo fecundaban a su paso, haciendo brotar en los escondidos jardines de las almas flores de una rara lozanía que la corte veía.

Aspiraba un cortesano ocioso a entrar en la regia servidumbre, que es como ser alteza en la realeza de tan dura condición. Hacían las blancas manos reales un hueco que fuera hornacina del deseo, y sugería un clavel reventón la petulancia servil del cortesano.

Suspiraba una dama por un cargo honorífico en Palacio. Otorgábanlo graciosamente las manos soberanas, y florecía la rosa roja del orgullo en las mejillas de la favorecida.

Alcanzaba un héroe la victoria, y las blancas manos que ceñían los laureles los regaban con lluvias de alabanzas. Y el laurel se extendía de tal modo, en su pomposidad de planta viváz, que hacía sombra.....

Buscando, en su innata sencillez, la buena tierra en la entraña profunda del alma popular, descendió la gentil jardinera al pueblo. Y las manos blancas que iban arrojando a volco las semillas de sus dones en hospitales y roperos, asilos y hermandades, repartiendo con las propias manos adorables el pan de la Caridad, hicieron nacer las plantas humildes: violetas de virtud; jazmines de candor y de pureza; siempre vivas de gratitud; flores que dan lo que tienen—sus perfumes suaves—sin esfuerzo, como reciben lo que les entregan con la misma sonrisa triste—más de los ojos que de los labios;—con el mismo gesto maquinal que es súplica y gratitud a un tiempo; con idéntico afán e igual recojimiento: desmayadamente, resignadamente.....

Y así fueron las manos regias sembrando in-
númeras flores en los jardines de las almas, sin
que la flor única llegara a producirse; sin que en
el rocío de tantas lágrimas diversas como vió
cuajarse en las pupilas al nacimiento de cada
flor, pudiera la Reina encontrar la compañera de
aquella gota única que rodó por su mejilla el
día memorable de su boda, y que fué la cristali-
zación de su dicha en un diamante.

V

Y rodando los años la promesa se hizo obse-
ción y ésta punzante inquietud. Con los años
vinieron las tristezas que son los inviernos de la
vida en que se deslizan melancólicamente las
gotas por los vitrales de los ojos, y las heladas
agostan las plantas más lozanas y queridas.

Murió la tía Isabel una tarde vernal, y sobre
su caja blanca de virgen-abuela sembró la nieve
sus flores de cristal. Murió también el padre, el
buen príncipe-general, que puso a las rudas ba-
tallas del vivir la recia coraza de su artificial im-
pasibilidad. Pero, con ser estos tan grandes, aún
conoció la Reina dolores más intensos.

Las gentes murmuraban. La funesta gestión
de ciertos gobernantes abrió entre el Rey y el
pueblo una honda sima de sospechas y celos.
La Nación seguía una política internacional lle-
na de dudas que hacía que las potencias veci-
nas la mirasen con desconfianza; una guerra
desdichada, que aumentó el descontento popu-
lar, hizo vacilar el trono, y la Reina, que nunca

supo el porqué aquella corona, en los comienzos tan pesada, se le hizo luego tan querida, se le antojó, cuando se vió a punto de perderla, que era éste el mayor dolor de todos los dolores de su vida.

Y asociándose a ese dolor su idea fija, iba labrando, labrando, como un gusano. Aquello era un castigo del Dios de bondad que reclamaba su ex-voto; su confesor la había explicado menudamente la posibilidad de esta estupenda paradoja.—Tenia, pues, forzosamente, imperiosamente, que hacer un corazón dichoso.

VI

Y amaneció un día..... Un día azul de primavera que siguió a una noche de tormenta. A una noche de motín y barricadas en que retumbó el cañon rivalizando con el trueno, y la sangre corrió confundida con la lluvia por las calles.

Un día en que hasta el cielo—adulador—se vistió de gala para celebrar el triunfo de la Corte, y el Sol, que apareció rojo como la ira del pueblo, se hizo cortesano al medio día—como los hábiles—y tendió en el arroyo la alfombra de tisú de oro de su luz, al paso de los ginetes victoriosos del orden.

Y en este día azul de primavera,—como el otro dichoso,—surgió inopinadamente la ocasión tanto tiempo esperada: el capullo de la flor rara y preciosa que se tendía, que se ofrecía al alcance de las blancas manos reales.

Una mujer enlutada y llorosa, desesperada y

suplicante,—¡una madre! se arrojó a los pies de la Reina en las puertas de Palacio, ante el pueblo temeroso y los palaciegos radiantes; ante las tropas vencedoras.....

La Reina no la conocía, pero al verla la adivinó. Era ella, la madre del Jefe de los rebeldes, del terrible revolucionario que puso en peligro su corona, la de su Rey, la herencia sagrada de sus hijos.

Sin conocerla sabía sus esfuerzos y sacrificios por el hijo único. Su valor de mujer fuerte y su abnegación de mártir. Su pasión por este hijo, en que revivía el amado que murió, y que era carne de su carne; su admiración, su delirio, su locura, la dicha de su vida.

Estaba allí, a sus plantas, y la imploraba, mas que con los labios con los ojos. Una de sus manos se adelantaba trémula, en súplica, y la otra temblaba conteniendo los latidos del corazón, con el gesto del Dios de bondad y de amor.

La Reina alzó sus manos leves en señas de amistad, de llamamiento, de ruego, a los Generales, a los Ministros, al Rey.

En la mañana azul las blancas manos eran como palomas que revoloteaban aturcidas buscando una mirada, un gesto, una sonrisa, una palabra—¡un nido de amoroso acojimiento!—Y las miradas se apartaban; las manos se crispaban, y las bocas decían: No, no, no.....

La Reina aprendió entonces cómo los Reyes que pueden enriquecer a un miserable, sacar condes y duques de la nada, repartir mercedes, limosnas y beneficios, y aún salvar la vida, no pueden hacer gentes dichosas.

Y en ofrenda humildísima, colgó en el cama-

rín del Dios del buen Amor su mejor joya en ex-voto: un rubí colosal, rojo como un corazón inflamado de amor, prodigioso de talla y de valor, pero frío e insensible como un cuerpo sin vida.





EL CUENTO ETERNO



A Rafael Gómez, con toda mi
gratitud.

Este es un cuento viejo. En él, el romántico Príncipe aventurero, que no existe más que en los cuentos, marcha afanoso, por los caminos, trás la quimera de un corazón fiel.

Y como algunas veces en la vida, y siempre en los cuentos, el corazón, a su lado, regula sus latidos al andar del Príncipe con el tic-tac isócrono del engranaje de un reloj, y comparte sus aventuras, no siendo advertido por el soñador.

Y es que, siguiendo el gusto de la época, el artífice divino, puso alhaja tan preciosa, como en un estuche de hueso caprichoso y deforme, entre las costillas, curvadas por la corcova, de la bufona de Palacio.

El Príncipe ha adoptado el disfraz de los peregrinos del Amor. Su figura gentil y su cabellera blonda casan con el traje, aunque raído, lujoso. Su mandolina de ébano tiene embutidos de plata; y en la capa hay un galón, una pluma en el

birrete, y un anillo en su dedo corazón, que causan asombro a los aldeanos.

* * *

Ambos, juglar y juglaresa, caminan a pequeñas jornadas. El trabajo es grato, abundante la colecta y largo el camino. Los tiempos son muy otros y, ni en los cuentos, se encuentra la Químera a poco andar.

El Príncipe ha cantado en los palacios de las ciudades y en las plazas de las aldeas. Tras las chuscadas de la juglaresa, su voz dulce, su música suave y su figura, hacen un grato contraste que arranca el aplauso.

Si lo hubiese querido habría tenido un gran éxito entre las doncellas de servicio en los castillos, y las mesoneras de los caminos, que son blandas a los arrullos de un cantar.

Cierta vez, hasta una castellana le brindó sus favores. Fué una seducción picante y sabrosa como un cuento de Boccacio. Después del vino caliente, saturado de especias, las llamas del lar escandieron las carnes de la opulenta matrona. Fuera nevaba. Y el Príncipe prefirió soportar los feroces zarpazos del crudo invierno, a las caricias apasionadas de la dama antunnal.

Los aventureros durmieron sobre sus capas tendidas en el suelo, y en la nevada de esa noche vió la juglaresa millones de diminutos azahares de cristal.

* * *

Pero llegó un día.... un Domingo de fiesta en

la aldea, que amaneció azul sobre los caminos nevados. Uno de esos días de invierno en que los niños hacen pelotas de nieve y los mozos bailan con las mozas en torno al tilo comunal, en un gran espacio barrido, que deja ver la tierra dura como una pista.

Para bailar el violín y el clarinete se bastan. El laúd no puede competir con ellos y el Príncipe quiso danzar.

Como siempre,—en los cuentos,—la moza más bella del lugar era la más pobre. Su saya no tenía galón ni lazos sus cabellos. Los zuecos de madera escondían sus piecitos; las suaves orejas nacaradas no lucían pendientes; y en los lindos dedos afilados, el invierno había puesto sus lacras humillantes.

Pero era bella. Bella como el cielo que se reflejaba en sus ojos; como la nieve hecha carne en su cuerpo maravilloso; como las rosas de su cara; como todo lo bello de este mundo.

Y el Príncipe se enamoró de ella como un juglar; no, como un Príncipe; que es pasión más curiosa y peregrina.

Ella lo amó también ¿cómo no? El Amor visita a todas las jóvenes alguna vez, y vestido de juglar con blondos cabellos, capa galoneada y un laúd embutido de plata, resulta tan hermoso que no se le puede negar nada.

Ella lo amó, y el Príncipe se sorprendió tan dichoso, que cantó y bailó como nunca lo hiciera;—como un verdadero juglar alegre y aturrido.—Luego, se sintió Príncipe, y vació entre los niños los liard de su escarcela a puñados . . .

.
.
.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2008

* * *

El Príncipe y la bufona retornan a la Corte. Los torreones de la Ciudad amurallada, muy cercana, se recortan en el cielo rojo de un atardecer.

Hablan:

—Ella me quiso—dice el Príncipe añorando la dulzura del exquisito placer gustado—por mí, solo por mí, en el que nunca sospechó al Príncipe, solo al juglar.

—Y la bufona: Es verdad.

—Nunca se vió cariño más vehemente.

—Cierto.

—Ni más propicio a la entrega.

—No hay dudar.

—Ni más desinteresado.

—¿Callas?, pregunta el Príncipe.

—Y la bufona: Pienso.

—¿Qué piensas?

—No me atrevo a decirlo en palabras, señor; no me atrevo. Falta apenas una hora para que seas Rey y he vuelto a mí condición.

—Habla; para tí he de seguir siendo el juglar.

—Dimé que lo quieres, señor.

—Habla, lo quiero; dime lo que piensas.

—Pienso, señor, que tú, juglar, eras, en la humildad de su condición, tanto, para ella, como un Rey.

—Es decir, ¿que viste en ella el interés de mis cortesanas?

—Lo ví mayor aún, porque en ella ese interés no la movía a alcanzar tus favores solamente, sinó a tí por entero.

—¡Monstruo!....

Alzó el Príncipe el laúd a dos manos, como un montante, trazó con él un círculo en el aire, que hirió al paso las cuerdas produciendo una nota quejumbrosa, y lo descargó sobre las espaldas de la mísera.

Al golpe, la caja del laúd se rompió, y la otra caja de hueso,—la humana,—sintió producirse, al eco de aquel golpe tremendo, la nota discordante y áspera de un fracaso sentimental....

*
**

El Príncipe, de un salto, franqueó la puerta de la Ciudad y se perdió bajo la obscura bóveda.

Y la bufona, recogiendo los trozos del laúd, siguió sus pasos humilde, silenciosa y abnegada, como lo que era: como un perro fiel.



LA SERPIENTE DE LOS CELOS



A Manuel López Guerra, mi
mejor amigo.

Vivía Adán dichoso en el Paraiso. En su paz geórgica todo era quietud y confianza. Los hombres amaban a las bestias y éstas les pagaban en sumisión, que es el amor infinito de los humildes.

No de otro modo adoraron los hombres al Sol en los primeros tiempos porque era bello, fuerte, generoso y terrible en su grandeza: porque no podía mirársele de frente....

Así las bestias adoraban en los primeros padres. Porque ellos, como el Sol para los hombres después, eran buenos, y nadie podía resistir al influjo de su presencia ni su mañosa industria.

Como a la Luna los humanos más tarde, amaban las bestias a la primera madre. Como la Lu-

na era blanca, buena y dulce, y como ella contrastaba con las sombras haciendo destacarse entre la masa de los bosques primitivos, en que todo era obscuro, la palidez de su cuerpo que las aguas reflejaban deleitosamente en los ocultos fontanales de las grutas, enviándosela los unos a los otros.

La Tierra, que aún no había sufrido la herida del surco, les ofrecía sus frutos espontáneos, que tenían en su acritud silvestre, el gustoso sabor de lo aún no tocado. Ni uno de sus árboles había probado el filo del hacha, y como lo inconsciente no tiene ni aún el presentimiento de lo que ha de ser, las selvas tendían sobre la pareja su toldo de ramas en lo alto, y sus tapices de hojas en el suelo, ofreciéndose celestinescamente como un lecho nupcial, como un nido caliente donde había de engendrarse la futura humanidad.

El gran orangután peludo era del hombre amigo; ambos se auxiliaban mutuamente y se amaban. El hombre estimaba en la bestia los largos brazos, que alcanzaban más pronto y más alto, las fuertes quijadas, los músculos soberbios, y la gran piel a la vez hirsuta y muelle. La bestia admiraba en el hombre la palabra, antes y sobre todas las cosas; el ingenio, que aún en embrión discurría, y el armónico acorde de la voluntad y el pensamiento.

Contra los obstáculos aunaban sus esfuerzos. El hombre ponía su astucia y la bestia sus músculos y nada se les resistía. Más de una vez un ancho río, que se creía barrera insuperable, fué vencido por esa alianza de la fuerza y la inteligencia.

Era una tarde. A la sombra de los altos árboles copudos, y al son del aire, dulce como una melodía, que se deslizaba por entre las flautas verdes de las cañas, con sus penachos ondulantes, como en un órgano bárbaro, bailaban pausadamente hombre y bestia, imitándose los tardos movimientos.

El hombre mimaba al animal y éste a aquél tan prodigiosamente, que en la sombra resultaba imposible adivinar dónde empezaba el hombre y dónde empezaba la bestia. Relucían los ojos en las hondas cavidades, bajo las frentes combas, con el mismo fulgor; los brazos tenían parecido desmesurado alargamiento; y los rayos solares hacían idénticos juegos de luz en las axilas y en el pecho de los bailarínés. Eva, que avanzaba en la obscuridad buscándolo, no supo distinguir, al pronto, cual era el elegido de su corazón.

Un momento, al ras de los matojos, apareció el Sol antes de ponerse por completo, y sobre su disco rojo se recortaron las dos figuras tan caprichosamente, que Eva, al sorprender súbitamente lo grotesco con su fina percepción, sintió cómo descendía, desprendiéndose del caos de su cerebro, una nueva sensación irresistible; y en una gran ola rumorosa sacudió la risa el vientre sagrado, aún sin deformar, haciendo hundirse como un corcho en agitado mar el botón de la vida, hizo ondular los senos magníficos, que ascendieron erectos, cruzó la blanca garganta hinchándola en nodos con sus borbotones, y surgió en cascadas a la luz del día victoriosa y triunfante sobre las rudas palabras y los broncos gritos, armónica y limpia como un diamante,

la cristalización de la alegría.

Eva reía..... Después del silbo del viento en la enramada, fué la segunda de las notas dulces este argentino timbre de la risa de Eva, y el viento, que daba un tono grave en las cavidades de los árboles, opaco en las oquedades de las rocas, tumultuoso en la tempestad y sordo en los rincones sombríos de la selva, lo dió agudo y brillante en el desgranar de las risas, que las cuerdas de la garganta femenina acordaron melodiosamente.

Y así, tendida entre los brazos desnudos la larga cabellera de oro que el Sol hería a contra luz desmadejándola, fué como vió Apolo el divino la traza de su lira, antes que el industrioso Hermes la hiciera realidad, aplicando a la concha sonora, con sus manos hábiles, los groseros nervios.

Al oír por primera vez el estallido de la risa, el hombre y la bestia, sorprendidos, se pararon. Eva seguía riendo..... Luego, con un gesto lleno de gracia, invitó a reanudar la interrumpida danza, y Adán, que instintivamente comprendió la burla, se negó.

Y entonces, Eva la blanca, se levantó despe rezándose y empezó a bailar.

Sus pies, moviéndose a compás, iniciaron el ritmo; sus brazos fingían alas; su cuerpo plasma ba en cada actitud un sentimiento, un placer, un deseo.

Una verde serpiente diminuta que trepó por sus pies encontró el lomo suave de su empeine tan liso, que tuvo que enroscarse en él hacién-

dose ajorca; un último rayo de sol puso una diadema de luz en sus cabellos, y al mover las manos rozando unas matas cercanas las lianas le formaron brazaletes, y las vainicas que encerraban las semillas sonaban, armoniosamente, como crótalos.

Bailaba Eva y la creación toda quedó suspenda contemplándola.

Admiraban las fieras, que sentían la pesadez de sus movimientos y la brusquedad de sus saltos. Admiraban las aves que comprendían por vez primera, la monotonía de sus vuelos.

Admiraban los árboles a cuyas ramas sorprendía el contraste de sus vaivenes, tan iguales, a impulsos de la brisa con el acompasado ondular de la bailarina; las aguas, cuyos saltos parecían violentos; el viento, cuyos giros resultaban desordenados; las rocas, que sufrían en esos instantes supremos, como nunca, la desgracia irreparable de su inmovilidad.....



Bailaba Eva. De los cielos descendían, lentas, las tintas del crepúsculo. Una estrella se asomó curiosa a un trozo de cielo azul obscuro, y quedó allí fija como un ojo brillante de sensualidad. Otra y otras la siguieron, y todo el cielo que iba obscureciendo se cuajaba de ojos inmóviles.

El lucero de la tarde lanzó un rayo de luz que cabrilleó sobre el cuerpo de la danzante sudorosa y la cubrió de lentejuelas multicolores. Sobre el horizonte, en una ancha faja violeta con bordes dorados, la mujer y la bestia trazaban las escenas lúbricas de los faunos y las ninfas, que los artistas griegos—como en un sueño evo-

cador de aquella tarde memorable—habían de reproducir muchos siglos después.

Adán los contemplaba absorto en vagos y sombríos pensamientos. Eva mimaba tan prodigiosamente las fases de la pasión, que en la bestia se iba despertando una dulce emoción jamás sentida.

Por primera vez un alma vil experimentaba las sensaciones del amor. La mujer ejercía en ella una influencia regeneradora, y la bestia sentía deslizarse en su cerebro una luz desconocida, que le descubría infinitos horizontes.

Hubo un instante en que el divino deseo que la mujer encendió en el monstruo tuvo en suspenso los destinos de la Humanidad.

El tronco de la raza estuvo a punto de bifurcarse en dos ramas, de dar un salto atrás; tal vez de salvar la muralla que separa al hombre del resto de los seres; tal vez de volver a empezar el camino ya andado.....

Adán comprendió todo esto confusamente. Como por las ramas de un árbol, así, por entre el ramaje tupido de sus ideas, aún oscuras, se deslizó la serpiente de los celos.

Fué en ocasión en que la mujer y el monstruo se enlazaban. Los brazos se hundieron en el mullido de la piel vellosa, los muslos blancos se perdieron en los flancos oscuros, los cabellos de oro se mezclaron con la roja pelambre áspera, y la bestia se estremeció en un largo sacudimiento sensual.

La serpiente destilaba en el cerebro de Adán

sus venenosas prevenciones y sospechas, estrechaba entre sus anillos los recuerdos de los lejanos días, los juegos de la infancia, los favores recibidos y los prestados, que unen más, la amistad leal del hombre y del animal, ahógándola; rompiendo los últimos lazos que unían al hombre a la existencia sencilla y fácil de los brutos; haciendo nacer en él la vida cerebral que inquieta y atormenta.

Adán sucumbió. No veía más que a Eva rendida y casi entregada al monstruo.

Un afán de posesión, un impulso frenético de guardarla para sí, de defenderla de todo y contra todos, le hizo alzarse ceñudo con un reto en los ojos y un amago en el brazo. El gesto maquinal de buscar en torno un arma, que sus hijos habían de reproducir toda la vida de la Humanidad, se plasmó por primera vez, y las manos, que encontraron una gruesa piedra a su alcance, crispáronse sobre ella con una contracción de cóleras y odios.

La bestia vió el amago, lo comprendió, y asombrada, espantada, retrocedió soltando a Eva, que quedó entre los dos como una presa.

Luego, sin dejar de mirar al hombre, que fué su hermano y su amigo, con el mismo asombro y espanto, en los que se diluía como un temblor de lágrimas, se agachó dejándose caer sobre sus manos, y así, en cuatro patas, vuelto a su condición, se sumió en la selva.

Adán permaneció erguido y amenazador hasta verlo desaparecer; Eva reclinóse sumisa a su lado y se le ofreció.....

Y dejándolo entregado al deseo, y ya para siempre victoriosa de la amistad, y de los lazos de la sangre y de la herencia, la serpiente de los celos que nace del sumo bien, y es suma y compendio de todo mal, se retiró satisfecha.



EL COLLAR



A Sebastián Suárez León, con toda
mi simpatía.

—Una desgracia, una verdadera desgracia,—
me susurró al oído el Doctor:—la criminal con-
ducta de una mujer infame, ha matado para
siempre esta gran inteligencia, y este corazón
aún más grande.... Nuestro R... está perdido
para siempre....

—Pero él la mató, sino recuerdo mal....

—Ciertamente. La degolló.... fué una cosa ho-
rrible.... Pero venga, él le contará....

—¿Y no se excita al recordar?....

—No; él tiene una cierta manera de contar el
hecho fatal, curiosa, pintoresca.... es quizás el
último destello de aquella su gran inteligencia,
de aquel humorismo tan suyo, inimitable....
Venga.

El gran humorista estaba en su celda sentado
ante la ventana, por la que entraba un rayo de
Sol, único en el brumoso cielo de Lyon. Este ra-
yo travieso, como en sus obras, recortaba viva-

mente el perfil de su nariz judáica, que se alargaba desmesuradamente sobre la blanca pared del fondo, donde fingía una trompa monstruosa de elefante como en algunos de sus caprichosos «Animales-hombres».

Al vernos se levantó con aquella su singular amabilidad y franqueza, y con un gesto nos indicó un sillón. Después, y sin que en su rostro apareciera el diablillo inquieto y burlón que parecía relucir trás los cristales de sus lentes, y le daba un *cachet* tan característico, indicó al Doctor con una voz y un ademán perfectamente natural:

—El señor querrá saber porqué estoy aquí ¿verdad?

....Y volviéndose a mí:

—Es muy sencillo. Estoy aquí por una discusión con mi mujer. El primer disgustillo después de un año de matrimonio. ¡En plena luna de miel.....

Verá Vd. Mi mujer *era* buena, puede creerme. Al menos, hasta antes de la controversia en cuestión..... Hacía justamente aquel día un año que nos habíamos casado, y como, precisamente, tenía que emprender un pequeño viaje aquella misma mañana, quise llevarle el regalo que destinaba a conmemorar nuestro primer dichoso aniversario.

Lucy deseaba un collar; había mostrado ese capricho días antes, al pasar por el escaparate de un joyero de moda, y fuí a comprarlo. Lo malo fué que no recordaba las piedras. No sabía si eran turquesas, zafiros, rubíes, esmeraldas..... De todo había en el escaparate. Elegí, pues, al azar, y recordando sus ojos, compré un collar de es-

meraldas, verdes como ellos. Aún me parece estarlo viendo.

En el peluche blanco, las esmeraldas parecían gotas de agua de mar, muy densas, como si conservaran todo el verdor de las aguas profundas, y entre las que chispeaban los engarces de oro como los temblorosos reflejos del Sol.... Sobre el busto blanco de Lucy, ¿la conoció?—*tenía* una garganta maravillosa,—las esmeraldas casarían muy bien; de seguro.... las compré y se las llevé.

Pero Lucy, en vez de alegrarse con el regalo, se incomodó conmigo. Ella no había querido nunca ningún collar de esmeraldas; era feo y muy vulgar. El que había llamado su atención era otro, muy bello, de rubíes.... Unos rubíes maravillosos, que resbalarían, como gotas de sangre, sobre el mármol de su carne....

R... hizo una pausa larga.

—¿Riñeron ustedes?, intervino el Doctor.

—Sí, reñimos—prosiguió—y bastante agriamente por su parte, y yo me marché desesperado. Tenía apenas unos minutos para tomar el tren, y no hubo tiempo para hacer las paces.... Nunca, ni aún de novios, nos habíamos separado así. Ella estaba empeñada en que devolviera el collar y trajera el otro, y no pude convencerla con mis razones. Yo no había comprado el collar a condición, sino en firme; ¿cómo devolverlo? No podía comprar otro collar; mis ahorros casi íntegros los había invertido en aquel.... era imposible;.... pero ella ¡nada!, ¡erre que erre!; quería el collar de rubíes o ninguno; el collar de rubíes....

Llegué tarde. El tren, estos trenes nuestros

siempre retrasados, llegó aquel día con una exactitud inglesa y partió a su hora.... Aunque el suspender el viaje me podía costar unos cientos de pesetas, casi mé alegré. Estaba inquieto hasta no ver calmada a mi Lucy; hasta no verla, otra vez, como la Lucy de otros días, de siempre.... Tomé un coche y llegué a casa en una hora; llamé....

—¿Y....? pregunté sin atreverme a sintetizar la pregunta.

El gran humorista palideció un poco, se encogió de hombros con el gesto peculiar suyo y el aire de pilluelo que le era habitual, y muy serio, sin sonreirse con aquella su sonrisa que sembraba en torno la alegría, terminó:

—Se empeñó en que había de ser de rubíes el collar....





ROMANOS.....



A Don Baltasar Champsaur, con
todos mis respetos.

I

Entre las *islas*, altas como torres, que la rodean, la casa de Cayo Asinio ofrece una apariencia modesta con su fachada severa del tiempo pasado, sus *alae* y sus aposentos estrechos, y el atrio sin revestir cuya abertura conserva las huellas imborrables del humo, que forman en las grietas grecas caprichosas.

Pero cuando alzadas las cortinas del *tablino*, la vista se hunde hasta el interior, se vé a la casa penetrar como una cuña en la manzana, y la que parecía perdida entre las robustas fábricas vecinas, es como la plaza central en el gran paralelógramo de contrucciones, del que las altas *islas* forman los torreones y baluartes.

Un gran *cavaedium* con su peristilo sostenido por columnas de mármol; suelos de mosaico y

paredes cubiertas de brillantes pinturas donde refleja la luz, separa la parte destinada al público de la vivienda familiar. La *exedra* se prolonga, a continuación, hasta el jardín, y aquí los ojos curiosos se extravían en los verdes macizos limitados por las pálidas estatuas patinadas por el aire y el Sol; en los árboles de obscuro follaje, y en los laberintos de los arriates floridos que ocultan y prolongan el jardín, dando así a la casa, tan cordialmente abierta a la calle, un aire picante de misterio, que es como un nuevo encanto añadido a sus blancuras y franquezas.

En las tardes bochornosas de verano, esta disposición de la casa, lleva hasta sus más escondidos rincones la frescura del jardín.

El aire pesado y cálido, agitado por el plumaje de los surtidores que lanzan de segundo en segundo penachos de agua cristalina; el aire que recibe el dulce aventar de los cien diminutos abanicos de cristal que forman las aguas despeñándose por las negras rocas de una artificiosa cascada, se perfuma en las frondas, entra en la *exedra* saturándola con sus aromas y cerrando el paso de las habitaciones femeninas a los otros perfumes de la cercana cocina, se hace más ligero en la amplitud del *cavaedium* donde se baña en luz, suaviza la severidad del *tablino* jugando con sus amplios cortinajes, haciendo temblar los papiros extendidos sobre las mesas, y acariciando los *hermes* y mascarillas del *larario*, y atravesando el atrio, lleva hasta la calle la bocanada deleitosa de la mansión patricia.

II

Cayo Asinio lee una epístola que acaba de entregarle un esclavo nubio. Aunque cuenta apenas veinticinco años, su rostro, de facciones enérgicas y acentuadas, sabe mantener la máscara de una perfecta impassibilidad. Solo los ojos grises llamean bajo el arco profundo de sus cejas velludas.

Cayo Asinio, aún así sentado, deja comprender el desarrollo de su cuerpo de atleta. Vestido para salir, su musculatura formidable se destaca entre los pliegues de la toga. En sus brazos blancos la trama azulada de las venas finge una red de recias cuerdas tensas, y sus rojos *campagus* bordados de oro se ajustan a sus pies con tiras de púrpura, dejando al aire las musculosas piernas cuidadosamente depiladas.

El patricio lee:

«Marco Torcuato, Tribuno, a Cayo Asinio: salud.

»Seguimos en Caprea la de las doce ciudades y los doce dioses. Y por si su protección falta al divino, velan sobre las murallas los pretorianos; los peñascos de la costa y las trirremes sobre el mar, y Trasilo, en su alta torre, atalaya yando el cielo.

»Nos divertimos, sufrimos, matamos, y gozamos bien poco. Las fiestas son deleite de los ojos y tormento de los sentidos. Saturnino ha dispuesto espectáculos que el Padre Júpiter contemplará envidioso desde el Olimpo. Mil

» doncellas blancas y rubias, como Venus, figuraron en el último festival.

» Ardía en lámparas el bosque. Las doncellas, sabedoras de su suerte, corrían por entre las enramadas lo suficientemente aprisa para excitar con la carrera la fatiga y el deseo. Una caria infernal me hizo correr tonto antes de dejarse atrapar, que, aún ahora, no la perdono.

» Tiberio, oculto, seguía las peripecias de los encuentros y carreras. Estaba prohibido huir muy lejos, buscando las sendas escondidas o perderse en la espesura, y un momento, contemplando al bárbaro Centurión Suilio, aplastando con su cuerpo de elefante una desdichada jonia apenas núbil, que pretendía, inútilmente, esquivar su abrazo de oso de las selvas, el viejo Emperador, húmedos los labios y brillantes los ojos, extendió la manos convulsivas.... El César fué un instante hombre....

» Suilio abrió sus brazos peludos, sacó de entre ellos a la pobre muchacha, casi asfixiada, y se la ofreció al Augusto. Tiberio, ante la servil obediencia, se sintió César otra vez, y mirándola detenidamente puso reparos a sus piernas esbeltas, a sus muslos de efebo, a sus senos picudos y enhiestos como astas de cabritillo, y se alejó con un aire que quería ser desdeñoso y era triste.

» La jonia merecía mejor suerte, en verdad, y cayó en mis brazos. Yo he sido su *spintriae* y será una excelente cortesana ¡por Venus!

» Pero veo que te impacientas, Hércules carísimo, y no quiero que rompas algún mueble precioso como acostumbrás. Aún me acuerdo de aquella mesa de *tuya* que sucumbió a tus puños.

» Saturnino ha sido el Boreo de esta nueva
» Oritia. El superintendente de los placeres, que
» tiene un olfato finísimo para descubrir los bue-
» nos bocados, prepara con tu Flavia una sor-
» presa.

» Por como la guardan comprendo que ha de
» ser plato reservado para el paladar estragado
» de Tiberio, al que cuesta tanto trabajo abrirle el
» apetito que creo que envidia a su muy amada
» dómina el haber muerto de hambre.

» Todo está agotado en él. Los años y sus ex-
» cesos lo han gastado por completo. Todo lo ha
» saboreado, hasta el miedo cuando la conspira-
» ción de Seyano, y solo le queda el placer de
» verter sangre, que es el único vino del que ja-
» más se cansa. Ayer, porque no supieron agra-
» darle, mandó arrojar a los estanques veinte es-
» clavas bailarinas. Y hoy encontró las murenas
» deliciosas.

» Sí, nos divertimos en esta deliciosa Capréa,
» pero en silencio. La palabra es un veneno que
» usamos con exquisitas precauciones porque po-
» dría darnos la muerte hasta en sueños. Y no so-
» lo la palabra, sino el gesto, si es demasiado
» expresivo.

» Tenemos en esto adivinos capaces de descifrar los más complicados geroglíficos egipcios.
» ¡Y como gozan de valimiento, dioses! Celos dán
» a Trasilo y Saturnino.

» La denuncia, como un áspid, se desliza entre
» nosotros, empozoñándonos. La amistad, picada
» por él, ha muerto. Y cuando el rostro impasi-
» ble guarda en el arca de marfil de la frente los
» sombríos pensamientos, el áspid pica en el co-
» razón para excitar el grito, el gesto, el ademán

»que ha de motivar la denuncia.

»Tiberio las recompensa espléndidamente.
»Brutidio le debe más que a su ciencia, Junio
»Otón tanto como a su descarada bajeza, y Atelio
»recobra con ella lo que pierde en garitos y lupanares. El puño cerrado del César, y sus tesoros subterráneos, se abren generosos para los
»acusadores.

»En verdad te lo digo: Si quieres conseguir algo de Tiberio conviértete en acusador.

»No te despidas de Flavia y su amor todavía.
»Está destinada para el goce de Tiberio, y ese goce es ya tan raro, que pudiera volver virgen a
»tus brazos aunque el Divino durara todavía un
»año, lo que me parece demasiado.

»De todas suertes ha de precedernos en el camino si tus riquezas no excitan la codicia de
»Atelio, tu robustez la envidia de Tiberio, o tu amor la suspicacia de Saturnino. En cuanto a
»mí, si mis gestos no me denuncian, no temo a
»mis palabras: soy un *Hermes*.

»Pero un *Hermes* que escribe..... ¡Por Minerval..... Borra estas letras, una vez leídas, para
»siempre. Salud.»

Cayo Asinio considera atentamente esta epístola después de leída, y vuelve a leer párrafos enteros. Luego hace crujir los dedos, y dá a su liberto una orden con palabras breves y cortadas como hachazos.

III

El perfil de Tiberio se acusa en líneas rotun-

das desde el hondo entrecejo a la redonda barbilla voluntariosa. La nariz tiene la curva aguilina, la frente es recta, los labios sensuales, y los ojos, que contemplan a Cayo Asinio, duros, desconfiados y astutos.

El patricio espera de pie, y sin armas. Suilio, el centurión, lo vigila, y en la mesa de cedro están desparramadas unas tablillas enceradas cubiertas de signos.

El César apoya en la balaustrada de mármol su gran sillón, y tiene vuelta la espalda al cielo azul; y abajo, entre las rocas, el mar se deshace en espumas al chocar con las puntas y los acantilados de la isla.

Después de un rato de silenciosa contemplación, Tiberio formula una pregunta:

—Eres patricio y rico, ¿haces esto por una venganza?

—Nó; por una mujer.

—¡Bah!.... ¿Dónde está esa mujer prodigiosa que vale la vida de un hombre?

—Aquí, en tu palacio. Saturnino la robó a sus padres para tí, ¿no lo has leído?

—Sí; Saturnino, tráela. Será tuya.

Pasan unos minutos. Tiberio relee las tablillas despacio, como deleitándose en las finas heridas con que el *stilo*, al trazar las letras, labró la cera como una piel. También siente él en la epidermis sensible las heridas, y se complace en irritarlas con una dolorosa excitación que ha de hacerle más grata la venganza.

Mas aparece Flavia conducida hasta la terraza por Saturnino, que a una señal del Cesar se retira discretamente....

¡Y en verdad que la venganza, con ser manjar

de dioses, ha de parecer insípida ante ella!

¡En verdad que esta explosión de Cayo y Flavia es para desdeñar el gustoso sabor de los tormentos flageladores de la carne impotente, y estimuladores de las seniles energías.

Tiberio siente despertarse una sensación que creía muerta para siempre. El beso del verdadero Amor lo excita como nunca lo excitó la violación brutal por el deseo. Al ver a la doncella tan amorosamente rendida, piensa cuan deleitoso sería el arrancarla de esos brazos, y saborear su dolor disuelto en el placer de la posesión.

Y aunando con la tiranía la astucia, interrumpe el idilio con unas palabras implacables:

—Espera, Cayo. Yo te he dicho que esa mujer será tuya, y lo será..... Pero después de ser mía..... ¡Cójela Suilio!

El centurión alarga los brazos membrudos como troncos de roble, y levanta a la doncella en el aire. Flavia se agita impotente un momento.....

¡Un momento solo! Más rápido aún que el centurión, Cayo Asinio salta como un tigre. Su mano musculosa arranca la ancha espada del pretoriano, y de un solo tajo fulminante se alza en el aire la cabeza trunca, que rebota sobre el mosaico.

Y cortada tan bruscamente la recia vida, el cuerpo cae de rodillas, se inclina como buscando, y vá retrocediendo y soltando, con la vida, la roja sangre a chorros.

Tiberio abreva sus ojos ávidos en el grueso caño del cuello bovino que parece inagotable. La sangre forma un sombrío tapiz sobre el piso mármreo, y el César no aparta lá mirada del sangriento charco que mancha sus *campagus*.

La pasión sanguinaria domina la otra fugaz. El sacrificio de la virginidad no puede equipararse a este otro sacrificio. La mujer, aunque fuera cien veces más hermosa, apenas podría teñir una crátera de este rojo licor en que sus ojos se embriagan.

Y un nuevo sentimiento, una aguda sensación más viva, pone en fuga al deseo senil. El romano, guerrero, domina al conquistador envilecido por el contacto del vencido. ¡La espada fulmínea cortó a cercén tan limpiamente los gruesos ligamentos! ¡Saltó tan vigorosamente lanzada, la cabeza monstruosa! ¡Formó en el aire azul el limpio acero un arco tan perfecto!....

Y volviéndose a Cayo Asinio, que espera impasible sosteniendo a Flavia,

—Eres fuerte,—le dice;—tu golpe es soberbio, y es lástima que prefieras la mujer; la venganza es mejor. Ven; te convidó a una de mis fiestas: vamos a ver morir al Tribuno; Marco Torcuato....

IV

En la inmensa caverna el agua parece dormida, y los embates de las olas que forman a la isla augusta un ancho cinturón de espumas, no producen un eco en este estanque de ensueño y maravilla.

La campana de la bóveda se pierde en la obscuridad. La luz, prodigiosamente azul, se disuelve en ella, condensándose. En el agua, las murenas tienen reflejos argentados; y estas gruesas

serpientes de plata parecen incrustadas en el zafiro líquido.

Marco Torcuato, amarrado a la gruesa estaca clavada en el limo del fondo, siente correr la sangre, que resalta en surcos negruscos sobre la piel. La sangre que ha de atraer a las murenas perezosas, ahítas de carne humana.....—De esclavo, de patricio..... ellas no saben diferenciar..... Todas dán a la suya el mismo gustoso sabor.....

Se han marchado Tiberio y su comitiva, Cayo y Flavia, en las ligeras lanchas. La marea rompe en la red de bronce dorado que cierra el paso de los sabrosos pescados hacia el mar, y el Sol no clava yá en ella sus saetas de oro.

La luz azul es lívida y desvaida; fuera debe rugir el temporal. Y en esta sombra propicia las murenas se acercan calladamente, y el Tribuno, dolorosamente sorprendido, lanza un grito.

V

La casa de Cayo Asinio resplandece en la noche con el fulgor de las infinitas lámparas; dos gruesas antorchas reflejan sus llamas en las pulidas gradas de la puertas, huntadas de grasa de lobo.

Las lucernas penden de las columnas del atrio y del *cavaedium*, se alzan sobre sus elegantes pies de bronce en el *tablino*, y se prolongan hasta las enramadas del jardín, donde la mesa y los convidados, recostados en sus *triclinium*, se destacan como un cuadro mural de vivos colores.

Han pasado ya, con el primer servicio, las legumbres variadas, los huevos frescos o formados de pasta y rellenos de tordos, las aceitunas blancas y negras, el *moretum*, el *catillus ornatus*, los papafigos, y el vino con miel enfriado en inmensas ánforas de plata.

Un gran rosal tiende sobre la mesa el tapiz de sus ramas, y de rato en rato una rosa, desprendida, cae sobre una cratera llena de vino y se deshoja en él.

El segundo servicio ha terminado y los convidados han llegado a esa discreta embriaguez que se manifiesta en los ojos, brillantes, y en las manos audaces. El vino de Falerno, rojo como la sangre, llena las copas de metal de Corinto. Sueña una música triunfal de flautas y chirimías, y el tercer servicio arranca gritos de asombro.

La enorme murena, gruesa como un brazo, se eurousca en la espléndida fuente de oro.

Y Cayo Asinio, sonriente, explica:

—Es un obsequio del Divino Tiberio

.



ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Las dos Martas	5
Los besos muertos	189
El mayor amor y el mayor dolor	198
Ex-voto	202
El Cuento eterno	212
La serpiente de los celos	217
El collar.	225
Romanos.....	229



FÈ DE ERRATAS

Pag.	Línea.	Dice.	Debe decir.
67	12	trazos	brazos.
68	27	que	de
88	16	ciolo	cielo.
89	4	tranzadilla	Avanzadilla.
145	22	arrebaten	arrebataren.
160	14	esfera	espera.
180	33	modos	odos.
184	8	hunco	humo.
192	24	a su lado, un	a su lado. Un
205	26	rocles	roeles.
207	23	volco	voleo.
		Capítulo XIX	XVIII
Y otras de menor importancia,			